



# *Temas Arqueológicos de Cuba y el Caribe*

LOURDES S. DOMINGUES

Coleção Arqueologia Pública Unicamp  
Série Obras de Referência



# ***Temas Arqueológicos de Cuba y el Caribe***

LOURDES S. DOMINGUES

*1ª Edição*

CAMPINAS

CALUH

2015

## **Coleção Arqueologia Pública Unicamp**

### **Série Obras de Referência**

#### **Editor Responsável**

Pedro Paulo A. Funari (Unicamp)

#### **Conselho Editorial**

Alfredo Gonzalez Ruibal (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Espanha)

Andrés Zarankin (UFMG)

Bernd Fahmel Bayer (Universidad Nacional Autónoma de México, México)

Carlos Fabião (Universidade de Lisboa, Portugal)

Carol McDavid (Community Archaeology Research Institute, EUA)

Charles Orser (Illinois State University, EUA)

Cláudio Umpierre Carlan (UNIFAL)

Erika Robrahn-González (Documento Patrimônio Cultural, Arqueologia e Antropologia Ltda.)

Gilson Rambelli (LAAA / NAR / UFS)

Glaydson José da Silva (Unifesp)

Laurent Olivier (Université de Paris, França)

Lourdes Dominguez (Oficina del Historiador, Cuba)

Lourdes Madalena Gazarini Conde Feitosa (USC)

Lúcio Menezes Ferreira (UFPEL)

Marina Regis Cavicchioli (UFBA)

Martin Hall (Cape Town University, África do Sul)

Nanci Vieira Oliveira (UERJ)

Neil Asher Silberman (ICOMOS International Advisory Committee and Scientific Council)

Renata Senna Garrafoli (UFPR)

Sian Jones (University of Manchester, Inglaterra)

Tim Schadla-Hall (Institute of Archaeology at University College London, Inglaterra)

#### **Comissão Executiva**

Rita Juliana S. Poloni

Tobias Vilhena de Moraes

#### **Fotos**

Adilson Jorge

#### **Projeto editorial gráfico**

Camila Delmondes

#### Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)

D666t Dominguez, Lourdes S.

Temas Arqueológicos de Cuba y El Caribe/Lourdes S. Dominguez.

Campinas, SP: Caluh, 2014.

ISBN: 978-85-68505-01-4

1. Arqueologia. 2. Arqueologia Pública. 3. Unicamp. 4. Cuba

I. Título. II. Autor

CDD: 930.1

CDU: 930.26

*El Caribe en las venas arqueológicas de América Latina*

Lourdes Domínguez, arqueóloga cubana, ha tenido una trayectoria profesional y humana excepcional y admirable, bajo todos los puntos de vista. Nacida en el 1936, pocas décadas tras de independencia de Cuba (1898), en un país todavía en formación no solo nacional, como en términos de constitución académica, ha tenido oportunidad, no tan común el aquel entonces, de estudiar para maestra en una escuela normal, destinada a formar los educadores de niños. De ahí, posiblemente, su amor por la didáctica y por ser comprendida por todos. También en esta misma dirección fue llevada a actuar en una agencia de publicidad y a actuar, en la década del 1950, como modelo de publicidad, siempre atenta a llegar al corazón de las personas.

Ya adulta, ha buscado los estudios superiores, tampoco algo común el aquel período y menos todavía para una mujer. Ha estudiado la historia, enamorada por las vicisitudes del pasado, pasión romántica, pero también muy concreta y bien ubicada en sus deseos de actuar en la sociedad como crítica de situaciones injustas o poco razonables. El encuentro con la Arqueología es el resultado de estos dos aspectos de su personalidad singular, romántica y práctica a la vez, pues el estudio de las cosas materiales antiguas le ha ofrecido la oportunidad única de estar en contacto con lo más inmediato – piedras, cerámica, cuentas – y lo más abstracto – religión, simbología, arte – de manera a unir los dos aspectos de la vida humana, material y espiritual.

La Arqueología no era un oficio femenino, en aquel momento. De hecho, desde sus comienzos, en el siglo XIX, la disciplina era imperialista, militar, masculina y poco abierta a las mujeres. Todavía en la década del 1960, pocas eran las mujeres que se aventuraran en esta área, además poco incentivadas por los arqueólogos. La joven Lourdes Domínguez no se ha dejado abatir por los consejos de poco incentivo, o de franca oposición, y se ha decidido, todo lo contrario, a dedicarse a la disciplina, con todo lo que implica: trabajos arduos de campo, laboratorio y más. Ha trabajado en sitios prehistóricos e históricos, en pueblos y campo, ha estudiado su doctorado en Rusia, con campo en Siberia. Todo esto no es poco, sino muchísimo.

Nunca se ha resignado a las fronteras disciplinarias tradicionales: prehistoria, Arqueología Histórica, estudios líticos o cerámicos. Ha siempre trabajado los variados temas y objetos, aunque, seguramente, le interesara a veces unas cosas más que otras. Miembro de la Academia de la Historia, de la Oficina del Historiador de La Habana, profesora universitaria en Cuba y en Puerto Rico, su carrera seguía con viajes de investigación a Estados Unidos, México, entre otros tantos lugares. A partir del siglo XXI, ha empezado a colaborar con la ciencia brasileña, siempre con el apoyo fundamental del Consejo de Investigaciones Científicas del Estado de San Pablo (FAPESP), en actividades con la Universidad de Campinas (Unicamp) y la Universidad de San Pablo (USP), además de colaboraciones con otras universidades importantes del país suramericano, como UFPel (Pelotas), UERJ (Río de Janeiro), Unifal (Alfenas), UFMG (Belo Horizonte), entre otras.

Este libro es el resultado de las investigaciones recientes de Lourdes Domínguez, en colaboración con las universidades brasileñas y con apoyo de FAPESP, aunque resulten de labores intelectuales de muchas décadas. En el volumen, ella muestra toda su inmensa maestría de temas tan variados como la Arqueología subacuática y el rol de las mujeres en el pasado prehistórico, así como del patrimonio y el tema negro, sin olvidar los indios o los aspectos religiosos, todos presentes desde sus primeras actividades a mediados del siglo pasado. Han cambiado los materiales, los sitios y la literatura, pero no los intereses de la joven investigadora. Lo que más llama la atención, tal vez, sea como estos temas son actuales y relevantes en nuestra época. El rol de las mujeres, la subjetividad, el simbólico, todo eso nunca fue tan relevante como en nuestros días y Lourdes Domínguez nos encanta con sus análisis, a la vez profundos y claros. La publicación de esta importante obra representa, en palabras del poeta latino Horacio (Odes 3, 30, 1), *munimentum aere perennius*, un monumento más perenne que el bronce. Inspiración para las nuevas generaciones, este libro representa lo que hay de más creativo y original para entender el mundo de Caribe en sus aspectos materiales y espirituales.

*Pedro Paulo A. Funari*  
*Departamento de Historia*  
*Universidade de Campinas (UNICAMP)/Brasil*

*Baía de Havana e ao fondo o  
Castillo de los Tres Reyes Magos  
del Morro*



## *Presentación*

Fue con gran placer reflexionar por un par de horas acerca de las palabras que iba a escribir para este libro. Como tengo una gran admiración por la autora, me sentí desde el principio halagada por tener la oportunidad de presentar este trabajo que se centra en temas del Caribe, pero trae debates y cuestiones que van mucho más allá de los límites territoriales y se pueden aplicar al estudio de la Arqueología en sus diversos aspectos.

Lourdes S. Domínguez es actualmente investigadora de la Oficina del Historiador de La Habana Vieja, Cuba, y sus trabajos abarcan todo tipo de contenido arqueológico, como la Arqueología Aborigen, Histórica, de Género y la preservación patrimonial. El libro "Temas Arqueológicos de Cuba y el Caribe", retrata un poco de esa diversidad de temas. Por lo tanto, aborda en sus artículos cuestiones tales como la relación entre indohispanos, examina metodologías que se adoptan y la relación entre profesionales y arqueólogo que trabajan también con restauraciones arquitectónicas patrimoniales.

La Arqueología Histórica recibe una atención especial en los capítulos tercero y cuarto, donde hay una explicación sobre la importancia de esa ciencia para el estudio y la datación más precisa de los sitios, así como una historia detallada de los trabajos de restauración que se ha hecho en la Habana Vieja desde hace más de treinta años. La Arqueología Subacuática también ha ganado su puesto con el artículo "Materiales cerámicos subacuáticos en la Cayería de Pinar del Río, Cuba," que aporta una descripción y un estudio detallado de los trabajos realizados entre 1992 y 1995 en el pecio encontrado en el cayo de Inés de Soto.

También son discutidos los trabajos arqueológicos realizados en el Convento de Santa Clara de Asís en La Habana Vieja - un importante monumento histórico considerado marco cultural por poseer auténticas características arquitectónicas del siglo XVII -, en las ruinas de haciendas cafetaleras que se encuentran en la Sierra del Rosario - trabajo que combina el análisis de las fuentes arqueológicas encontradas en el sitio con trabajos escritos producidos por él y un análisis de los grupos agroalfareros en el centro sur de Cuba, que busca entender cómo se dio su desarrollo tecnológico a través del estudio de sus herramientas.

Finalmente, está el capítulo acerca de la mujer aborigen al inicio del siglo XVI, en Caribe que examina el papel de las mujeres aborígenes en el inicio de la colonización, aspecto poco discutido por la historiografía. El libro termina con el texto sobre una pequeña ciudad al este de la Habana, llamada Guanabacoa en donde se dio un tipo de colonización llamado 'experiencia india', que realiza un estudio sobre la transculturación indohispanica mediante el análisis de los elementos de las culturas europeas y aborígenes.

Como se destacó anteriormente, la obra se caracteriza por una gran variedad de sujetos y objetos de estudio. Además, el lector puede notar la importancia que la autora da a la interdisciplinariedad y a una buena relación entre los diversos profesionales que trabajan con la preservación patrimonial, permitiendo que este libro no solo amplíe nuestro conocimiento sobre el Caribe, pero a la vez nos presente los variados debates y problemas actuales de la ciencia arqueológica.

*Ruas de Trinidad*



## *Presentación*

La presente compilación de algunos de mis trabajos los cuales han sido ya publicados, otros inéditos, pero procesados todos de nuevo a partir de ópticas más recientes. Los mismos han sido parte de mi quehacer arqueológico, durante unos cuantos años, y han sido, además parte de investigaciones arqueológicas de Proyectos de Investigación amplios.

Representan muchas temáticas diferentes, todas con un punto común la arqueología, en muchos de sus campos, y que han sido tratados con una óptica de continuidad, ósea son una puerta abierta a seguir investigando a partir de los mismos.

Los campos arqueológicos manejados en este presente trabajo de compilación, son la Arqueología aborigen, Arqueología Histórica, Arqueología Pública, Arqueología de Contacto, Arqueología y Género.

Todos son mi pequeño aporte a la Arqueología del Caribe y como es lógico para Cuba.

*Plaza de la Catedral  
Habana Vieja*



*Agradecimientos*

La mayoría de los trabajos fueron escritos inicialmente en la investigación realizada en antiguo Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba y otros en el Gabinete de Arqueología de la OHC, a ellos mil gracias por su ayuda.

Especialmente le damos las gracias al Dr. Pedro Pablo Funari, por facilitarnos esta presente edición y por sobretodo su ayuda profesional, de siempre. A los maestrandos Isabela Backx y Raoni Duran por el trabajo editorial de la obra.

*Calle Brasil  
Habana*



## ÍNDICE

Presentación (7)

Agradecimientos (9)

Las fuentes arqueológicas y su valoración utilitaria en la historia (13)

Particularidades de las excavaciones arqueológicas en Monumentos Patrimoniales (21)

La Arqueología Histórica en el Caribe del siglo XVI (25)

Vigencia de la Arqueología Histórica en el Proyecto Habana Vieja (35)

Materiales cerámicos subacuáticos en la cayería de Pinar del Río, Cuba (40)

Trabajos arqueológicos realizados en el Convento de Santa Clara de Asís, Habana Vieja (53)

Arqueología en los cafetales del occidente de Cuba: la Sierra del Rosario (66)

Arqueología en el centro sur de Cuba (71)

La mujer en el mundo aruaco insular del Caribe (82)

Guanabacoa: ciudad de indios en el siglo XVI cubano (86)



## **LAS FUENTES ARQUEOLOGICAS Y SU VALORACION UTILITARIA EN LA HISTORIA**

Para realizar un estudio sobre la esclavitud en Cuba, tanto aborígen como africana, sin lugar a dudas que debemos comenzar por un estudio exhaustivo del siglo XVI más temprano, puesto que con el inicio de la conquista y colonización se implanta un sistema sui generis, en nuestras tierras americanas: las llamadas encomiendas, las cuales no son otra cosa que una forma en cubierta de esclavitud, nefasta apropiación del trabajo de unos hombres a partir de otros, y que existía en el mundo desde hacía muchos siglos (SACO, 1982, p. 451).

En estas famosas encomiendas, donde primero se utilizaron fue en las Antillas, o sea con los aborígenes antillanos se probó este sistema y con el extraer, en breve tiempo, las riquezas de estas recién descubierta tierras en lo que concierne a extracción de metales preciosos especialmente. En verdad, en las Antillas el aborígen no sirvió en verdad a los fines deseados. No fue suficientemente adaptado al trabajo fuerte, lo que trajo que desde el propio siglo XVI se comenzaran a traer negros esclavos, específicamente desde 1517 cuando el Rey Carlos V autorizó la primera licencia para su introducción en tierras del Nuevo Mundo, (ORTIZ, 1975, p. 37) ya que prevalecía la idea de que “[...] el trabajo de un negro equivalía al de cuatro indios” (SACO, 1879, pp. 49-109). La verdadera razón es que el indio era en préstamo y el negro era propiedad privada a partir de compra.

Hasta cierto punto este planteamiento hecha en algo por tierra la tan vilipendiada leyenda negra atribuida al clérigo Bartolomé de las Casas, al cual se culpa de haber pedido a la Corona Española, en su libro alegato conocido como Memorial de los Remedios, que se esclavizaran negros en vez de indios y de hecho los primeros esclavos negros que llegan al Caribe eran ladinos provenientes del propio territorio español.

De esta forma, los primeros esclavos, entre comillas, en América fueron los indios arahuacos residentes en el ámbito que más tarde se llamara Caribe, los cuales fueron sometidos a diferentes variantes del sistema esclavista instituido y que se reconocen por Encomienda, Experiencia y Pueblo de Indios.

En los primeros años este grupo aborígen es el que se enfrenta al trabajo forzado y a los embates de la colonización: años después cuando habían esquilado a la población autóctona física y culturalmente y el escándalo de tan salvaje avasallamiento retumbaba en el Mundo, es que se deciden a importar en mayor cantidad mano de obra esclava proveniente del Continente Africano, negocio que daba grandes ganancias y buenos resultados, tan fructífero fue que llenaron las arcas de unas cuantas famosas familia cubanas de diferentes épocas.

Esta práctica se inició débilmente primero, y alcanzó un extraordinario auge como institución esclavista propiamente dicha a finales del siglo XVIII y en los dos primeros tercios del siglo XIX, como una particularidad de capitalismo incipiente. Fue el “despegue azucareros” en el siglo XVIII el que hizo cambiar el status de estos hombres – esclavos negros – en el caribe y, por ende en nuestra Isla (MORENO FRAGINALS, 1978, t.1: 15).

Definido uno de los aspectos de estudio del presente trabajo, la esclavitud en Cuba, pasaremos a exponer la cuestión principal: el aporte de la arqueología a la investigación de la esclavitud en nuestro país. Y de que forma una infinidad de elementos se puede ampliar el conocimiento de la vida cotidiana tanto de indios y de negros como partes y representantes de un momento importante de nuestro pasado histórico.

La posibilidad de utilizar el aporte que nos ofrecen las fuentes arqueológicas al estudio de la esclavitud, se nos presentan como una gran novedad y nos permite afirmar o negar hechos, a veces confusos en los documentos o por que en ellos no se muestra en verdad la realidad histórica con todo su rigor (DOMÍNGUEZ, 1979, p. 5).

Antes de entrar en el desarrollo del tema, debemos explicar brevemente que se entiende por fuentes arqueológicas y muy en especial cual es el verdadero manejo de las mismas. La arqueología como ciencia social posee sus propios métodos y como resultado de esta aplicación se producen

sus propias fuentes de información las cuales no tienen que ser necesariamente escritas. Aunque estamos conscientes de que “el factor determinante en la arqueología actual no es el problema de fuentes en si, sino el carácter y el método para lograr una buena interpretación histórica y sociológica” (ZAJARUK, 1970, p. 5) de los grupos humanos que se estudian y del hecho histórico concreto que se maneja, también estamos seguros de que del mejor aprovechamiento de las fuentes se logra una mejor interpretación y una reconstrucción histórica cuyo valor es indiscutible, por esta razón se le da tanto valor a este estudio.

La interpretación, reiteramos, solo se logra cuando hay un buen estudio de las fuentes, que son las que al final aportan los elementos necesarios para concretar de forma definida el contexto arqueológico que científicamente se toma, y con ellos negar, afirmar o ayudar a reconstruir un hecho histórico determinado, en este caso, la esclavitud en Cuba. Para el estudio de la misma en nuestro país, sobre todo en algunos puntos de índole material, la arqueología ha ofrecido valiosos criterios, tanto para aquellos cuya vida fue truncada ante la usurpación de sus tierras, como para lo que se asentaron en nuestras tierras en contra de su su voluntad.

Para los estudiosos de la Arqueología, la obra del arqueólogo ruso Alexander Mongait, *La Arqueología en la URSS* (MONGAIT, 1960, p. 11), representó el punto de partida de una valoración de la Ciencia arqueológica a la luz del marxismo-leninismo. A modo de ejemplo tomemos sus propias palabras: “[...] el objeto material es para el arqueólogo una importantísima fuente histórica, es un fragmento de la vida pasada encarnada en valores materiales”.

En épocas anteriores, se consideraba la arqueología como una ciencia auxiliar de la historia, por esta razón sus fuentes no eran tomadas en consideración, por esto la obra citada abre una brecha de gran importancia, sobre todo cuando dice:

[...] el hombre antiguo creó objetos muy diversos, instrumentos de trabajo, adornos, vajillas, etc. todos ellos son producto de su época, propios de su época y, a veces, nada más que de ella. De este modo el arqueólogo, al examinar un objeto, puede determinar en qué período fue fabricado y a que pueblo perteneció (MONGAIT, 1960, p.11).

Valorar lo antes expuesto nos permite apreciar que las resultantes de una investigación arqueológica seguidas de la reconstrucción histórica, están en dependencia del rango y alcance que se logre de las fuentes arqueológicas, las que sirven como armas para el análisis de los datos concretos (ZAJARUK, 1970, p. 9).

Estas fuentes de las que se vale el arqueólogo son las que resultan del trabajo disciplinario. Para explicar similitudes y diferencias observadas en el registro arqueológico, así como en los procesos que provocan modificaciones en los sistemas socioculturales, es necesario valerse además de otros tipos de fuentes, las cuales pueden ser de índole etnográfica o histórica, todo esto ayudado por los datos climáticos, ecológicos, faunísticos, botánicos, etc (ALONSO, 1982, p. 4).

Una tendencia muy común en la que se cae a veces sin intención es la de estudiar y valorar los materiales extraídos de una excavación arqueológica, a través de un trabajo mecánicos-descriptivo, olvidando lo más importante: el hombre que los confeccionó (BARTRA, 1964, p. 1).

Dadas las características que se han plasmado en el estudio de las fuentes arqueológicas, es bueno anotar que las investigaciones efectuadas en nuestro país acerca del proceso de la esclavitud, son de un valor incuestionable, por tal razón pasaremos a analizar el segundo objetivo de este trabajo: como las fuentes arqueológicas investigadas han contribuido al estudio general de la esclavitud en Cuba.

Los españoles llegaron a nuestras tierras con el solo afán de lucro, de sustraer la mayor cantidad de riquezas para regresar llenos de gloria a España, pero siempre con los bolsillos llenos. Para lograr esto, necesitaban aumentar cada vez más sus posibilidades de extracción de recursos, tanto de las tierras otorgadas como de los hombres que por una casualidad histórica les fueron encomendados (SACO, 1982, p. 38).

Para poder llevar a efecto todo lo que pretendían, confeccionaron leyes arbitrarias, se repartieron el mundo americano y hasta dudaron de la condición de seres racionales de todos aquellos que encontraron en estas tierras. Casi al mismo tiempo del descubrimiento de América se hicieron otros en el continente africano; los europeos se permitieron formas similares de tratamiento a los habitantes de ambas tierras, puestos que estos poseían un nivel socioeconómico similar, de aquí que el sistema de esclavitud implantado resultó tan parecido. Así comenzó la explotación del nuevo mundo.

Cuando los brazos, para ellos débiles, de esta masa indígena, no les sirvió más a sus intereses, y en ese momento había comenzado la disputa sobre la posible legalidad de estos actos de atropello con los indígenas, comienza el desmedido trasiego en la costa africana con la captura y compra de hombre negros, a los cuales se les introducía en cantidades considerables en las tierras de América, actividad que alcanza su apogeo en Cuba a finales del siglo XVIII y los dos primeros tercios del siglo XIX.

Existen fuentes documentales que datan del inicio de la colonización, en el siglo XVI, que acreditan la llegada de negros esclavos al caribe (FRANCO, 1968, p. 98) y en especial a Cuba. La misma desgracia une en un comienzo al indio y al negro, por esta razón los primeros cimarrones y los iniciales palenques no fueron de negros sino de indios (ORTIZ, 1975, p. 79). Ellos enseñaron a los negros la forma de salir al monte y buscar la libertad, “[...] la fuga era el ideal del esclavo, porque significaba la libertad temporal cuando menos” (FRANCO, 1968, p. 91).

Así se observa que algunas palabras en el léxico de la época como por ejemplo, “asiento”, era usada para determinar la estancia de un grupo de hombres en un lugar preestablecido, se usaba indistintamente para indios y negros, al igual que “cimarrón” y “palenque” (ORTIZ, 1975, p. 80). Aún en la literatura arqueológica actual, se le dice asiento a un sitio aborigen (TABÍ y REY, 1978).

Sobre la base de todo lo apuntado anteriormente, estudiamos el indudable valor y la utilidad de la fuente arqueológica, la cual permite un aporte transformado e inapreciable información como, por ejemplo, el patrón habitacional de los esclavos a través de las diferentes épocas, sus rituales funerarios en el siglo XIX y los diferentes objetos personales que diariamente acostumbraban a tener consigo y los que usaban en el momento de la muerte.

Cuando el colonizador español logró establecerse en el nuevo mundo, es decir, cuando su emplazamiento urbano se hizo permanente y no tuvo que utilizar el caserío indígena para subsistir en nuestro medio, pudo utilizar mejor la fuerza esclava que tenía en los indios. Utiliza primero la Encomienda, la cual le da resultados satisfactorios por algún tiempo, pero más tarde concentra a los indios en poblados a los que llama Experiencias Indias, que después al pasar el tiempo los convertirá en Pueblos de Indios, algunos de los cuales han devenido poblaciones, como son Jiguaní en la actual Provincia Gramma, el Caney en la provincia de Santiago de Cuba y Guanabacoa en la provincia de C. Habana, entre otros. En la provincia de Holguín existe un sitio arqueológico, el Yayal, del cual quedan solo los restos de su capa antropogénica y que fue en su tiempo una de estas concentraciones indígenas a partir de un gran sitio habitacional prehispánico (DOMÍNGUEZ, 1984). De este sitio se han realizado una serie de estudios considerándose actualmente como una posible área de reducción de diferentes grupos aborígenes de la región de Banes, ya muy entrada la etapa colonizadora (IBARRA, 1987). Del Yayal solo se ha podido investigar a partir de métodos arqueológicos debido a que los documentos son muy limitados.

El patrón habitacional del Yayal es muy parecido al utilizado por los aborígenes agroalfareros de Cuba, esto se ha podido determinar recientemente a partir de investigaciones de campo hechas en el lugar (DOMÍNGUEZ, 1983, pp. 187-250). Su verdadera razón de ser fue la concentración indígena que los colonizadores españoles empleaban dentro de la hacienda de Francisco García de Holguín y que posiblemente traían de las densamente pobladas áreas de Banes, adonde era difícil el acceso de los españoles, sin recibir la hostilidad de sus moradores autóctonos.

En las múltiples excavaciones del lugar, se han exhumado una serie de objetos que fueron parte de la vida cotidiana de sus habitantes, tanto indios como españoles, donde podemos observar

la simbiosis que debió originarse al convivir estas dos culturas. Ejemplo de ello tenemos como herramientas de trabajo, un hacha petaloide al estilo Arauco pero confeccionada en hierro martillado, vasijas de barro cocido hechas a partir de la técnica del enrollado, técnica aborigen, pero con formas medievales europeas, adornos colgantes realizados en fragmentos de mayólica del siglo XVI, policromada, cuentas de barro imitando las de cristal, etc (DOMÍNGUEZ, 1984, p. 84).

En su gran mayoría, los negros esclavos de origen africano que llegaron desde los primeros momentos del siglo XVI, se ubicaron en la servidumbre, pernoctando con sus amos en las casas de vivienda urbana o rurales, tal vez en áreas aledañas a estas; aunque no hay referencia, es lógico pensar que pudieron convivir también en los caseríos indígenas de la época, ya que posteriormente utilizaron el mismo sistema de emplazamiento en su patrón habitacional.

En años posteriores, a medida que va aumentando la población negra, surgen otras formas de alojamiento, como es el llamado conuco, que no era otra cosa que una pequeña parcela que se le proporcionaba al esclavo dentro de la propiedad rural, donde emplazaba su bohío, podía tener siembra de autoconsumo y algunos animales, por lo que se autoabastecía. Estos conucos formaban a veces caseríos los que interesantemente toman como ya dijimos similitudes con los emplazamientos de la población originaria. La casa del negro esclavo toma el nombre de bohío y el área central de concentración batey (ZAYAS, 1914, p. 14).

A finales del siglo XVIII, con el auge azucarero, se cambian algunos rudimentos del hábitat del negro esclavo, sobre todo en la vivienda. Al consultar El Ingenio de Moreno Fraginals (MORENO FRAGINALS, 1978, p. 69) estamos de acuerdo en que hay tres etapas en el patrón habitacional de los negros esclavos en esta época, así se refleja en el trabajo arqueológico, tanto en las haciendas cafetaleras como en las azucareras. Primeramente el amo ubicaba al esclavo con sus respectivos conucos en un área determinada de la finca y estos se situaban al arbitrio, generalmente dejando plazas en el centro de un grupo de viviendas, el sistema de vigilancia era efectivo entonces, porque la zona a cuidar y el número de hombres era exiguo, esto se puede observar en la reconstrucción del cafetal “La Isabelica” construido en la Gran Piedra, Santiago de Cuba (BOYTEL JAMBÚ, 1962, p. 25).

Con el esplendor azucarero de finales del XVIII y del XIX, podemos considerar otro momento diferente en el asentamiento de los esclavos en las haciendas: la dotación que ha aumentado y aumenta considerablemente, necesita más vigilancia, por esta razón la distribución de las viviendas se realiza de otra forma, ya que en este momento se dan orientaciones en el trazado de la planta de la fábrica de azúcar, de aquí que ahora los bohíos de los esclavos se emplacen en forma de U, o sea en dos líneas paralelas, con una plaza rectangular delantera y cerrada con el bohío mayor en uno de los extremos, y desde el cual se controlaba la “negrada”, forma despectiva con que se expresaban de los esclavos.

A partir de 1830 cambia otra vez el status de los esclavos, se implanta el barracón cerrado o barracón de patio, realizado de cal y canto (MORENO FRAGINALS, 1978, p. 74) el cual se erigía de forma cuadrangular, con un patio central y cuarterías dispuestas a su alrededor, a los cuales también se les llamaba bohíos.

En este tipo de barracón se optimiza la posibilidad de vigilancia ya que la huida de la dotación se hacía cada día más frecuente. “El barracón fue el máximo símbolo de la barbarie esclavista” (MORENO FRAGINALS, 1978, p. 71), era un baluarte de piedra de piedra que se convirtió en una verdadera cárcel.

Debemos aclarar que es solamente en el occidente de la Isla donde realmente se empleará esta construcción que hoy día, todavía en algunos casos, quedan en pie como vivos ejemplos de un pasado oprobioso. Podemos citar muestras de estos inmuebles que se han conservado hasta nuestros días: en el poblado de Juraguá, provincia de Cienfuegos, se conserva un barracón de patio tan bien conservado que estaba habitado conservando su facha y la estructura cuadrangular casi intacta, con la característica de poseer en pie todavía el segundo piso delantero de madera y que servía de vivienda al contra mayoral.

Otro ejemplo, también muy bien conservado es el barracón de patio del ingenio Taoro, en la provincia de Ciudad de la Habana, el cual ha sido objeto de varias etapas de excavaciones arqueológicas entre los años 1968 al 1970.

El sitio arqueológico Taoro se encuentra enclavado en el camino que va desde la playa de Santa Fé hasta el poblado de Cangrejeras y fue parte de la Agrupación Ganadera del Oeste (Plan Niña Bonita). Es un sitio multicomponente donde encontramos ruinas de una antigua fábrica de azúcar, la cual debió ser en su tiempo de considerables proporciones, con casa de máquinas, almacenes, la torre, aljibes y un cementerio. Actualmente quedan en pie pocos elementos ya que le ha pasado una carretera por el medio pero quedan en pie el campanario y el barracón.

Del trabajo arqueológico realizado en este barracón se pueden referenciar algunos aspectos que han permitido el afianzamiento del conocimiento de este inmueble, como por ejemplo se logró enmarcar la zapata para reconstruir su verdadero perímetro de construcción y se llevaron a efecto algunas calas de prueba con el objetivo de lograr la mayor información del modo de vida en el mismo. Se procedió también a buscar los emplazamientos de almacenes, enfermería y la carpintería. En el proceso de destape arqueológico se pudo comprobar que habían sido destruidos inicialmente por un intenso fuego, debido a que en las excavaciones se observa, a unos 0.20 m de la superficie actual, la presencia en los sedimentos de un activo fuego así como el hallazgo de piezas quemadas, sobre todo botellas de vidrio fundidas por el calor.

A partir de estas labores arqueológicas se exhumaron casquillos de balas, pomos de farmacia, diferentes tipos de botellas contenedoras de vinos y otros líquidos y cazuelas de barro rojo posiblemente utilizadas para cocinar y baldes de metal, entre otras cosas.

Es una característica del siglo XIX, al modernizarse la planta de los Ingenios de azúcar en el occidente del país, que se cambia en algo el formato de barracón de patio, manteniéndose su distribución, pero el material constructivo es en cal y canto, en el caso del Ingenio Taoro, que entra de lleno en estos cambios, el barracón es construido de estos materiales, utilizando la piedra de las canteras cercanas a los pueblos de la Playa Santa Fé y Cojímar.

En este momento concurrían varias disposiciones que exigían dimensiones y características determinadas en la ejecución de estos edificios. El tamaño del alojamiento interior del esclavo, según lo dictamina el Reglamento para esclavos (PÉREZ DE LA RIVA 1975, p. 26) promulgado en 1842 indica que debía tener proporciones muy definidas. En el Vademécum de los hacendados cubanos (PÉREZ DE LA RIVA 1975, p. 22), se exponen también reglas e indicaciones muy precisas para la fabricación de este tipo de vivienda, sobre todo se emiten criterios muy oportunos sobre la protección de la propiedad que estos inmuebles contenían, o sea, la vigilancia de los negros de la dotación que se encontraba en su interior.

Una de estas precauciones sugeridas en el documento, era la concerniente a las puertas y su ubicación en el edificio, sobre todo la puerta principal, que se sugiere sea única; sin embargo, el barracón del Ingenio Taoro, no se ciñe a dichos consejos, ya que poseía dos puertas principales y delanteras, una para la entrada de los esclavos donde tenía instalado el torniquete contador y la otra para el trasiego de carros y el personal adjunto que convivía en el lugar, como eran el contramayoral custodio de los esclavos, los chinos, los trabajadores de la cocina, etc.

De acuerdo con la investigación de Pérez de la Riva (1948, p. 136) los barracones construidos en los ingenios del oriente de Cuba pueden haber sido únicos en su especie, ya que no hay similares en el resto del Caribe, Venezuela ni Estados Unidos de Norteamérica, y que constituían un conjunto de chozas o pequeñas viviendas, donde pernotaban los esclavos, a la usanza inicial. Algo similar, pero no igual fue la zenzala brasilera, edificación para esclavos, que nunca llegó a tener las proporciones del barracón cubano.

El costo de estas construcciones alcanzaba a veces hasta 20,000 pesos oro, sobre todo las que poseían grandes proporciones y patio interior. Es bueno aclarar que no todos los ingenios tenían barracón, aún en el occidente de País, donde siempre fueron más comunes.

Estos edificios para la estancia de los esclavos adquiridos solían tener entre 60 y 100 cuartos

o divisiones interiores; su aspecto exterior era uniforme y parejo como una gran caja, de paredes lisas y estucadas del color de la cal, o sea amarillento y por lo general, con un segundo piso en su fachada, generalmente de madera para la vivienda del contramayoral. Al parecer Taoro no tuvo este segundo piso, pues en sus ruinas actuales no podemos detectar estos elementos para acreditarlo. En el barracón de Juragua, todavía se observa esta segunda planta de madera.

El barracón de esta casa de azúcar tenía alrededor de 60 habitaciones, esto se ha podido inferir del trabajo arqueológico realizado en las ruinas existentes; estas habitaciones llamadas bohíos. Servían de vivienda para los negros y su tamaño aproximado era de 2 m por 3 m. Tenía una letrina interior situada en el lado suroeste de aproximadamente 4 m por 5 m, quedando fuera de la línea de construcción de los cuartos. Al noreste estaba el aljibe – muy escasa su presencia en edificaciones de otros barracones – con una capacidad aproximada de 14,000 galones de agua potable y se llenaba a partir de la recogida de agua de los cobertizos interiores y el sistema de canales de toma de agua lluvia.

Los pisos del barracón de Taoro, en la parte de los cubículos o bohíos eran de caliche apisonado, así como también el de los patios y otros recintos interiores. La ventilación era muy pobre, los cuartos tenían pequeñas puertas y ventanas que daban para el interior del patio, pero para el exterior nada; en el caso de este Ingenio se puede comprobar todavía la presencia de orificios o airantes hechos con fragmento de atadores o tubos de cerámica, colocados tanto en las posiciones delanteras como también en la letrina.

En el centro del patio interior generalmente se encontraba la cocina con una especie de cobertizo, bajo el cual tomaba los alimentos la dotación que vivía en él. La techumbre del Ingenio Taoro, era de una sola agua, tapizada con tejas criollas producidas por el tejador Zarate, el cual pertenecía a los mismos dueños del Ingenio; estas tejas están marcadas con una Z en la parte inferior de la paleta. Las puntas de los muros eran aproximadamente de 4.5 m en la parte más alta y de 4 m en la inferior, confeccionados de cantería cortada en bloques de aproximadamente 0.50 m. por 0.70m.

Se calcula que en este barracón habitaban unos 300 seres humanos de los cuales la documentación plantea que 224 eran negros esclavos y a los que se le debe agregar los chinos o culíes que trabajaban, el contramayoral, el personal de la cocina, la cebadora o mujer que cuidaba a los criollitos, o sea los hijos de los esclavos.

El trabajo arqueológico efectuado en el lugar se realizó en diferentes etapas, realizándose inicialmente una exploración exhaustiva y la delimitación de los espacios a partir de la zapata. Se efectuaron posteriormente pozos de prueba así como excavaciones de áreas específicas del inmueble. De estas excavaciones controladas estratigráficamente fue exhumada una cantidad apreciable de objetos pertenecientes a la vida cotidiana de los moradores de este barracón. Entre los cuales podemos señalar pipas de fumar del siglo XIX, cuentas de collares, botones de hueso de dos y cuatro orificios, amuletos colgantes, ollas de cocina, cerámica o loza industrial del siglo XIX posiblemente europea, cristal, botellas de vidrio, etc.

Generalmente anexada a este conglomerado industrial azucarero de nuevo tipo, estaba la última morada de su principal trabajador: el cementerio de esclavos. El esclavista, a fin de cuentas no quería tener cargos de conciencia y le daba “cristiana sepultura” a quienes había avasallado en vida. El dueño del Ingenio Taoro, en este momento no se quedó atrás y a unos 550 m al este de la Torre del campanario, encontramos un pequeño cementerio de unos 100 m<sup>2</sup> con muros de contención de 1.20 m de alto y 0.45 m de ancho, realizados en mampostería y con la siempre clásica “piña de ratón” a sus alrededores, arbusto que le servía para proteger el lugar de las incursiones de animales. Esta ínfima parcela contenía también hacina, al igual que en barracón, los restos de aquellos que por la fuerza habían traído de tierras africanas.

En 1970, por vez primera en Cuba, y posiblemente en el Caribe, se llevaron a cabo excavaciones arqueológicas sistemáticas y controladas en un cementerio de esclavos, las cuales formaron parte de un conjunto de trabajos realizados por la Academia de Ciencias en el Ingenio Taoro. Antes

de iniciar estas excavaciones y de acuerdo con la estrategia a seguir en la investigación se tuvo como objetivo detectar inicialmente la forma de enterramiento o sea como estaban enterrados los esclavos en esta área enmarcada. En dependencia de esto, se trazó una primera trinchera en dirección norte-sur, desde una pared a otra, la que a los pocos metros de corte permitió detectar algunas tumbas y en el centro de cuadrados utilizado para cementerio un osario central.

Este osario era de forma circular con un metro aproximado de radio, construido en piedra y argamasa. Se tomó la decisión de exponerlo en su totalidad. Exhumándose del mismo una cantidad bastante grande hueso, los mismos no fueron cuantificados por que el deterioro era muy ostensible, al extremo a veces de no poder dilucidar que tipo de hueso era. En este mismo osario si aparecieron unas cuantas docenas de dientes humanos, entre los cuales se encontraron varios limados en forma cónica, los clásicos dientes mellados, y que fueron objeto de estudios posteriores en la Universidad de La Habana (RIVERO DE LA CALLE, 1974, p. 104). De todos es conocido que estos dientes mellados son una usanza clásica del Africa subsahariana.

En el extremo de esta larga trinchera, que alcanzo 3 m de largo por 1 m de ancho, se cortaron dos trincheras más hacia el este, las cuales dieron una visión de la forma de enterramiento, debido a que se encontraron alrededor de unos diez esqueletos que no guardaban relación ni ordenamiento; con esto se pudo demostrar la arbitrariedad que primaba en el lugar al efectuarse el sepelio, ya que colocaban el cadáver en un hueco sin orden alguno, o sea, lo mismo enterraban a una persona en un espacio que al tiempo después colocaban otra encima o en parte del nicho anterior ocupado por otra osamenta; la profundidad de los entierros oscilaba entre 0.20 m y 0.65 m, prácticamente a flor de tierra, contando que el área no había sido removida posteriormente.

Se pudo constatar que la gran mayoría de los entierros habían sido sin cajas, posiblemente envueltos en sus propias mantas. En muchos casos se les mantenía la ropa o esquifacción, ropa propia de los esclavos, lo que sabemos por encontrar botones a la altura de medio pecho, como los dibujos de la época lo muestran. También en algunos casos hemos encontrado que en el momento del entierro los esclavos mantenían sus abalorios y atributos religiosos.

Se verifico arqueológicamente, que en seis de los entierros exhumados en la trinchera 2 y 3 hubo presencia de botones de hueso de dos orificios, que pertenecían a la camisa y pantalón del esclavo, así como también colgantes hechos con colmillo de perro, diferentes tipos de cuentas, de madera en color blanco y negras de cristal afacetadas, monedas perforadas, etc.

Uno de los resultados fue acreditar que la casi totalidad de entierros eran de la raza negra, en un solo caso se encontró en la trinchera 2 un asiático.

Otra variante en el habitad esclavo, que se puede estudiar a partir de las fuentes arqueológicas, son los palenques o sea los lugares de asentamiento de los esclavos huidos. Cuando el negro africano huía de los lugares donde estaba encarcelado, su único objetivo era “coger monte” – era la única posibilidad que tenía de volver a la libertas y de esta manera se volvía cimarrón, viviendo entonces la odisea de la huida en lugares intrincados donde el rancheador y sus perros no pudieran encontrarlos.

Esta nueva morada del esclavo cimarrón ha sido muy trabajada por el investigador Gabino la Rosa, en el oriente de Cuba (LA ROSA, 1984, pp. 84-85), y por Enrique Alonso en la Sierra de los Órganos, en el occidente de Cuba (co, personal). Ambos investigadores han encontrado cuevas con evidencias de cimarrones, en especial en el occidente se han hallado algunas evidencias como pipas rudimentarias con decoraciones muy similares a la realizada en la cerámica africana; un peine de madera trabajado mediante la talla, calderos de metal, ollas de barro burdo y abalorios rituales de diferentes formas, objetos que sin lugar a dudas acompañaron la precaria vida del esclavo prófugo.

Cuando los cimarrones se unían y se establecían en el monte, se formaban los llamados palenques, la documentación nos plantea la existencia de una considerable cantidad de palenques repartidos por diferentes del país, aunque se ha trabajado y se ha escrito sobre este aspecto nos queda pendiente el trabajo arqueológico exhaustivo para contribuir el estudio de su patrón habitacional.

## *Conclusiones*

Las posibilidades que brindan las fuentes arqueológicas para la reconstrucción histórica en el estudio de la esclavitud en Cuba, la investigación de esta problemática etapa de nuestro pasado colonial, limitada en algunos aspectos de la documentación escrita, sobre todo en lo que corresponde al modo de vida y a la vida cotidiana de los esclavos de plantación

La arqueología nos brinda una luz sobre la vida cotidiana del esclavo y muy en especial su patrón habitacional tanto en los primeros momentos de la colonización como hasta el apogeo esclavista del siglo XIX, muy en especial con los barracones y los cementerios.

También la información acopiada y el estudio de sus objetos de uso personal, en algunos casos asociados a sus creencias, es también un elemento valioso de mucha actualidad.

## *Bibliografía*

ALONSO, Enrique (1982): Reflexiones sobre el objeto y método de la investigación en la arqueología de Cuba. (Impresión ligera.) Pinar del Río.

BARTRA, Roger (1964): La tipología y la periodización en el método arqueológico. Suplemento de la revista Tlatoani. México.

BOYTEL JAMBÚ, Fernando (1962): Restauración de un cafetal de los colonos en la Sierra maestra. Revista Junta Nacional de Arqueología y Etnología. Imprenta Siglo XX. La Habana.

DOMÍNGUEZ, L. (1983): El Yayal. Revista Cesaraugusta. Universidad de Zaragoza. España.

DOMÍNGUEZ, L (1984): Arqueología Colonial: dos estudios. Editorial de ciencias Sociales. La Habana.

DE LA ROSA, Gabino (1984): Elementos para la construcción histórica de los palenques. Bohemia. La Habana. Año 76 (33):20 agosto 17. La Habana.

FRANCO, José Luciano (1968): La presencia negra en el Nuevo Mundo. Cuadernos Casa de las Américas. Casa (7).

MONGAIT, Alexander (1960): La Arqueología en la URSS. Edit. Lenguas Extranjeras. Moscú.

MORENO FRAGINALS, Manuel (1978): El Ingenio. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

ORTIZ, Fernando (1975): Los negros esclavos. Editorial Ciencias Sociales. La Habana.

PÉREZ DE LA RIVA, Juan (1975): El Barracón del Ingenio en la época esclavista. El Barracón y otros ensayos. Edit. Ciencias Sociales. La Habana

PÉREZ DE LA RIVA, Juan (1948): La habitación rural en Cuba. III Congreso Histórico Municipal. Puerto Rico.

RIVERO DE LA CALLE, Manuel (1974): La mutilación dentaria en la población negroide de Cuba. Revista Dominicana de Antropología e Historia (7-8) Universidad Autónoma de Santo Domingo, enero-diciembre.

SACO, José Antonio (1982): Acerca de la esclavitud y su historia. Editorial de ciencias Sociales. La Habana.

SACO, José Antonio (1879): Historia de la Esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en países américo-hispanos. Imprenta Jaime Jepiés. Barcelona

TABÍO, Ernesto y Estrella Rey (1978): Prehistoria de Cuba. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

ZAYAS, Alfredo (1914): Lexicografía antillana. La Habana.

ZAJARUK, Yu. (1970): La herencia leninista y la ciencia arqueológica. Academia de Ciencias de la URSS. Editorial Nauka. Moscú.

Documentos. Testamentaria Archivo Nacional de Cuba. Legajo 27 no. 13.

## **PARTICULARIDADES DE LAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN MONUMENTOS PATRIMONIALES**

Desde tiempos tan antiguos como el siglo V de antes de Nuestra Era, en Roma el hombre trató de preservar su propia obra (MOLINA, 1975:7), las edificaciones hechas tiempos atrás en primer momento y después todo aquello que entendió debía conservarse, dando origen así a la fundación de incipientes museos y a la manutención de disímiles inmuebles, los que a su juicio eran de tal importancia que debían salvaguardarse para su ejemplo y contemplación y para que las generaciones posteriores los pudieran apreciar. De esta manera se volvieron a la vida tanto objetos como lugares.

Dentro de todo este proceso se aprendió que destapando la tierra se podían hallar objetos o construcciones a los cuales se les llamó reliquias y durante siglos se efectuaron estas operaciones sin criterio científico alguno, hasta que en el siglo XVI se comenzaron a realizar de forma algo más ordenada, bajo los auspicios de mecenas que nutrían así sus colecciones privadas.

En el decursar histórico de la humanidad, el hecho de preservar traía implícito el rescatar, en muchos casos - como hemos dicho - mediante excavaciones y después se trataba por todos los medios de restaurar lo que se había exhumado, naciendo al mundo unidas la arqueología y la restauración.

Ahora bien, arqueológicamente hablando, no es hasta mediados del siglo XVIII en que se comienza a sistematizar este trabajo, cuando Joachin Winckelmann publicó su obra, en la cual enseña el valor de esos objetos por su antigüedad, conociéndosele como padre de la Arqueología, (MOLINA, 1975, p. 12) a esta labor se le llamó en primera instancia anticuarismo y es la que da paso, sin lugar a dudas, a la Arqueología (DANIEL, 1952, p. 17).

De esta manera podemos ver que en este proceso de descubrir-restaurar-conservar, que la Arqueología juega un papel importante mediante el cual se irá demarcando como una Ciencia, por esta razón tendrá una función y un método muy concreto. En este momento es cuando se nos muestra el quehacer totalmente imbricado del arqueólogo y el restaurador, cada uno en su función específica, pero ambos tendrán un objetivo común: la puesta en valor de un determinado baluarte cultural.

Aunque en muchos momentos no existe una comunidad de criterios entre arqueólogos y restauradores (MOLINA, 1976, p. 82), el empuje de una necesidad de trabajo interdisciplinario obliga a ponerse de acuerdo y abordar ambos la actividad de rehabilitación. Es imposible la puesta en valor de un inmueble o un área monumental, sin una planificación adecuada que lleve la labor de estos dos profesionales (o grupo de ellos), los que incuestionablemente son determinantes en todo este proceso.

Después de este preámbulo necesario debemos abordar concretamente cual es la labor que se espera del arqueólogo en la restauración de un inmueble y como sus criterios metodológicos deberán estar íntimamente relacionados con la actividad del arquitecto restaurador, ya que un divorcio en esta tarea, ocasionaría grandes estragos.

El arqueólogo es un científico social cuyo objetivo en la investigación es la reconstrucción histórica de todo aquello que estudia y para esto y siendo su profesión una ciencia, maneja técnicas particulares en la obtención de sus líneas de ocupación, éstas serán expuestas en este trabajo y además se analizará concretamente su metodología, su relación con otras ciencias afines y muy en especial con la restauración arquitectónica.

Tanto el restaurador como el arqueólogo tienen una metodología específica para el trabajo, la cual se entrelaza y complementa en la gran mayoría de los casos, ya que es imposible que ambos actúen por su cuenta. Hay momentos en que el arqueólogo debe supeditarse a las ordenes del arquitecto y en otros casos viceversa, por ejemplo, si hay que hacer cortes, debajo y dentro de la estructura del inmueble, el arquitecto es el más indicado para dar y debe dar criterios de los lugares aptos para esto y en el caso de análisis de paños de pared, es el arqueólogo, mediante sus técnicas el que le dice al arquitecto las variantes que pudieran haber en ella.

Se reitera que debe haber una estrecha comunidad de ideas y de acción de ambos profesionales y sus correspondientes grupos de trabajo ya que ambos coinciden en un fin común, de aquí la necesidad de esta simbiosis y sobre todo del estrecho y común acuerdo sobre el plan de trabajo a realizar.

En los últimos tiempos, la necesidad de realizar estas operaciones de rescate de acuerdo a principios muy precisos y científicos, exige una metodología depurada lo que nos lleva a concretar los pasos a seguir, tanto por el arqueólogo como por el arquitecto, para que el engranaje de la actividad sea desde un inicio y hasta el final un solo cuerpo y no, como en algunos casos, que se llama al arqueólogo cuando ya no hay nada que hacer o por que la demolición o la restauración, están tan adelantados, que no es posible ejecutar ningún proceso arqueológico correcto (VIÑUELAS, GUTIÉRREZ, 1979, p. 7).

La primera labor que se debe abordar es el estudio documental y bibliográfico del lugar, ya que con el mismo se logrará un inicial contacto con el objeto de estudio, así como también es indispensable lograr una posible cronología del sitio, tan necesaria en todo momento, por que esclarece numerosos y variados criterios que se manejan en la ejecutoria y sin los cuales no se puede emprender la investigación. Puede suceder que el arqueólogo o el arquitecto restaurador aborden aspectos de la investigación bibliográfica, ellos mismos o exista un historiador cuya función sea estrictamente la búsqueda de la parte histórica, cual sea que fuere el caso, no se recomienda que se dé ningún paso, hasta que se haya consultado la base documental y bibliográfica (VIÑUELAS, GUTIÉRREZ, 1979).

En la fase de búsqueda documental, un punto de esencial valor es la detección de planos, tanto antiguos como modernos, de croquis y levantamientos topográficos si los hay, plantas y otros elementos de este tipo que le permiten a los directores del proyecto concretar la distribución del espacio y saber cuales son las áreas más factibles de operar.

En ocasiones toda esta investigación histórica es nula, y tanto al arqueólogo como el restaurador se enfrentan a la ejecución de la obra mediante un plan emergente el que suple esa labor y trata de ayudar en este caso, logrando por inferencia arquitectónica, levantamientos de planos actuales, calas de pruebas en el subsuelo, o en las paredes u otras técnicas que aporten elementos o noticias que puedan suplir la falta de investigación histórica.

Para que el arqueólogo pueda efectuar sus actividades, es necesario la tenencia de un plano del lugar, o una planta, ya sea antigua o actual, preferiblemente ambos, debido a que sobre los mismos, conjuntamente con el restaurador, se podrá planificar adecuadamente la segunda fase de trabajo: la exploración.

Como ya hemos dicho, lo que continúa es una exploración exhaustiva, en la cual se puedan ubicar todos los criterios que la información histórica nos ha brindado y la de los planos; con ellas se pueden realizar calas de prueba que ayuden a encontrar muros cancelados, paredes revestidas, puertas eliminadas, etc. que estén ocultos por procesos posteriores a la construcción inicial. Así como la existencia en la planta de letrinas, pozos, cisternas u otros testigos.

Concluida esta fase en su totalidad y manejando un criterio concreto del inmueble o área monumento, se pasará, con la anuencia del arquitecto restaurador a planificar los cortes de los escaques arqueológicos y a estudiar la metodología de los mismos, dependiendo siempre de los objetivos que se persiguen en la puesta en valor, o sea si estas excavaciones se hacen para descubrir elementos perdidos de la construcción, destape total de un área, sistemas de aguas, aljibes, letrinas o simplemente buscar evidencias.

Lo sistemático y estrictamente científico en las excavaciones realizadas está en dependencia del arqueólogo y del personal que con el labore, los que deben mantener controlado todo este proceso en toda el área tratada y en todo momento, para ello debe maniobrarse con implementos idóneos y realizar una minuciosa anotación en la libreta de campo de todo lo que acontece durante el corte, cuanta incidencia ocurra, por pequeña que sea, cualquier apreciación del equipo, todo puede ser de tremenda importancia en el análisis final.

La operación de marcado de los escaques o trincheras de corte arqueológico en el terreno deben ejecutarse con objetivos muy delimitados y como resultado de una valoración general del grupo de trabajo conjuntamente. El tamaño, la profundidad, el alcance espacial, estarán en dependencia de esa planificación anterior, pudiendo determinarse trincheras, pozos de prueba, calas, calicatas, etc. La estratigrafía a utilizar también es el resumen de un análisis colectivo y teniendo en cuenta los aspectos principales que se dan en el lugar, pudiendo ser artificial o natural, a partir de diferentes sistemas como por ejemplo el que ofrece la “matrix de Harris”, u otros etc. El sistema de perfiles podrá ayudar, en este caso, a dilucidar cual es la estratigrafía más adecuada.

En los casos en que se presenta alterado el subsuelo, nosotros en especial, usamos una técnica mixta que comienza con un bloque de 1 m. por 1 m. cortado artificialmente en estratos de 0,25 m., con el punto en su centro para las coordenadas cartesianas y a partir de los perfiles que se den en este bloque se cortarán o seguirá la sistemática de las capas naturales. Esto da una “cruz latina” que puede convertirse en un gran bloque, si así lo requiere el sitio y hay posibilidades de hacerlo.

Los grosores de las capas deben ser muy bien delimitados tanto en lo artificial como en lo natural ya que a partir de ellos y los elementos de la vida material que aparezcan en los mismos, se podrán realizar cálculos matemáticos de mucha utilidad en los análisis finales, sobre todo en lo que corresponde a la frecuencia de tipos. El volumen de tierra movido y los porcentos de evidencias a partir de un conteo exhaustivo, es parte ineludible que aportará mucha información en el posterior trabajo de laboratorio.

Durante las tres primeras fases del trabajo técnico del arqueólogo, se manejan a veces mecanismos sofisticados como son la fotogrametría aplicada a los inmuebles coloniales, la fotografía aérea, la fotografía aérea de infrarrojo, la detección a base de magnetómetro protónico, etc. que ayudan grandemente a la prospección y detección de las áreas que serán objeto de estudio, pero que agravan enormemente los costos (VELOZ MAGGIOLO, ORTEGA, 1976, p. 53).

El estudio de los materiales extraídos, es el siguiente paso del arqueólogo y su grupo, lo que se conoce como trabajo de laboratorio. En muchas ocasiones se realiza un examen previo en el propio terreno, que puede consistir en el lavado del material cuando así lo necesite o limpieza de polvo solamente, la catalogación previa por material de confección o cualquier otro indicativo que le permita al arqueólogo aligerar en algo el mecanismo de acción en el laboratorio y sobre todo, el traslado de materiales innecesarios, a veces a lugares muy distantes. También se puede desarrollar una observación preliminar de los materiales, si hay condiciones para hacerlo.

El trabajo de laboratorio es incuestionable que debe comenzar con la limpieza del material, ya sea con agua o sin ella, después la catalogación con una numeración preestablecida, muy necesaria para que los materiales no se confundan y pierdan su lugar estratigráfico y si hay que restaurar algún objeto, saber de que niveles se extrajeron los pedazos ya que con eso se determina la dispersión del residuario.

Lo necesario en el análisis preliminar, y que puede hacerse en el propio corte, es lograr tener una idea de lo que tenemos en la mano y una posible cronología, si es posible, ya que con esos rudimentos, encaminar los objetivos del proceso de laboratorio.

En el laboratorio se deben estudiar más detenidamente los materiales y hacer un análisis más exhaustivo que dará con una determinación tipológica a la que ayuda, si es que se restauran, buscar formas, marcas lo que permite pasar por catálogos especializados y comparaciones con muestras de museos.

El resultado que nos brinda esta tarea - sobre todo con la cerámica - es altamente alentador ya que estos procesos están muy avanzados, al extremo de existir especialistas a tiempo completo dedicados a estos estudios solamente, lográndose posibilidades cronodiagnósticas relativas, de mucha validez (DOMÍNGUEZ, 1981, p. 87). Los principales estudios se hacen con cerámica y otros similares con el cristal, metales ferrosos y no ferrosos, madera, hueso, etc.

Cuando esta fase de laboratorio haya terminado, debe haber concluido también la búsqueda de información arquitectónica y urbanística, lo cual tampoco debe de suprimirse obviamente,

ya que muchos de estos rasgos de construcción y emplazamiento permiten aglutinar aún más la información que se ha logrado en otros trabajos y con todo ello se puede acometer el análisis final.

Lo que consideramos la conclusión, antes de la puesta en valor, es la reconstrucción histórica del evento, lo cual se efectúa con todos los elementos enumerados y que han permitido echar las bases para el proceso de restauración.

Esta reconstrucción histórica es casi olvidada en muchos de estos trabajos, quedando trunco el proceso, ya que solamente se realiza la crónica y la descripción de lo que se ha trabajado y cuando más, se alcanza una descripción de los materiales hallados. En esta reconstrucción histórica donde todos los especialistas por igual, cada uno en su temática, deben aportar toda la información lograda con sus investigaciones y no quedarse en la fase descriptiva o positivista, que anula cuanto de eficaz se logró realizar antes.

Otro de los puntos de relevancia es que hay que poner en activo estos lugares o inmuebles, darle vida a los mismos teniendo en cuenta a los hombres que fueron capaces de hacerlo, esto es el verdadero objetivo que se persigue.

Buscar al hombre, encontrarlo en su obra, es el aspecto más válido en este proceso, el de hacer valer su propia obra, ya sea un inmueble o un área colonial, que éste no sea solamente apreciado por su belleza exterior o por los ejemplares que en su subsuelo antropogénico se han hallado, esta será su verdadera puesta en valor (MOLINA, 1976, p. 87).

### *Bibliografía*

DOMÍNGUEZ, L. (1981): Arqueología del sitio colonial Casa de la Obrapía o de Calvo de La Puerta Habana Vieja. Santiago, Santiago de Cuba. (41):63-82, marzo.

MOLINA, A. (1975): La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos. Colección Científica INAH no. 21, México.

VELOZ MAGGIOLO, M. Y E. ORTEGA (1976): La fotografía aérea como experiencia en la prospección de lugares arqueológicos precolombinos y coloniales en la República Dominicana. Casas Reales, año 1 (1):51-55, diciembre, Santo Domingo.

VIÑUELAS, G. Y R. GUTIÉRREZ, (1979): La documentación histórica en la restauración de monumentos. Cuadernos de arquitectura y conservación del Patrimonio Artístico. IMBA, México (2): 6-19, marzo.

## LA ARQUEOLOGIA HISTORICA EN EL CARIBE DEL SIGLO XVI

La Arqueología Histórica o Arqueología de la etapa colonial, incrementada ampliamente en América en las últimas décadas, nos permite metodológicamente ordenar el estudio de los sitios, que cronológicamente se ubican a partir de los viajes de descubrimiento en 1492 y durante todo el inicio del proceso de conquista y colonización a partir de 1494 hasta 1517 fecha tope de la primera parte, antes de comenzar la gran empresa del Continente; son estos 25 años los que se desenvuelven exclusivamente en la cuenca del Caribe.

Mucha es la discusión teórica sobre esta disciplina por el gran auge que ésta ha tomado y por sus estrechas relaciones entre la metódica pura y la historia, pero no es éste, el objetivo para debatir aquí, nos interesa más analizar los trabajos que se han realizado en el espacio antes mencionado y después pasar revista a otros conjuntos de excavaciones que considero acertado enumerar.

En los años precedentes al V Centenario del descubrimiento de América se acrecentaron las investigaciones sobre las antigüedades en el Caribe por que es el escenario de los acontecimientos iniciales y la documentación dejaba un sin fin de lagunas, las cuales tenían una sola solución: aplicar la metódica arqueológica para afirmar o desmentir muchas de estas incógnitas (EWEN, 1990).

Con la llegada del Almirante a estos mares se marca el inicio del llamado Nuevo Mundo y comienza la etapa de contacto indohispánico (DEAGAN, 1998) evento que sale del contexto histórico persé y que no puede abordarse por los métodos tradicionales arqueológicos, es por esto la necesidad de tomar una diferente metodología, lo que nos ofrece la Arqueología Histórica (LUMBRERAS, 1979, p. 25).

Cuando España se lanzó al llamado descubrimiento no fue a ciegas como la leyenda colombina nos ha legado, es ya una certeza que Colón conocía más de lo que decía saber. También cuando se acomete la Conquista y la Colonización observamos que se traía una experiencia nada despreciable adquirida en la contienda Canaria, (TEJERA GASPAS, 1992) y en el transcurso de la Reconquista de su propio territorio, ambas acciones, sin lugar a dudas concluyeron en un proceso de expansión territorial, lo que tratan de hacer en estas nuevas tierras.

Las Islas Canarias fueron obligada escala de los viajes de descubrimiento (ALEGRÍA; STEVENS-ARROYO, 1991) las experiencias hispanas con los habitantes de estas Islas permitieron poner en práctica los diferentes sistemas de asentamiento, estas operaciones fueron paralelas a las gestiones que hiciera Colón antes de 1492.

Las directrices y medidas seguidas para la conquista y colonización fueron ensayadas en las islas "Afortunadas" antes de ser introducidas en América, aún más tuvieron un segundo laboratorio de prueba: Las Antillas, de aquí la similitud en cuanto a implantación de modelos de poblamiento entre ambos territorios en los inicios del siglo XVI (TEJERA GASPAS 1995, p. 170).

Nos plantea Ramos Gómez sobre este asunto:

[...] la aparente ausencia de dueños efectivos de aquellas tierras y el nivel cultural de los antillanos hallados fue la causa de que Cristóbal Colón los considerase de inmediato como siervos naturales a los que era fácil adscribir a Castilla mediante los mismos principios que se aplicaron en las Islas Canarias: la incorporación pacífica si se aceptaba la soberanía de los Reyes y el cristianismo o la conquista armada si se repudiaba uno u otro elemento (RAMOS GÓMEZ, 1988, p. 222).

Para la Arqueología Histórica es un reto la búsqueda de los residuarios mas tempranos relacionados con el primer y segundo viaje de Colón (DEAGAN, 1988a, p. 19).

Es a partir de esta problemática que podemos considerar el estado de la cuestión y proponernos hacer un recuento crítico de lo que se ha investigado, de lo que se estudia en este momento y a nuestro entender sugerir algo de futuro.

Este “evento” no será informado por el “descubierto y conquistado” es narrado por el hombre que llega vencedor (GUERRERO, 1988, p. 11); los que reciben primero el impacto de este encuentro inmediato y devastador no dejaron escrito nada (DEAGAN, 1988, p. 1) no tenían escritura, pero aunque la hubieran tenido no habrían podido hacerlo, les faltó el tiempo, por tal razón no hay “visión de los vencidos” en el Caribe, por lo tanto sólo la ciencia arqueológica nos permitirá esclarecer, como eran éstos hombres en verdad, y que les sucedió, en realidad, ya que esta disciplina rompe lo infalible del documento y suple su falta (DANIEL, 1968, p. 5).

A raíz del V Centenario se ha laborado mucho en diferentes líneas de investigación y hay resultados muy relevantes como lo prueba la bibliografía consultada, sobresalen los ejecutados por Kathleen Deagan de la Universidad de la Florida, los de José María Cruxent del IVIC de Venezuela, los de Antonio Tejera Gaspar, Francisco Morales Padrón y Luis Ramos Gómez de España entre otros, Manuel García Arévalo, Elpidio Ortega y Marcio Veloz Maggiollo en República Dominicana y los de Ricardo Alegría, Carlos Solís y Miguel Rodríguez en Puerto Rico. En Cuba han trabajado Eusebio Leal, Leandro Romero, Rodolfo Payarés y Lourdes Domínguez entre otros; todos han tratado de solucionar a partir de sus indagaciones, parte de los problemas presentados.

En América y en especial en el Caribe, hay un buen número de pesquisas arqueológicas realizadas, pero considero que han sido inconexas, no han tenido una línea de conducción lógica son estudios por separado, solo conocemos con seguimiento consecuente, a partir del derrotero colombino en el Caribe, lo ejecutado por la Profesora Deagan en Haití, Santo Domingo y la Florida.

Tanto estas exposiciones referenciadas, como las ejecutadas en España, han concluido con resultados brillantes acordes a la celebración del V Centenario, pero, en verdad, cuando se analizan de conjunto, son pocos los esfuerzos conjuntos y la ciencia arqueológica cada vez está más impelida de investigaciones multidisciplinarias, con línea de continuidad, y a largo plazo.

Para entrar en materia metodológica y analizar la tarea arqueológica desarrollada, en un área tan especial como el Caribe, consideramos que debemos partir de dos líneas de acción: la primera basada en la cronología y las áreas geográficas afectadas y la segunda el quehacer de los investigadores que se han dedicado consecuentemente a esta labor, con ello daremos una idea lo más amplia posible de las excavaciones puntuales que se han ejecutado en los sitios relacionados con el descubrimiento y la conquista, la actualidad del tema y lo novedoso de algunos de estos estudios de caso.

Antes de comenzar debemos enmarcar cual es para nosotros el espacio Caribe, que perímetro presenta y la concepción que tenemos de la cuenca caribeña, la cual abarca todo el sur de Norteamérica, la costa Atlántica de Centroamérica incluyendo el Golfo de México y el norte de América del Sur, el concepto es de una gran bolsa, en cuyo interior se presenta un rosario de islas como las Bahamas, Las Antillas Mayores y Menores y otras muchas más. Hay otras ideas del Caribe, las del espacio limitado, de acuerdo al interés que se tenga.

Tomaremos nosotros la expresión inicial, más abarcadora y en ella se desplegará nuestro objeto de estudio, por que fue donde se efectuó el encuentro de las culturas, donde se desarrollaron los primeros intentos, las primeras escaladas, las primeras victorias y las primeras derrotas y en este Caribe, en un espacio de tiempo récord, se dio el golpe que cercenó el destino de un pueblo para que naciera otro, este Nuevo Mundo en el que vivimos.

La vía cronológica comenzará a partir de 1492 y concluirá en 1517 al abrirse la contienda de México, 25 años marcados, inicialmente por la acción colombina; por eso utilizaremos el derrotero del Almirante para señalar la línea de continuidad al trabajo, ya que pensamos que es una estrategia íntimamente ligada al Caribe.

De acuerdo a la maniobra propuesta en la búsqueda arqueológica de Colón en el Caribe,

debemos hacer nosotros otra división lógica, dos etapas con la finalidad de acortar los espacios de tiempo y narrar con más exactitud el marco de los viajes, primero y segundo, diferenciándolos a partir de su finalidad y objetivo, de esta manera, el inicial sería un viaje de “encuentros” y de “asentamientos”, el que sigue.

La estancia de Colón en Canarias, como escala obligada de su viaje, apenas se marca en el Diario (COLÓN, 1961), al parecer era tan común pasar por allí que para que hacer referencias, llega el 7 de agosto a Lanzarote y trata de “adobar” sus naves, o sea, ponerlas a punto, saliendo del puerto de la Gomera el 6 de septiembre de 1492. El itinerario colombino debe comenzar por las Bahamas, en la clásica isleta del encuentro, la Guanahani aruaca, actualmente conocida como San Salvador, nombre con que le bautizara el Gran Marino ya que fue su presencia la que le salvó la vida.

En 1986, esta pequeña isla fue explorada por Brill, el cual estudió el contorno y determinó que el único posible lugar de recalamiento para el intrépido marino fue Long Bay, en ella se encontraron evidencias y posteriormente se erigió un monumento pequeño y anodino, recordando el gran hecho histórico.

En ese mismo año se ejecutó una prospección exhaustiva de esta limitada rada por los investigadores Hoffman y Gerace, del Bahamas Field Station, en el cual, el perímetro de la playa fue rastreado, las arenas cernidas, lo que trajo por consecuencia el hallazgo de algunos objetos europeos que coinciden con la época, sobre todo el encuentro de una serie de monedas que coinciden con la época y que pudieron ser lanzadas por marineros de los tres barcos de Colón, como era usual en ese momento. (HOFFMAN, 1986).

El punto siguiente del derrotero en la narración, es el encuentro con Cuba, la isla grande augurada y prevista, todavía hoy en nuestro territorio de vez en cuando sale a la palestra la discusión de ¿dónde fue el lugar de las costas nororientales donde puso su pié el Almirante? La exposición de Morrison en 1940 (MORRISON, 1950) ofreció la información necesaria para que los geógrafos cubanos Van der Gucht y Parajón situaran al puerto de Bariay como el que reunía todas las condiciones enumeradas en el Diario de Colón (VAN DER GUCHT y PARAJÓN, 1943).

A raíz de 1992 arqueólogos cubanos dirigidos por J.M. Guarch, rastrearon el puerto y su entorno, hallando algunas evidencias que bien pudieron ser originadas por la visita del Descubridor. El relato continúa a partir de su Diario, manifestando algunos aspectos sobre su estancia en el famosos Río de Mares, para todos conocido como el puerto de Gibara y ya en este lugar su visita fue más larga, aquí envió emisarios al interior de la Isla y Van der Gucht y Parajón sostienen que el caserío indígena a donde llegaron Rodrigo de Jeréz y Luis de Torres no es otro que el Yayal, enclavado en el barrio de Güirabo,

[...] si los exploradores partieron de Gibara, como creemos nosotros, la importante población india que encontraron a 12 leguas de distancia, debía estar en la región de Holguín [...] a orillas del río Pazón y a una media legua del río Matamoros, en un punto conocido como Güirabo [...] (VAN DER GUCHT y PARAJÓN, 1943).

El sitio arqueológico El Yayal está analizado desde 1930 por Ernesto Segeth, el cual confeccionó un plano del mismo (ORTIZ, 1935). En 1938, José Antonio García Castañeda, destacado arqueólogo holguinero, realizó numerosas jornadas arqueológicas exhumando la mejor colección existente en Cuba de piezas de contacto y transculturación (GARCÍA CASTAÑEDA, 1938), este es un sitio agroalfarero de grandes proporciones excavado arqueológicamente en un 50 %, cuyos materiales han sido estudiados exhaustivamente, pudiéndose ver en ellos, la simbiosis cultural que reflejan en su unión de dos culturas (DOMÍNGUEZ, 1983, p. 15).

Como lo indica Colón, en su escrito, al continuar su recorrido por la costa norte del oriente de Cuba, el primero de diciembre tomó tierra en lo que hoy es la ciudad de Baracoa y para dar sentido de jurisdicción en esta tierra descubierta para los Reyes Católicos, clavó una cruz de madera, la cual

posteriormente fue encontrada por Diego Velázquez al iniciar la conquista en 1511; de acuerdo a la información histórica la misma pasó muchas vicisitudes pero se conservó y actualmente se encuentra en la ciudad de Baracoa provincia de Guantánamo, al oriente de Cuba (VELÁZQUEZ, 1963); y se le conoce con el nombre de la “Cruz de la Parra”, a la misma se le han efectuado una serie de análisis físicos y químicos para demostrar su autenticidad, llegando a la conclusión de su autenticidad (DESCHAMP, CARRERA, et al. 1989).

La última parte del viaje, como es de todos conocido, Colón tuvo desperfectos en una de sus naves, la Santa María y no le quedó otra alternativa que dismantelar la misma y dejar en tierra a sus tripulantes, esto aconteció en un lugar de la costa norte de la Hispaniola, junto a un poblado aborígen aruaco conocido hoy como chicoide, (CASSÁ, 1925), con el maderamen del barco construyó un fuerte al cual llamó La Navidad y continuó viaje de regreso a España con la idea de regresar lo antes posible (COLÓN, 1961, Ramos Gómez, 1991).

En 1975 el director del Museo de la ciudad de Limbé en Haití, realizó una prospección arqueológica en el área donde se creía que fuera posible el enclave del Fuerte, localizándolo en el sitio llamado En Bas Saline. En 1983 la Universidad de la Florida en varias jornadas continuadas de trabajo arqueológico, en esta localidad y dirigido por la arqueóloga Kathleen Deagan excavó con gran éxito y demostró que el emplazamiento era donde efectivamente estuvo el Fuerte de la Navidad, también halló el poblado aborígen chicoide, o sea el cacicazgo de Guanacagari. A cuyo cargo dejó Colón a sus hombres (DEAGAN, 1988, GUERRERO, 1988).

Con este estudio arqueológico concluimos lo correspondiente al primer viaje, prácticamente ha quedado cubierta la ruta y verificadas sus escalas mediante la metodología de la Arqueología Histórica.

En 1493 Cristóbal Colón regresa al Caribe en su segundo viaje, éste no será un viaje de “encuentros” sino para comenzar a poblar, viene a quedarse, no creo que haya tenido una idea clara de que quería en verdad en ese momento, pero de hecho llegó con 17 barcos, 1,200 hombres, trayendo además animales, plantas, etc. produciéndose así un contacto por ocupación (DEAGAN, 1988; ARRANZ, 1979).

Encuentra a su regreso, el Gran Marino, el Fuerte de la Navidad destruido y sus ocupantes muertos, y no ofreciéndole seguridad aquel lugar, decide emplazar a su comitiva en un área cercana de la propia costa norte, (VELOZ MAGGIOLLO, 1980), recalando en una pequeña rada favorable a sus intereses de establecerse.

En 1892 La Isabela, que así se llamó este primer poblado colombino, fue motivo de noticia a los 400 años de fundado al ser encontrado por José G. García, pero no es hasta 1915 que Narciso Alberti Bosch publica un largo ensayo sobre esta ciudad, concurrió al lugar y comprobó que donde el vulgo llamaba “el solar del Almirante” o “El Castillo” estaban los restos de la primada de América, La Isabela (SANTIAGO, 1991).

Arqueológicamente hablando, no es hasta 1940, que un grupo de investigadores formado por el arqueólogo cubano René Herrera Fritot y los también arqueólogos Emile Boyrie de Moya, dominicano y Jhon M., Goggin, norteamericano, son los que enmarcan el lugar y dan su veredicto acerca de la veracidad del asiento como la inicial La Isabela, posteriormente otros arqueólogos dominicanos han excavado el sitio y han dilucidado aún más este vasto lugar (ENCINAS, 1954, RODRÍGUEZ DEMORIZI, 1945; CHIARELLI-LUNA CALDERÓN, 1987; RAMOS GÓMEZ, 1992).

En 1990 se comienza un trabajo auspiciado por Parques Nacionales de República Dominicana en el cual José M. Cruxent toma la estrategia inicial del rescate arqueológico del sitio, posteriormente K. Deagan se une al grupo y también concursan arqueólogos de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad de La Laguna en Canarias; realizando en esta oportunidad un levantamiento total del sitio en varias etapas, con un resultado altamente exitoso, no solo en el rescate de los emplazamientos europeos sino también en el contexto aborígen aledaño a la ciudad (DEAGAN, 1989; RAMOS GÓMEZ, 1992).

La vida de Colón en la Isabela no fue estática, realizó algunas incursiones por el territorio, entre las cuales se encuentra la que han llamado “la ruta de Colón” y que es su llegada al macizo montañosos central de la Hispaniola, conocido como el Cibao, este derrotero fue objeto de estudio del arqueólogo dominicano Elpidio Ortega en 1988, el cual con una gran caravana fue marcando el posible camino a Jánico (ORTEGA, 1988, p. 12).

Posteriormente el Gran Marino decide salir en su segundo viaje el cual ha sido objeto de estudio arqueológico también, ya que en el mismo se había explorado la costa sur de Cuba y descubierto Jamaica. En el sur de la gran Antilla, si nos guiamos por el Diario y algunas de las cartas generadas por sus acompañantes, hay dos puntos cruciales, la entrada en el río Guaurabo, donde hoy está enclavada la Villa de Trinidad, fundada años más tarde por Diego Velázquez, la cual ha sido profusamente trabajada por el arqueólogo Alfredo Rankin. Desgraciadamente, como la estancia del Almirante fue en verdad efímera en este lugar no han quedado apenas huellas de su estancia en tierra cubana (RANKIN, 1985 c.p.; LARA ZERQUERA, 1977; PORTUONDO, 1973).

El Diario de Colón señala también el hallazgo de una isla al sur de Cuba a la cual le puso del Evangelista, la hoy llamada Isla de Juventud al sur de La Habana, punto muy controvertido, lleno de incógnitas, pero de difícil trabajo arqueológico, aunque geográficamente Antonio Nuñez Jiménez la ha investigado ampliamente (RAMÍREZ CORRÍA, 1955).

En el intermedio de este recorrido sureño, Colón se desvió más al sur y descubrió a la isla de Jamaica, marcando en el Diario las similitudes con los otros territorios ya vistos, sobre todo en relación a sus habitantes. El punto inicial de recalamiento en este Isla no ha sido ubicado fielmente, en cambio a partir de un proyecto de Arqueología Subacuática del INA de Texas se trató de rescatar los restos de las dos naves que Colón perdió en 1503, durante este, su cuarto viaje, llamadas La Capitana y La Santiago y que zozobraron en la Bahía de Gloria, hoy conocida por Santa Ana (PARRENT, et al, 1991).

Hemos tratado en la primera parte del trabajo y a partir del método que nos ofrece la Arqueología Histórica, comprobar que está prácticamente explorado y cubierto el itinerario de los dos primeros viajes colombinos en el Caribe, sobre todo en los sitios puntuales, pensamos que sería de gran utilidad acopiar toda esta información en una sola obra, algún día se realizará la misma.

Colón después de sus descalabros como conquistador-colonizador, trató de seguir sus viajes de “encuentros”, pero eran muchos sus compatriotas los que estaban interesados en lo mismo, además él había perdido el control, la dirección de la gesta se había ido de sus manos y de las de su familia, por esta razón el campo de acción se ampliaba en relación a los lugares encontrados después de 1494. Comienza el nuevo siglo, el XVI, con una pujanza incontrolable, de todas formas trataremos de enumerar algunos de los estudios arqueológicos más sobresalientes efectuados en la cuenca del Caribe, enlazados directamente con el quehacer hispano en estas tierras del Nuevo Mundo, por lo menos en los primeros 25 años del siglo (MORALES PADRÓN, 1979).

Para hacer este inventario no utilizaremos el orden cronológico aplicado a la primera parte de este trabajo, sino comentaremos la labor arqueológica por países y sus principales realizadores.

La plaza principal en este período tan temprano, es indudablemente Santo Domingo, llamada Hispaniola en ese momento. En 1505 se funda Concepción de la Vega Real, investigada arqueológicamente por Elpidio Ortega y actualmente es objeto de estudio de la prof. Deagan (ORTEGA, 1982).

En el resto del territorio dominicano hay múltiples residuarios arqueológicos analizados a partir de la metódica colonial, pero donde se concentra el mayor número de sitios es en los predios de la capital; fundada en los albores del siglo XVI y de cuyas excavaciones, existen una buena profusión de publicaciones (EWEN, 1990; ORTEGA, 1982).

Dentro de los yacimientos que más sobresalen en esta antigua ciudad de Santo Domingo, está el Alcázar de Colón, rodeado de un amplio predio y “a tiro de ballesta” del río Ozama, presenta una restauración excelente y está ambientado con mucho tino; aledaño a este monumento se encuentra el conjunto de la Atarazana, dedicado como antaño al comercio; como afluente a la plaza de Colón

desemboca la calle de las Damas, reconstruida en casi su totalidad, donde encontramos inmuebles tan puntuales como son Las Casas Reales y el Palacio de Don Nicolás de Ovando, entre otros.

En el resto de la ciudad antigua de Santo Domingo se han realizado innumerables labores arqueológicas, por ejemplo en la Catedral Primada, con sus famosos entierros, entre ellos los de la familia de Colón, y la disputa inacabable de los restos del propio Colón, trasladados ahora al monumento conocido como Faro de Colón. El Convento de San Francisco, donde también están los restos de un hospital y un cementerio en su parte trasera muy importante, la Casa de Gorjón, la Casa del Cordón con uno de los frontones más bellos e interesantes de la arquitectura del XVI dominicana, etc. Los que podemos considerar arqueológicamente hablando como estudios de caso, y que han conformado un conjunto digno de que Santo Domingo sea el exponente más valioso del Caribe representante del siglo XVI (ORTEGA, et al, 1982).

Puerto Rico es otra de las Islas que conforman a las Antillas Mayores, presentando un amplio placer colonial, tiene en las ruinas de Caparra, la que fuera segunda capital fundada en el Caribe en 1509 por Ponce de León, el primer estudio de Arqueología Histórica hecho en el Caribe, realizado en 1936 por Adolfo de Hostos (1938). Lo que quedó de Caparra a través de los años fue bien poco, pero el arqueólogo Ricardo Alegría realizó trabajos de reconstrucción y restauración montando un museo de sitio, el cual actualmente es considerado una de las atracciones históricas, de la ciudad de San Juan, en cuanto a patrimonio cultural.

La ciudad de San Juan de Puerto Rico es un museo viviente, concebido desde un principio a partir de esa base, con sus fabulosas calles adoquinadas y su reconstrucción casi total de inmuebles destinados a viviendas; es de destacar que esta estrategia se le debe a Ricardo Alegría, descollando los trabajos hechos por él en la Iglesia del Cristo, la Casa Blanca, La Casa Rosada y el Castillo del Morro. Recientemente se llevaron a cabo excavaciones arqueológicas en el antiguo cuartel de Ballajá por el arqueólogo Carlos Solís y de las cuales se ha exhumado una de las colecciones cerámicas históricas más amplia de todo el Caribe, la cual abarca desde el siglo XVI al XIX. Después de terminado el trabajo arqueológico, en estos predios de Ballajá, se levantó en ellos el Museo de las Américas (ALEGRÍA, 1994; SOLIS, 1990).

El conglomerado de yacimientos arqueológicos que se presentan en el Estado de la Florida, se ha convertido en un estudio de caso multicomponente, mirando a la costa Atlántica nos encontramos el enclave de la ciudad de Santa Elena excavada por Stanley South en 1980 y la ciudad de San Agustín de la Florida, objeto de estudio desde los años 50 por los arqueólogos Smith, Fairbanks, Goggin y actualmente por el equipo de K. Deagan. En este pueblo de origen español fundado en 1565 se ha ejecutado la restauración y el estudio arqueológico de más del 90% de su territorio, siendo uno de los predios coloniales mejor conservados en América. Actualmente sigue siendo el lugar de trabajo de campo de la Universidad de la Florida en Gainesville (LYON, 1988).

De la Arqueología Histórica se han generado especialidades a partir de su metódica, ejemplo de ello lo tenemos en las investigaciones sobre la dieta, el instrumental, las diferentes plantas de los inmuebles y su distribución espacial, de los artefactos de la vida cotidiana exhumados, como por ejemplo el vidrio, los metales y muy especialmente la cerámica (GOGGIN, 1968; DEAGAN, 1987a; HUME, 1984).

Dos emplazamientos coloniales, anexos al Caribe, han sido estudiados ampliamente, Panamá la Vieja fundada en 1513 la que actualmente presenta un vasto plan de restauración y arqueología dirigida por la Prof. Beatriz Rovira; y también el emplazamiento de Nueva Cádiz en la Isla de Cubagua en Venezuela, que fuera un fructífero centro perlero entre 1499 y 1518, excavado en 1950 por los arqueólogos I. Rouse y J.M. Cruxent.

Jamaica tuvo la suerte de tener en su territorio la fundación de la tercera ciudad del Caribe a comienzos del siglo XVI a la cual se le llamó Nueva Sevilla, (NEW SEVILLE, 1984). Su fecha de construcción fue 1509, pero sólo duró 23 años; esta villa española compartió su espacio con la aldea taína de Maina y de ambas, se han hecho importantes estudios históricos como el de Francisco Morales Padrón (MORALES PADRÓN, 1952) así como algunos trabajos arqueológicos entre los

que sobresale el de López y Sebastián de la Universidad Complutense de Madrid.

Lo que hoy es Haití, en el siglo XVI era parte de la Hispaniola, y dentro de su territorio actual, Colón construyó su fuerte de la Navidad, la primera construcción en América, cerca de este lugar en 1503 también se fundó la ciudad de Puerto real, la cual ha sido objeto de estudio con un proyecto de largo alcance auspiciado por la Universidad de la Florida, y donde han trabajado los profesores Hodges, Fairbanks, Williams, McEwen y Deagan, ésta última ha editado un magnífico libro sobre el proceso reconstructivo histórico arqueológico que bien puede ser considerado un ejemplo en la especialidad (DEAGAN,1995; EWEN, 1990).

Hemos dejado para el final a Cuba ya que en ella se ha investigado a partir de una estrategia diferente y con mucho menos recursos. En lo que respecta al enclave de las primeras villas fundadas por Diego Velázquez de Cuéllar entre 1511 y 1517, es poco el trabajo arqueológico hecho, nunca como un proyecto conjunto y en verdad se ha publicado también muy poco. Entre los años 1959 y 1960 se restauró y excavó el centro histórico de Santiago de Cuba mediante un proyecto de la Universidad de Oriente y ejecutado por el arqueólogo Francisco Prats Puig (PICHARDO VIÑALS, 1986; MORALES, 1984).

Un trabajo especial se llevó a cabo, durante este proyecto, en el emplazamiento del Ayuntamiento o casa de Gobierno, donde Prats exhumó una colección de mayólicas españolas del siglo XVI de gran calidad; este investigador también trabajó en la casa, llamada de Diego Velázquez de Cuéllar aledaña al actual parque central de la ciudad santiaguera encontrando en este inmueble los restos del horno de fundición de oro, debido a que en esta casa estuvo enclavado también la Casa de Contratación y la Fundición en los inicios del siglo XVI (PORTUONDO ZÚÑIGA, 1977).

En 1972 bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de Cuba se efectuaron excavaciones arqueológicas en el primer emplazamiento de la villa de Santa María del Puerto del Príncipe, enclavada en la actual Nuevitas, al norte de la provincia de Camagüey, por los arqueólogos Payarés, Calvera y Domínguez. Dentro de un programa de arqueología regional entre 1980-1985 se trabajó en el Centro Sur de Cuba y muy especialmente en la villa de Trinidad por el arql. Alfredo Rankin, que si bien no logró encontrar el enclave inicial de la villa, aportó conocimientos muy valiosos sobre los emplazamientos coloniales del siglo XVIII y XIX.

Este proyecto permitió también el estudio arqueológico del tramo de costa entre Cienfuegos a Casilda, al sur de Cuba, que fue parte del recorrido de Colón en su segundo viaje, excavándose el área donde estuvo emplazada la encomienda del Padre Bartolomé de las Casas, cuando Velázquez le otorgó sus tierras, lugar que hoy se conoce como Loma del Convento, la que estaba emplazada al lado de un sitio aborígen agroalfarero de grandes magnitudes (DOMÍNGUEZ, 1991, 1994).

La arqueología subacuática en Cuba, como parte de la Arqueología Histórica ha sido desarrollada con bastante moderación pero hasta el momento se ha logrado a partir del Programa que lleva a cabo la Empresa Carisub algunos levantamientos de pecios importantes en la costa norte de Pinar del Río, entre los cuales tenemos como ejemplo el del cayo Inés de Soto perteneciente al siglo XVI, del cual se ha rescatado un conjunto de materiales de mucho valor histórico (CIMEX, 1998).

Nos resta hablar de la villa más populosa e importante: La Habana, anexada a su carenero puerto y declarada hoy Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, está dentro de un proyecto excelente de restauración bajo los auspicios de la Oficina del Historiador de la Ciudad y dirigida personalmente por el Dr. Eusebio Leal Spèngler, se trabaja arqueológicamente desde 1968 y se han afectado 28 manzanas del casco histórico de la ciudad enmarcada intramuros; desgraciadamente no se ha podido seguir una línea consecuente de investigación, sino que es la restauración quien puntea el orden de la intervención arqueológica (Plano).

Para concluir, solo esbozaremos el tema del contacto dentro de las especialidades que se adicionan a la Arqueología Histórica, lo que trata del proceso sociológico de la transculturación, tan sutil y olvidado que solo a partir del método que ofrece esta ciencia se puede estudiar en nuestras islas donde la documentación de ese preciso momento histórico es prácticamente nula, esta sería “[...] La tarea más importante que aguarda en América a los arqueólogos coloniales [...]” la resultante

del encuentro de las dos culturas, es el reto que queda para el VI centenario del descubrimiento en el año 2,092 (DEAGAN, 1988).

### *Bibliografía*

ALEGRÍA, R. (1986): Etnografía taína en el momento de la conquista de las Antillas Mayores. La Revista. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. (2):69-80, enero-junio. San Juan.

ALEGRÍA, R. y A. Stevens-Arroyo, (1991): Los pueblos que descubrieron a Colón. Documento. Proyecto de Investigación. Puerto Rico.

ALEKSANDRENKOV, E. (1985): Aborígenes de Cuba. Problemas y posibilidades de Estudio. Revista Española de Antropología. Vol. XV Edit. Univ. Complutense. Madrid. P. 59-75.

ARRANZ, L. (1979): Emigración española a Indias. Poblamiento y despoblamiento Antillano. Edic. Fundación García Arévalo. Inc. S. Domingo.

CASAS, B. de las (1927): Historia de las Indias. Aguilar, México.

CASSÁ, R. (1975): Los taínos de la Española. Univ. Autónoma de Santo Domingo.

CHIARELLI, B. y F. Luna Calderón (1987): The excavation of La Isabela, the first european city of the New World. International Journal of Anthropology, Vol. 2 (3):199-209

COLÓN, C. (1961): Diario de Navegación. Comisión Cubana de la Unesco. La Habana.

CRUZ, L. (1978): La colonización y el indio en Puerto Rico. Revista Interamericana. Vol. VIII (3):416-428, San Juan

CUADRADO, E. (1991): Veinte años de Arqueología en España. Boletín de la asociación de amigos de la Arqueología. (30):150-155, ene.dic. Madrid.

DANIEL, G. (1968): El concepto de Prehistoria. Labor. Barcelona.

DEAGAN, K.A. (1973): Mestizaje in colonial St. Augustine. Ethnohistory. (20/1):55-65 ( winter) La Florida.

DEAGAN, K.A. (1987): El impacto de la presencia europea en la Navidad ( La Española): Revista de Indias. (181):713-732, Vol. XLVII

DEAGAN, K.A. (1988 a): La búsqueda arqueológica de Colón en el Caribe. Madrid.

DEAGAN, K.A. (1988b): The Archaeology of the Spanish contact period in the Caribbean. Journal of World Prehistory Vol. 2 (2):187-233

DEAGAN, K.A. (1989): Report on the Sub-surface test program at La Isabela. Dominican Republic. Dirección de Parques Nacionales. Inédito.

DEAGAN, K.A. (1992): A sixteenth-century Spanish-American Colonization in the Southeastern United States and the Caribbean, cap. 15 p. 225-250. Univ. Florida. Gainesville.

DEAGAN, K.A. (1992): Accomodation and Resistance. The process and impact of Spanish Colonization in the Southeast. Cap. 20, p. 297-350. Univ. Florida. Gainesville.

DECHAMP, R. et al (1989): La croix de Christophe Colomb a Baracoa ( Cuba) son histoire et L'identification de son bois, PACT - 22 VI (6): 389-400. Belgica.

DOMÍNGUEZ, L. (1978): La transculturación en Cuba. ( siglos XVI-XVIII) Cuba Arqueológica I Edit. Oriente.

DOMÍNGUEZ, L. (1983): El Yayal. Revista Cesaraugusta. Pub. Del Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesa. Zaragoza (57-58): 187-249, Zaragoza.

- DOMÍNGUEZ, L. (1995): *Arqueología Colonial cubana: dos estudios*. Edit. C. Sociales, La Habana.
- DOMÍNGUEZ, L. y A. Rives (1989): *Aproximación al estudio del contacto entre aborígenes y europeos en Cuba*. La Rábida. (5):72-76, Huelva.
- DOMÍNGUEZ, L., J. Febles y A. Rives. (1994): *Las comunidades aborígenes de Cuba*. Cap. 1 Historia de Cuba. La Colonia, Edit. Política. La Habana.
- ENCINAS, J.A. (1945): *Primitivas comunidades locales de América*. 14 Cincuentenario del descubrimiento de América. Pub. Interamericana. La Habana. P.1-32.
- EWEN, Ch. R. (1990): *The Archaeology of Spanish Colonialism in the Southeastern United States and the Caribbean*. The Society for Historical Archaeology, 34 p.
- GARCÍA Santana, A. (1971): *De la historia de Trinidad*. Rev. Islas. (43): 53-63. Sept.-Dic.
- GARCÍA Arévalo, M.A. (1978): *La arqueología indohispana en Santo Domingo*. Sep. Unidad y Variedades. Caracas.IVIC p. 77-127.
- GARCÍA Castañeda, J.A. (1938): *Asiento Yayal*. Revista de Arqueología. Habana. (1): 50-62, agosto.
- GOODWIN, W. (1946): *Spanish and English Ruins in Jamaica*. Meador Pub. Boston.
- GUARCH DELMONTE, J.M. (1978): *El Taíno de Cuba*. Edit. Academia, La Habana.
- GUERRERO, J.G. y M. Veloz Maggiolo (1988): *Los inicios de la colonización en América. (La arqueología como historia)*. San Pedro de Macoris. R. Dominicana.
- HOFFMAN, CH. A. (1986): *Archaeological Investigation at Long Bay site, San Salvador. Bahamas. Proceedings First San Salvador Conference Columbus and his World*. Bahamian Field Station. P.14-19.
- LARA ZERQUERA, C.J. (1977): *La villa india de trinidad en el siglo XVI*. Boletín de la Biblioteca Nacional José Martí. La Habana.
- LE RIVEREND, J. (1950): *La Habana: biografía de una provincia*. Academia de la Historia de Cuba. Imp. Siglo XX. Muñiz y Cía. La Habana.
- LE RIVEREND, J. (1961): *El indigenismo en la historia de las ideas cubanas*. Revista Islas. Vol. II (3): 53-62
- LÓPEZ y SEBASTIÁN, L. E. (1983): *Sevilla La Nueva. (Jamaica) Un proyecto de arqueología colonial*. Rev. Española de Antropología Americana. Madrid.
- LUMBRERAS, L.G. (1979): *Arqueología como Ciencia Social*. Edit. CASA, La Habana.
- LYON, E. (1988): *The Enterprise of Florida*. The Florida Historical Quarterly, July, p. 411-422
- MORALES, S. (1984): *Conquista y Colonización de Cuba, siglo XVI*, Edit. C. Sociales. Habana,
- MORALES PADRÓN, F. (1979): *Teoría y Leyes de la conquista*. Edit. Cultura Hispánica. Centro Iberoamericano de Colaboración. Madrid.
- MORBÁN LAUCER, F. (1982): *Impacto psicológico de la colonización sobre los aborígenes de la Hispaniola*. Academia de Ciencias de la Rep. Dominicana. Anuario. (6):293-319
- MORRISON, S. E. (1950): *Admiral of the Ocean Sea*. Vol. 1. Little Brorow. Boston.
- MOSCOSO, F. (1985): *La colonización española y el tributo precolombino*. Rev. Dominicana de Antropología e Historia. Año XV, Vol. XVI (29-30):9-28, ene.-dic. Santo Domingo. New Seville 1509-1536 major facts , major questions (1984): Jamaica National Heritage Trust. Kingston
- ORTEGA, E.J. (1988): *La Isabela y la arqueología en la ruta de Colón*. San Pedro de Macoris. Rep. Dominicana.
- ORTIZ, F. (1968): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Consejo Nacional de Cultura. La Habana.

- PARRENT, J. et al (1991): Search for Columbus last ships. The 1991 Field Season. INA Newsletter. Vol. 18 (4):16-19
- PICHARDO MOYA, F. (1945): Los indios de Cuba en sus tiempos históricos. La Habana.
- PICHARDO VIÑALS, H. (1986): La fundación de las primeras villas de la Isla de Cuba. Edit. Ciencias Sociales, La Habana.
- PORTUONDO, F. (1973): El primitivo asiento de Trinidad. Estudios de Historia de Cuba. I.C.L. La Habana.
- PORTUONDO, F. (1973): Tres temas en torno a la conquista de Cuba. Estudios de Historia de Cuba. I:C:L: La Habana
- PORTUONDO ZÚÑIGA, O. (1977): Trayectoria histórica de Santiago de Cuba. (1515-1607) Santiago (26-27):110-150, jun-jul, Santiago de Cuba.
- RAMÍREZ CORRÍA, F. (1955): Reconstrucción crítica del segundo viaje cubano de Colón. La Habana.
- RAMOS GÓMEZ, J. (1988): El papel del indígena en el primer plan colonizador español. América Hombre y Sociedad. Madrid.
- RAMOS GÓMEZ, J. (1991): Cristóbal Colón y la estructura sociopolítica indígena antillana durante el Primer Viaje : del silenciamiento al pacto. Revista Española de Antropología Americana (21): 221-241, Edit. Universidad Complutense. Madrid.
- RAMOS GÓMEZ, J. (1992 a): Huellas de la relación mantenida por españoles e indios en la Isabela hasta la partida de Antonio de Torres el 2 de febrero de 1494. Revista Española de Antropología Americana. (22):775-88 Univ. Complutense. Madrid.
- RAMOS GÓMEZ, J. (1992 b): El inicio de la colonización española en América: el contacto y la conquista del Mundo Taíno, Pub Caja de Ahorros Municipal de Burgos. Burgos.
- REY BETANCOURT, E. (1988): Esbozo etnohistórico del siglo XVI temprano. (Cuba 1511-1553) Revista cubana de Ciencias Sociales (16):162-186, enero-abril Año VI. La Habana.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, E., (1945): La Isabela. Apuntes y Documentos. La Habana
- ROMERO ESTÉBANES, L. (1995): La Habana arqueológica y otros ensayos. Edit. Letras cubanas. La Habana.
- SANTIAGO, P.L. (1991): Noticias y testimonios sobre la Isabela. Revista Isabela. (1):2-10, Santo Domingo.
- TABÍO, E. y E, REY (1966): Prehistoria de Cuba. Edit. Academia (1ra. Edición).
- TEJERA GASPAS, A. y E, Aznar (1985): El primer contacto entre europeos y canarios (1312-1477) Revista del Museo Canario Las Palmas, 1985-86-87 p. 169-185.
- TEJERA GASPAS, A. (1992): Majos y europeos. El contacto de culturas en Lanzarote en los siglos XXIV y XV. Un precedente americano. Serie Informe. Universidad de La Laguna (3):1-93.
- TEJERA GASPAS, A. y R. González Antón (1987): Las culturas aborígenes canarias. Interinsular. Edic. Canarias.
- VAN DER GUCHT J. y M. PARAJÓN (1943): Ruta de Cristóbal Colón por la costa norte de Cuba. Edit. P. Fernández. La Habana.
- VELÁZQUEZ, D. (1963): Cartas de relación de la conquista de Cuba. Depto. De Publicaciones Universidad de La Habana.
- VELOZ MAGGIOLO, M. y E. Ortega (1980): Nuevos hallazgos en la costa norte de Santo Domingo (Boletín del Museo del Hombre Dominicano. (13):11-48, año IX. Santo Domingo.

## VIGENCIA DE LA ARQUEOLOGIA HISTORICA EN EL PROYECTO HABANA VIEJA

De una larga historia es la ciudad de La Habana, cuanto se ha dicho y cuanto se ha escrito de ella, se ha estudiado su arquitectura única y viva, de sus habitantes, de su puerto carenero que jugó un papel tan importante desde el inicio de su existencia, de todo lo que se comerció, pero en verdad se ha hecho referencia muy pocas veces a su arqueología. La información que su suelo antropogénico nos pudiera decir, son pocos los que lo han escrito.

La potencialidad arqueológica que se presenta en la Habana Vieja es incalculable, a tal punto que pensamos que serán varias generaciones las que dispongan de su conocimiento ya que el grado de autenticidad de sus edificios y de los espacios urbanos concebidos en diferentes épocas, así como la inalterabilidad de su subsuelo hacen de esta ciudad el sueño de los arqueólogos históricos.

Desde los años 60, es común el debate entre los arqueólogos especialistas acerca de la autonomía de la Arqueología Histórica como disciplina científica. Algunos piensan que es una herramienta de la Historia propiamente dicha, otros que es una técnica y otros que solamente es un subcampo de la propia Arqueología. Nosotros la consideramos una ciencia y sobre todo una Ciencia Social independiente en tanto posee su propio cuerpo conceptual y su objeto de estudio muy bien definido y que no es otra cosa que el estudio de las huellas dejadas por el hombre en el curso de su existencia y que deviene en la cultura material de los pueblos.

También desde los años 60 el debate giró en torno al propio nombre de esta ciencia: unos la llamaban Arqueología Colonial (de hecho, se llamó así por mucho tiempo), otros Arqueología de niveles coloniales, Arqueología de la etapa colonial o hecha sobre sitios históricos, todavía hoy esta discusión no define concretamente esta ciencia.

Sin esperar una definición consensuada, en la Habana Vieja se practicaban excavaciones en sus inmuebles más antiguos para recuperar información de todo tipo, sobre todo materiales, delimitar espacios, que estaban ocupados con anterioridad y cambios estructurales que originalmente estaban en los inmuebles.

No fue hasta 1968 que las labores arqueológicas en este contexto habanero se realizan junto al proceso de restauración y sobre todo a partir de una ejecutoria oficial. Es en este año que se comienzan a efectuar excavaciones arqueológicas en los predios del actual Museo de la Ciudad, otrora Alcaldía de la Ciudad de La Habana y que había sido el Palacio de los Capitanes Generales durante el Gobierno Español.

A partir de estas pioneras excavaciones se logró que la Habana Vieja fuera objeto de un sistemático estudio de su subsuelo, como parte del ambicioso plan de rehabilitación del patrimonio edificado que en ella se realiza.

Este trabajo se efectúa a partir de una selección de los inmuebles de alto valor patrimonial, incrementándose de forma tal que fue necesario fundamentar un presupuesto metodológico para acometer - de manera ordenada y eficiente - la creciente demanda de trabajos arqueológicos, pues quedó establecido que todo intento restaurador lleva consigo una investigación arqueológica previa.

En muchos casos, esta circunstancia provocó que tanto el sentido de la Arqueología como sus objetivos, se vieran subordinados a los proyectos de restauración, dependiendo siempre o en la mayoría de los casos de los plazos y las estrategias constructivas, así como de la puesta en valor de las obras cuando a las necesidades arquitectónicas fueran determinadas.

Gracias a la voluntad de la Oficina del Historiador de la Ciudad, se ha podido concretar un derrotero conjunto de trabajo entre los planes de restauración y los intereses arqueológicos, lo que dicho sea de paso muy pocas veces se ha logrado en situaciones y espacios similares.

A pesar de los tanteos iniciales no se perdió de vista la formación de quienes se encargarían de guiar estas tareas de investigación, realizadas en forma empírica y con gran dosis auto formadora, llevadas a la práctica a través del quehacer y del error, del volver a hacer y continuar.

Desafortunadamente, ni en aquel momento ni hoy, la Arqueología ha contado con un reconocimiento para su estudio de grado, de modo que pueda transmitirse a nivel medio y superior el conocimiento acumulado.

No obstante, de cierta forma se ha podido suplir esa carencia, gracias al empeño de algunos especialistas, se han ido formando nuevos arqueólogos por diferentes vías, incluidos los cursos en la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos, perteneciente a la Oficina del Historiador, los ofrecidos por el Gabinete de Arqueología también de esta Institución y de otros cursos de posgrado que se han auspiciado en el Centro de Antropología y por el Museo Montané. La Universidad de Oriente junto a la Casa del Caribe también ejercen docencia en la arqueología conjuntamente, dentro de sus planes de trabajo.

Cuando se acomete una línea de investigación en la Arqueología Histórica ésta debe contener - al igual que cualquier otra disciplina científica - una alta precisión en la determinación y finalidad del trabajo, y que en ningún momento se confunda el área de labor con el objetivo de la ciencia en sí, o lo que es lo mismo no debemos excavar por excavar, sin un objetivo definido de antemano y un propósito preestablecido para poder lograr un resultado acorde con la razón de esta ciencia.

Hay que probar que el recurso arqueológico es el que corresponde a la operación emprendida, de modo que éste se pueda ampliar, complementa y rectificar la documentación existente y, así, marcar el paso de lo que se va a ejecutar en lo adelante.

En la Habana Vieja se ha aplicado esta especialidad dando los pasos necesarios para su desenvolvimiento y, como resultado, se ha obtenido una información de primera mano en respuesta a una estrategia concreta y definida. Hasta las excavaciones hechas en 1968 no se sabía que había bajo la ciudad y fue entonces, cuando al despejar incógnitas que guardaba celosamente el subsuelo antropogénico, se tomó conciencia de que debía existir un estudio sistemático de lo que fue superponiéndose en el tiempo y que cada sitio arqueológico debía abordarse a partir de la metodología más apropiada.

En ningún momento la Arqueología Histórica en la Habana Vieja ha tratado de hacer historia arquitectónica o de estudiar solamente los materiales o evidencias que se hayan exhumado de este subsuelo, sino que siempre ha tratado de aunar intereses en aras de un fin mayor: la revitalización de la Habana Vieja de conocer su pasado arqueológico plenamente mediante las técnicas más modernas.

Esto debe lograrse cumpliendo la premisa de que cada edificación será rehabilitada según la época en que se erigió o aquella en que le fueron realizadas transformaciones irreversibles, cuya expresión ha perdurado en el tiempo. Esta concepción atañe especialmente, a los inmuebles ubicados en la zona intramuros, cuya historia puede definirse con ayuda de la Arqueología y sus métodos, capaces de estudiarla orientadamente sin tener que depender de la documentación manida o de evidencias ya catalogadas con anterioridad.

En el decursar de esta puntual operación, han existido excavaciones y estudios que marcaron momentos muy precisos dentro de la práctica arqueológica en la Habana Vieja. En los años 60 la estrategia utilizada era la del rescate de los inmuebles y entornos físicos de cualquier tipo, que se encontraban en peligro, porque era la única forma de encarar el reto que la historia nos planteaba y todavía la especialidad de la Arqueología Histórica se conformaba como ciencia nueva, y sin lugar a dudas con su debilidad teórica y metodológica.

Bajo esta óptica se ejecutaron los trabajos arqueológicos de la Parroquial Mayor y la Casa de la Obrapía, los cuales cubrieron una necesidad importante en la investigación de su tiempo y significaron un invaluable aporte a la tarea de identificación y fechado de artefactos provenientes del subsuelo habanero, no podemos olvidar que estos fueron los primeros trabajos que se hicieron en La Habana, representando ejemplos precisos en el territorio, clásicos exponentes de la Arqueología Histórica particularista que, por la fecha en que fueron hechas, pueden considerarse entre las primeras del Caribe.

Los inicios de la Arqueología Histórica en la Habana Vieja se remontan a 1968, como se había

dicho, cuando se efectúan excavaciones en la Casa de la Obrapía o de Calvo de la Puerta, en sus paredes se encontraron las primeras pinturas murales en la Ciudad y de los estudios efectuados en su caballeriza, especialmente de los exponentes materiales se sacaron los primeros de esta índole pertenecientes al siglo XVI. Los realizados en el edificio de los Capitanes Generales hoy Museo de la Ciudad y donde estuvo inicialmente enclavada la Parroquial Mayor, pueden considerarse el primer caso de una investigación arqueológica previa a un proceso de restauración., pero también hubo especial interés en rescatar las reliquias de su subsuelo y que pudieron ser las primeras de contexto religioso halladas en Cuba utilizando el estudio estratigráfico por primera vez.

Posteriormente se efectuaron algunos trabajos que perseguían reconstruir modos de vida del pasado como parte del estudio de grupos sociales enmarcados en una región determinada, un ejemplo es el Convento de Santa Clara de Asís. A este tipo de Arqueología se le llamó de “traspatio” aunque en Santa Clara se indagó mucho más allá de los detalles constructivos y se llegó al estudio profundo de toda una comunidad religiosa.

Las excavaciones arqueológicas, en su ejecución, pueden dividirse en cuatro contextos principales, el civil, o sea edificios públicos, el doméstico o para la morada de familias, el religioso en el que pueden estar las iglesias y los conventos y las construcciones militares muy especialmente castillos, baluartes y baterías.

Los contextos domésticos son los más trabajados en el ámbito de Habana intramuros, por que por lógica están acordes con el proceso de puesta en valor de los inmuebles que albergan la gran mayoría de los Museos del Complejo Museístico de la Habana Vieja, declarada monumento de la Humanidad en 1982, dentro de estos inmuebles objeto de estudio se encuentran Mercaderes 15, el antiguo colegio San Ambrosio y que hoy es el Museo de la Casa de los Arabes; la casa de la familia Sotolongo y que tiene ahora los predios del Hostal Valencia. La Casa de Juana Carvajal donde esta la sede del Gabinete de Arqueología una de las moradas de más bella historia y la de Muralla no. 60 donde se encuentra actualmente la Empresa de Restauración de Monumentos. Todos estos trabajos fueron realizados en los años 80.

Dentro de este mismo contexto doméstico en los 90 se han efectuado puntuales excavaciones como por ejemplo en la antigua casa de Mariano Carbó hoy sede del Museo del pintor Guayasamín: la que perteneció a Gaspar Rivero de Vasconcellos, la de Santiago C, Burnhan que hoy es la sede del Museo al Libertador Simón Bolívar, y la de los Condes de Villanueva. La Casa de los Condes de Santovenia fue objeto de un estudio arqueológico muy especial sobre todo en la parte dietética, lo que permitió una información muy valiosa y además representó la posibilidad de excavar una zona primada de la ciudad. En su contenido de tipo doméstico fue rescatada una cerámica de origen español no encontrada en otras excavaciones anteriores y pruebas de que el nivel del mar llegaba hasta el lado norte de la mansión.

Los contextos religiosos tienen innumerables exponentes dentro de los cuales un ejemplo representativo es el Convento de San Francisco de Asís o Basilica Menor donde dentro de sus excavaciones y trabajos arqueológicos estructurales llamaron poderosamente la atención las pechinas rellenas con cerámica vidriada del primer tercio del siglo XVIII. Otros trabajos arqueológicos en sitios religiosos los podemos observar en la Capilla del Loreto de la Catedral de La Habana, la capilla de la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, el Convento de Belén y la Iglesia y Hospital de Paula.

Los ámbitos militares han sido el objeto de estudio histórico en mucho tiempo en nuestro país, y el primer trabajo de restauración efectuado en estos pasajes, se efectuó en el Morro de Santiago de Cuba pero indiscutiblemente es la Habana la que tiene mayores exponentes, de los cuales se han excavado La Garita de la Maestranza, donde se encontró el horno de cubilotes más antiguo de Cuba y moldes de fundición de piezas de Artillería habaneras. También se han hecho trabajos en la Cortina de Valdés, en la Fortaleza del Morro o Castillo de los Tres Reyes, donde se pudieron evidenciar las bases del Baluarte de Santo Tomás. Se excavó también en el Castillo de la Punta, y en el más antiguo de América, el Castillo de la Real Fuerza, así como también en la fortaleza de San Carlos de la Cabaña.

A partir de la creación del Gabinete de Arqueología en 1987 se establece una verdadera pauta a seguir en materia de Arqueología Histórica, pues se logra una interrelación entre las búsquedas arqueológicas y el plan de restauración de la Habana Vieja. Con la puesta en valor de grandes obras ya dentro de un ámbito delimitado y vital, se piensa en ella como un Museo representativo de las ciudades caribeñas capaz de superar por la diversidad de contextos cronológicos a sus similares de Santo Domingo y Puerto Rico. Santo Domingo constituye, en verdad, un exponente insuperable de la ciudad del siglo XVI, pero solo de ese siglo, mientras que en San Juan predominan los entornos de un siglo XIX sencillo y criollo.

Porsuparte, San Cristóbal de la Habana conserva un amplio espectro que abarca ininterrumpidamente exponentes de los siglos XVI al XIX, mostrando al Mundo hoy elementos de casi todas las variantes arquitectónicas domésticas, civiles, militares, eclesiásticas y comerciales. A lo que se añade una gran muestra del registro arqueológico artefactual, para su estudio pormenorizado, sin parangón en el área caribeña, lo que se expresa en patrones dispuestos a cualquier fase de investigación.

Las indagaciones que hasta el momento se han realizado en torno a la frecuencia relativa con que aparecen los diferentes grupos de artefactos (cerámicas, vidrios, metales, huesos, maderas, piedras, etc.) permitieron definir rasgos esclarecedores que ayudan a interpretar los puntos sobresalientes de aquellos sitios sobre los cuales la documentación e información es casi nula.

Mediante este enfoque cuantitativo se investigaron con carácter individual la mayólica del siglo XVI en Calvo de la Puerta (Casa de la Obrapía) y la porcelana oriental en la Habana, estudios que sirvieron de base para reconocer patrones que posibilitan inferir la conducta humana.

Por otro lado, el análisis de la cerámica mexicana del siglo XVII proporciona una luz para desentrañar las redes del comercio intercolonial en etapa tan oscura.

Es de vital importancia reconocer el aporte que la Arqueología Histórica ha brindado al estudio histórico social de la Habana intramuros desde una perspectiva regional que al asumir la parte antigua de la ciudad, como ámbito temporo-espacial, donde se desarrolla un proceso sociocultural concreto, lo que la convierte en un universo idóneo para la investigación.

Con ayuda de la Arqueología Histórica se han clasificado los diversos contextos físicos, delimitándolos mediante el análisis profundo de las sucesiones estratigráficas y la secuencia de los materiales exhumados.

Las excavaciones realizadas en el Convento de San Francisco de Asís y en la Casa de los Condes de Santovenia no fueron tratados como inmuebles particulares o estudios de caso en sí, sino como áreas que representan el desarrollo acaecido históricamente en un momento dado de esta región. Siguiendo esta misma directriz, puede tomarse la cerámica como referencia para investigar la unión de varias culturas y las resultantes de esta fusión en una ciudad como la nuestra, arquetipo de tales combinaciones.

El estudio de la cerámica de contacto o transculturación – llamada “colono ware” o “criolla” – permite saber hasta que fecha se dio esta simbiosis, además arroja evidencias muy concretas sobre el comercio, tanto el lícito o sea el permitido por las autoridades como el comercio ilícito o de contrabando, constatadas o no en las fuentes documentales de la época.

Como disciplina científica, la Arqueología Histórica en la Habana Vieja no se subordina a la restauración, sino que una y otra se han unido y complementado, el resultado hasta el presente ha sido un muy valioso abrazo el cual no está exento de errores, pero la suma final es lo que vale y ésta es, el de grandes valores, bien ostensibles.

A treinta años de los comienzos, podíamos mencionar entre los precursores en esta Habana – además de Eusebio Leal, alma y acción – a los también arqueólogos Leandro Romero, Rodolfo Payarés, Ramón Dacal, Rafael Valdes-Pino, Eladio Elso, y la que suscribe; y recordar con gratitud al artista Ernesto Navarro. Ellos lucharon y trabajaron con esmero y allanaron el camino que hoy prosiguen los más jóvenes.

A todos nos corresponde enfrentar el reto del futuro en que la Habana, ciudad de maravilla y misterio, reencuentre su pasado y el del hombre que la habita y la sueña.

*Bibliografía*

DOMÍNGUEZ, L. (1984): *Arqueología Colonial de Cuba: dos estudios*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana.

EGUREN, G. (1986): *La fidelísima Habana*. Edit. Letras Cubanas. La Habana.

FRANCO, J.L. (1985): *Apuntes para una historia de la legislación y administración colonial en Cuba*. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

LEAL SPENGLER, E. (1986): *Regresar en el tiempo*. Edit. Letras Cubanas. La Habana.

LEAL SPENGLER, E. (1988): *La Habana Ciudad Antigua*. Edit. Letras Cubanas. La Habana.

# MATERIALES CERAMICOS SUBACUATICOS EN LA CAYERIA DE PINAR DEL RIO, CUBA

## *Introducción*

La cerámica tiene un papel de significativa consideración en la vida y el desenvolvimiento humano, y se ha convertido en un extraordinario revelador de rasgos típicos que pueden caracterizar momentos y etapas por los que han transitado las diferentes civilizaciones que la han creado e hicieron uso de ella (FAIRBANKS, 1972, p. 141). La fácil conservación en diferentes medios y su condición de espejo de cambios tecnológicos y de moda acrecientan su valor (PERICOT, 1977, p. 5).

La cerámica de producción hispana que llega a nuestras playas desde los inicios del siglo XVI posee, en lo fundamental, una influencia morisca muy determinante, aunque en ese momento se ve inmersa en cambios fundamentales, debido al contacto entre diversas culturas, así como a la exigencia de una producción determinada por la necesidad de abastecer las solicitudes del Nuevo Mundo (BARNES y MEDINA, 1995, p. 38).

El movimiento marítimo que genera el proceso de colonización de América trae como consecuencia la posibilidad del hundimiento de infinidad de naves, las cuales portaban, en su gran mayoría, cargas de grandes riquezas y lotes de artefactos de todo tipo, entre ellos cerámica, tanto para el comercio como de uso de tripulantes y viajeros. La tipología más usual era la de contenedores para la carga y el abastecimiento del propio barco, así como vajillas de mesa y utensilios de cocina.

Labores sistemáticas de exploración, excavación e investigación arqueológica realizadas entre 1992 y 1995 en el pecio encontrado en el cayo Inés de Soto han permitido la recuperación de una variada muestra de material cerámico. Una valoración a priori nos ha permitido caracterizarla como procedente de un naufragio del siglo XVI, tomando como fecha inicial la de 1555, debido al hallazgo de un astrolabio que tiene grabado este año. Hemos podido definir algunos aspectos de la loza común usada a bordo de este buque y la que era objeto de comercio, ya que en estas embarcaciones que se dedicaban al trasiego marítimo en el Caribe se encontraban las dos vertientes: la carga comercial y los objetos de uso cotidiano o personal de sus tripulantes y viajeros.

Los conjuntos cerámicos más representativos en el pecio rescatado son los llamados barros burdos (crudos, toscos, groseros) y las lozas vidriadas con estaño y plomo (mayólicas), los cuales presentan un rango cronológico de aproximadamente quinientos años.

Dentro de estos conjuntos cerámicos, los grupos y tipologías son variados, pero permiten una valoración cronodiagnóstica muy específica para el sitio, que concuerda con otros elementos hallados en el mismo (DOMÍNGUEZ, 1997). Debemos tener en cuenta que, al estudiar los pecios, éstos son como “cápsulas de tiempo” absoluto (BARTO, 1978, p. 18) y los materiales que encontramos en los mismos permiten fechados de un valor incalculable, mucho más seguros que en los sitios de tierra.

Antes de adentrarnos en el análisis de la cerámica de este pecio es necesario hacer notar que nos enfrentamos a una muestra que presenta ciertas características especiales, como también pueden hallarse en otros naufragios, que son las diferentes alteraciones cualitativas del material, entre las que podemos señalar la pérdida total o parcial de los esmaltes o vidriados, de la pintura y la decoración. Los procesos lógicos de erosión y desgaste de la superficie de los ceramios, el cambio de la coloración superficial o interior de las pastas y los acabados son ocasionados por la larga permanencia en el mar, teniendo en cuenta también los continuos procesos físicos y químicos que pueden ocurrir, así como el tratamiento posterior al que son sometidos en laboratorios después de su extracción. Estos aspectos resultan de gran importancia y no deben pasarse por alto, pues pueden ser motivo de incalculables errores en el estudio de dichos materiales.

La muestra cerámica consta de nueve piezas completas y doscientos veintinueve fragmentos, para un total de doscientos treinta y ocho elementos. Utilizaremos para su estudio el análisis descriptivo,

aunque en algunos casos tendremos en cuenta el método comparativo con otras muestras similares halladas en el Caribe, para así poder llegar a un consenso interpretativo.

Dividiremos la muestra para su estudio a partir de la utilización de los conjuntos previamente definidos: los barros burdos y las lozas vidriadas (DOMÍNGUEZ, 1997), y dentro de ellos observaremos las diferentes expresiones tipológicas, en las que podremos señalar variedades, y con todo ello dilucidar con exactitud el origen y la cronología de la muestra.

Para conformar esta división arbitraria, que ha sido producto de nuestro trabajo con la cerámica histórica desde 1970 (DOMÍNGUEZ, 1984, p. 12), hemos tenido en cuenta el trabajo de ceramólogos de alto prestigio como John M. Goggin (1960), Kathleen Deagan (1987) y Michell Marken (1994), de los cuales hemos tomado referencias para configurar este análisis, partiendo de un esquema de ordenamiento, ensayado previamente con los materiales cerámicos del Barrio de Ballajá, en San Juan de Puerto Rico, durante nuestro asesoramiento en 1994 (DOMÍNGUEZ, 1997).

CONJUNTOS	GRUPOS	TIPOS
Barros burdos	Barros levantados a mano	Aborígen-transculturación
	Barros torneados sin barniz	Botijas Cerámica roja: storage jarra de piloto Cerámica roja con feldespatos incrustados Cerámica naranja micácea
	Barros torneados con barniz	Cerámica Morro
Lozas vidriadas con plomo y estaño	Mayólicas españolas	Melado Moriscas: Columbia plana Santo Domingo azul s/blanc

La hipótesis que se presenta al investigar los materiales cerámicos del pecio es que su datación resulta bastante temprana (segunda mitad del siglo XVI), considerándose esto como tentativo, ya que la investigación histórica del sitio no se ha podido completar para obtener un fechado absoluto.

El objetivo que se persigue es el estudio descriptivo de los materiales cerámicos y su comparación, a partir de catálogos y bibliografías especializadas, y lograr un fechado relativo del pecio, además de conocer aspectos de principal orden sobre el uso de los mismos dentro de la vida cotidiana del barco, o como parte de la carga comercial.

El marco histórico de este estudio se caracteriza por ser una etapa de grandes cambios de consolidación en la conquista del Nuevo Mundo, así como por las transformaciones económicas, sociales y políticas del dominio español, además de un florecimiento unido a un intercambio cultural

y social, lo cual contribuyó de manera notable al desenvolvimiento de nuevos procesos. Como es natural, de esta influencia no escapa la cerámica, tanto la hispana como la local (BARNES y MEDINA, 1995, p. 38).

A mediados del siglo XVI se definen estilos, se perfeccionan formas y se consolidan técnicas de confección, incluyéndose en ellas nuevas tradiciones como aporte del contacto entre culturas, así como las exigencias de producción de ceramios para abastecer determinadas necesidades que requería el mundo americano.

### *Conjunto barros burdos*

#### *Grupo barros levantados a mano*

Se refiere a una cerámica producida localmente y de tradición aborígen, o producto de la transculturación, que fue utilizada por los europeos en sus diferentes asentamientos en el Nuevo Mundo. Se presenta en casi todos los sitios excavados de esta época, ya que es de uso cotidiano y doméstico (DEAGAN, 1987, p. 103; DOMÍNGUEZ, 1980, pp. 15-26; DOMÍNGUEZ, 1984, p. 73).

La frecuencia en el pecio de Inés de Soto es pequeña, pues sólo aparecen doce fragmentos, lo cual no altera lo que puede expresarse acerca de este material, como tampoco puede ignorarse su condición de utilitaria y doméstica, ya que pensamos que dichos ejemplares fueron propios del barco.

La representación consta de cinco fragmentos bastante representativos de vasijas contenedoras, en las que se observan bordes y paredes, a partir de los cuales se representan formas muy específicas, como ollas o cuencos, o sea, el clásico recipiente de base convexa destinado, en su gran mayoría, para ser expuesto al fuego del hogar.

Podemos decir de estos recipientes que están confeccionados con una pasta tosca y el temperante muy abundante, el cual va de fino a grueso, teniendo como componentes la arena, el cuarzo y a veces la mica.

En este tipo cerámico, la superficie posee una textura semiáspera con su interior algo más alisada, sin que debamos olvidar en este análisis los inconvenientes del intemperismo, aunque el mismo se puede considerar de muy poca consistencia.

Dicho tipo cerámico no fue confeccionado con tornos, ya que sus productores lo desconocían y aun cuando llegaron a conocerlo continuaron su confección de modo tradicional, a partir del sistema de levantamiento por acordelado o coiling, con un terminado superficial con espátula, que les permitía alisar hasta cierto punto la superficie, para no dejar huellas de los rolletes del levantamiento.

El color de esta pasta varía mucho, debido a la utilización del horno abierto y oxidante, y predominan las tonalidades que van desde el carmelita oscuro al rojo amarillento.

Se le denomina también cerámica de transculturación, o colono ware, a partir de los basamentos teóricos que se argumentan socialmente, en dependencia del momento histórico en que fue confeccionada. Esta terminología clasificatoria se refiere a su confección local, a quién la produjo y bajo qué circunstancias, aunque es indiscutible que fue muy utilizada por el colono radicado en las tierras americanas al faltarle la de su propio país, o tal vez porque la tradición encontrada la introdujo en las propias (FERGUSON, 1992, p. 20, FAIRBANKS, 1972, p. 142).

Los fragmentos estudiados en esta selección presentan bordes bien diferenciados que permiten reconstruir la forma del ceramio (fig. 58), así como inferir que en este barco había, por lo menos, tres ejemplares de este tipo de vasijas, que quizás eran de la cocina del propio buque, o tal vez que fueron recogidas en su lugar de origen como muestra de la confección tradicional aborígen del lugar de embarque.

A partir del estudio de los bordes encontrados, que resultan bien definidos, se ha podido reconstruir una de las vasijas, la cual, por su forma, se asemeja a la clasificada por Marken en el

pecio de Bermudas (MARKEN, 1986, p. 113).

### *Malacates, volantes o contrapesos para hilar*

Se presentan en esta colección cinco ejemplares de malacates o volantes de huso de hilar, de factura sencilla y un posible origen centro o suramericano, conocidos también como torteros o contrapesos.

Los ejemplares fueron confeccionados a mano, modelados a base de un barro blando, pobremente cocidos al sol, pero con un acabado casi lustroso, aunque tres de ellos muestran en su superficie algunas grietas. No presentan decoración alguna y su color varía del carmelita claro al carmelita semioscuro (10 YR 7/4 al 10 YR 5/3, Munsell).

Se presentan en formas diferentes: dos hemisféricos simples y tres cónicos compuestos, todos con base plana y perforación central longitudinal. La altura de los primeros está entre 11 y 13 mm y la de los restantes media en 18 mm. El diámetro oscila en unos 19 mm como promedio. Su peso oscila en los 4,12 g.

Este artefacto es parte del sistema de hilado. De acuerdo con este sistema, el malacate o volante se fija a un extremo del palo de hilar en una especie de varilla, como contrapeso, siendo imprescindible en la operación de confección del hilo.

En la bibliografía especializada se amplían las posibilidades de su utilización como artefacto, aparte de que hemos podido reconsiderar su antigüedad y la existencia actual de su utilización en algunas regiones de América (FOLEY, 1974, p. 44).

Por lo general, los malacates son confeccionados de una forma sencilla, como los de la presente muestra, pero pueden existir diferentes diseños, a veces muy elaborados y también de diversos diámetros y alturas. Los ejemplares estudiados presentan similitudes con los realizados por la cultura quimbaya de Colombia y la monteño de Ecuador (DOLMATOFF, 1966, p. 166; MEGGERS, 1966, p. 105; FOLEY, 1974, pp. 46-47).

También se hace referencia en la bibliografía especializada que los malacates son confeccionados mayoritariamente en cerámica, tanto en la manufactura original como en su reproducción a partir de fragmentos cerámicos, como por ejemplo, los hechos con mayólica (DOMÍNGUEZ, 1984, p. 67). El peso es determinante y de imprescindible control en su elaboración, ya sean confeccionados de madera, hueso y piedras porosas (O'Neale, 1965, p. 15), para que puedan servir de contrapeso en el proceso de hilado (FOLEY, 1974, p. 44).

La aparición de estos pequeños adminículos en el contexto del pecio puede significar que fueron recogidos como parte de las culturas imperantes en los diferentes lugares tocados por el barco y llevados a la Metrópoli como ejemplares de antigüedad.

### *Grupo barros torneados sin barniz*

#### *Tipo botijas*

Concordamos con el planteamiento de que este tipo cerámico es el más común y abundante que se presenta en los contextos coloniales (DEAGAN, 1978, p. 33; MARKEN, 1986, p. 3; MARKEN, 1994, p. 41), ya que un tercio de la exportación española entre los siglos XVI al XVIII "...eran frutos de la tierra" y, como es sabido, una gran parte de los mismos salían envasados de la Metrópoli en recipientes de cerámica, las llamadas botijas (CORZO, 1991, p. 24).

Su uso como contenedor de líquidos y alimentos secos permitía el transporte marítimo hacia el Nuevo Mundo, siendo así esta botija el testimonio directo de la difusión del comercio americano (CORZO, 1991, p.25), que tuvo un papel muy específico en las colonias de América (FAIRBANKS, 1972, p. 142), no sólo en su valor como recipiente de almacenaje de líquidos, principalmente agua, sino también en diferentes momentos del quehacer arquitectónico, en el relleno de bóvedas y techos, el preparado del mamposte y la conformación de pisos (BASSEGODA, 1983, p.15; FAIRBANKS, 1972, p. 144).

Tipológicamente, la botija es una vasija redonda de barro, de cuello corto y angosto (Pequeño Larouse ilustrado, 1976); el término “botija” es usado en casi la totalidad de documentos originales del comercio americano (CORZO, 1991, p. 24), pero tanto Holmes (1903), que lo usara por primera vez, como Goggin (1906), quien sistematizó su estudio, consultaron documentos similares, o los mismos, sobre el comercio español a las Indias, pero determinaron de manera arbitraria usar el término de olive jar, aunque es de todos conocida su insuficiencia como término para determinar sus múltiples usos (CORZO, 1991, p. 25). Por desgracia todavía prevalece dicho nombre y son pocos los que retoman el término de botija (MARKEN, 1994, p. 41). En nuestro trabajo utilizaremos el término botija.

Esta categoría cerámica tiene una línea directa de descendencia con las ánforas grecorromanas (BARNES y MEDINA, 1995, p. 40), e incluso en la actualidad, en muchos casos, se clasifica en forma incorrecta en el ámbito mediterráneo como producción de la época romana. Las botijas reciben otros nombres en los predios europeos, como los de anforetas, anforitas, anforoides y anforiñas (AZKÁRATE GARAI, 1990-1991, p. 160).

El primer estudio tipológico que se le hace a estos artefactos cerámicos lo ejecuta J. M. Goggin en 1960 a partir de una clasificación eminentemente temporal, que ha marcado de modo sistemático los estudios posteriores. No es hasta 1979 que se intenta un nuevo reordenamiento por el investigador C. Martin, a partir de los ejemplares encontrados en las excavaciones marinas de la Armada Española de 1588 (MARTIN, 1979, p. 280), clasificándolos por su uso y forma.

Como podemos apreciar, hasta el momento la seriación de botijas se ha centrado en el diseño y la temporalidad, sin tener en cuenta la capacidad y el tipo de producto que contenía (CORZO, 1991, p. 26; AZKÁRATE GARAI, 1990-1991, p. 161), a lo que se le debe ofrecer preponderancia, ya que pensamos que la solución de la clasificación de estos materiales radica en estos aspectos.

Suman ciento doce las botijas rescatadas en el pecio de Inés de Soto – existiendo entre las mismas un ejemplar completo –, noventa y seis fragmentos de paredes y quince golletes o cuellos de botijas, siendo éste el tipo cerámico más representativo de la muestra. Por el trabajo de laboratorio se sabe que la pasta con que fueron confeccionados estos ejemplares se presenta compacta y un poco áspera, teniendo en cuenta la posible erosión producida por su estancia en el medio marino, que puede haberle ocasionado ostensibles cambios.

La composición de la pasta presenta un desgrasante pequeño, pero abundante, siempre de origen mineral, con una textura compacta y una coloración uniforme, lo que demuestra una buena cocción, aunque se presentan en la misma burbujas que dejan huecos en el interior de la masa, los cuales, al salir a la superficie, lo hacen en forma de abultamientos y, a veces, de hoyuelos, que son defectos en la preparación de la pasta y en su amasado, así como en su posterior cocción, característica que apunta Goggin para el estilo medio (GOGGIN, 1980, p. 29) y a la que pensamos que se ajusta la muestra examinada.

En pocos fragmentos de botijas se observa el centro de la pasta oscurecido, o sea, que reiteramos su eficaz cochura. En general, el color de la pasta se presenta muy variado, desde el rosado crema al carmelita amarillento, aunque en verdad los que predominan son el carmelita pálido (10 YR 7/4, Munsell) y el amarillo rojizo (7,5 YR 6/6, Munsell); en el trabajo de Goggin los colores son más fuertes, tirando al rojo.

El grosor de las paredes puede considerarse de fino a mediano, fluctuando entre 6 y 9 mm, lo que representa un 85 % de la muestra. Hay que tener en cuenta en este conteo que, al realizar el levantamiento en el torno del cerámico, las paredes van tomando diferentes grosores, en dependencia de las partes de la botija y a los refuerzos que necesita su diseño para garantizar la solidez del contenedor.

En cuanto al estudio de los bordes o golletes, nos ayudan en la presunta cronología, a falta de ejemplares de botijas completas, una muestra de quince golletes sueltos, tanto completos como en fragmentos, y un gollete en pieza completa. En este análisis hemos podido analizar morfológicamente, a partir de la comparación, que no se presenta ningún cuello que pertenezca al

estilo temprano definido por Goggin, sino que la totalidad del conjunto está incluido en el estilo medio, a partir de la clasificación antes mencionada. Goggin marca como E lo que coincide para nosotros con las figuras 60 y 61, y D lo que son las figuras 62 y 63 (GOGGIN, 1980, p. 29, fig. 5), y en el estudio de Marken (1994) incluimos nuestros golletes en su tipo I.B. Se presentan similitudes con los materiales de los barcos rescatados en Bahamas, procedentes del siglo XVI, y los del "Atocha" (MARKEN, 1994, pp. 50-56). También con los materiales de los pecios de Padre Island, de 1554, y el "Trinidad Valencera", de 1588 (MARKEN, 1994, p. 115).

Si utilizáramos la nomenclatura establecida por Goggin estaríamos en presencia de ejemplares del estilo medio, tal vez en un momento en el que las formas están en transición, pero estamos convencidos de que no hay ejemplares del estilo temprano, es decir, la clásica "cantimplora" de origen nazarí (LLUBIÁ, 1967, p. 74), que en América se presenta en pocas oportunidades, situación lógica, ya que el uso en España de la botija temprana a fines del siglo XV y en la primera mitad del siglo XVI no representa las necesidades que se observan en América, sobre todo cuando se trata del traslado de líquidos y comida, a lo que sí ofrecen soluciones las formas y capacidades del estilo medio.

Es posible que en estos ejemplares estudiados se presenten algunos elementos que puedan considerarse transicionales entre los estilos temprano y medio de Goggin, pero la cronología absoluta que nos ofrece el hallazgo en el contexto del pecio de Inés de Soto de un astrolabio con la fecha grabada de 1555 nos confirma que la nave no pudo hundirse antes de ese año, por lo que el uso de la botija temprana se limita de manera considerable.

El ejemplar completo que tenemos en la muestra es característico del estilo medio, tanto en su forma como en las cualidades de su pasta y la confección de la boca o gollete. De acuerdo con el replanteamiento hecho por Marken, este artefacto queda incluido cronológicamente en los albores del estilo medio, que se desarrolla entre 1550 al 1770, y concuerda también con lo planteado por Goggin para este estilo, lo que reafirma la forma globular característica del tipo, el cual, como contenedor, pudiera tener media arroba de peso, al transportar vino, con preferencia.

Hasta el momento hemos clasificado a partir del espécimen completo y de los bordes o golletes de botijas, considerando que los mismos no son parte de un cargamento comercial, sino de uso utilitario del propio barco, como el resto de los materiales cerámicos.

Si tuviéramos en consideración sólo el contenido y la forma llegaríamos a conclusiones similares en cuanto a la cronología; por ejemplo, el único ejemplar sería determinado como de forma globular, descrito por Escribano Coba (1995, p. 6), quien plantea una posible cronología de 1562-1600, que coincide más o menos con los fechados de Goggin (1580-1780), los de Deagan (1565-1770) y los de Marken, ya expuestos. Si nuestro pecio lograra un fechado absoluto habría posibilidades de reajustar estas fechas a partir del mismo.

Algunos de los fragmentos de golletes estudiados presentan en el interior de la boca restos de una especie de resina de color carmelita oscuro, la cual fue utilizada tal vez para el sellado de los corchos, después de ser colocados como tapas en las bocas de las botijas; un fragmento de pared muestra también en su interior una gruesa capa de alquitrán o brea, que es muy probable que fuera parte del contenido de la botija, pues este producto era usualmente transportado a bordo, ya que de acuerdo con estudios que se han efectuado a partir de los posibles productos que pudieran contener estas botijas, la pez o brea y el alquitrán, así como también vino, aceite, garbanzos, alcaparras, aceitunas, etcétera, era lo que se transportaba en las mismas.

En su libro Instrucción náutica para navegar, de 1587, Diego García de Palacios plantea que entre las cosas importantes que se debían cargar en las naves en sus viajes, por muy bien apertrechados que estuvieran, podrían tener necesidad de brea o alquitrán, ya que era importante para embetunar los navíos, preservar las maderas y calafatear las mismas, lo cual justifica la presencia a bordo de este producto, el cual siempre se embarcó en botijas (GARCÍA DE PALACIOS, 1944).

## *Tipo cerámica roja*

Tanto de producción española como americana, este tipo cerámico carente de vidriado se presenta en gran profusión en todos los sitios coloniales del siglo XVI y XVII (FAIRBANKS, 1972, p. 168). Son múltiples las formas que se le acreditan, y consideramos que se representan las que están vigentes en su momento, reproducidas en ese material asequible y de menos costo: bacines, tinajas, jarras, lebrillos, orzas, cuencos, etcétera (DEAGAN, 1987, pp. 37-38). Debe significarse que de esta cerámica se hacen también los ladrillos y algunos tipos de baldosas para pisos (BASSEGODA, 1983, p. 40).

En general son cerámicas consideradas utilitarias y domésticas, cuyo diseño será en lo principal de contenedores o para exponer al fuego del hogar. Su pasta es dura y compacta, presentando un temperante fino y no muy profuso, netamente mineral. Su color va del rojo naranja al rojo brillante, de forma uniforme. Se presentan en este tipo cerámico dos formas comerciales, que se reiteran en bastante magnitud, y que son las jarras de storage y las jarras de piloto (MARKEN, 1986, pp. 5-6). Los contenedores que reciben el nombre de jarra de piloto se muestran con base plana y cuello ancho, y presentan un adorno consistente en una línea doble incisa que le da vuelta al ceramio, paralela al hombro, muy cercana al cuello (MARKEN, 1986, pp. 5-6).

La gran mayoría de los especímenes se originan en España, pero también hay evidencias de que se pueden confeccionar en el Nuevo Mundo (DEAGAN, 1987, p. 38). Su frecuencia es amplia y, sobre todo, aparecen en los barcos hundidos como parte del ensemble utilitario de a bordo; un ejemplo son los materiales encontrados en el pecio “Nuestra Señora de Atocha”, hundido en 1622 (MARKEN, 1986, p. 5) y los de la Armada Española de 1588 (MARTIN, 1979, p. 291), los cuales hemos comparado con la muestra de estudio proveniente de nuestro pecio.

En la muestra de este tipo cerámico conocido también como red ware, o cerámica roja, hay tres ejemplares casi completos de indiscutible factura española (LLORÉNS ARTIGAS-CORREDOR, 1990, p. 150), y dieciséis fragmentos de paredes y bordes de diferentes formas de vasijas contenedoras. Estas presuntas vasijas se ordenan a partir de la tenencia de la doble línea incisa que rodea el cuello del ceramio; su tamaño es mediano y los cuellos mayormente anchos, aunque los hay estrechos, y en algunos momentos presentan un asa fuerte que va empotrada desde el borde a la panza del ceramio, y su base es plana, por lo general.

Las pastas de la muestra de estudio son en tonos variados, que van desde el rosado fuerte a los rojos anaranjados; son compactas y finas, con una ligera aspereza en su parte exterior.

Incluimos una pequeña botija de capacidad bien limitada, con 18 cm de altura, que presenta, hundido en su extremo inferior, el botón terminal del torno. Su cuello es acampanado como el de las botijas tempranas, pero cuando se analiza la pieza completa podemos observar que ni el tamaño ni la técnica de confección utilizada confirman la posibilidad de que sea una botija temprana de las propuestas por Goggin, ni la podemos incluir tampoco en el tipo botija. También encontramos en la muestra una base plana de pichero, de tamaño grande y fuerte estructura. Tenemos la certeza de que los ejemplares descritos hasta el momento son de factura europea, deducción que se logró a partir del trabajo de comparación realizado con la bibliografía especializada.

Por último, es necesario destacar que en la muestra de estudio se encuentran dos especímenes que tienen trazas de haber sido confeccionados en América con cerámica roja y con torno, y que tienen relación con ceramios centroamericanos; por ejemplo, una pequeña jarrita chocolatera, de cuerpo globular y base discoidal plana, con la presencia de un asa vertical insertada desde su borde saliente y acintado hasta su panza, cuyas similitudes con el tipo de vasija centroamericana de la época es bien clara, y su única diferencia es el trabajo del torno y la línea doble incisa cercana al cuello. La jarrita está casi completa, pero muy atacada por incrustaciones de coral, y que tenía incrustada dentro de estas adiciones coralinas una joya de oro aborigen colombiano, la cual se describe en otra parte de este libro.

Otra pieza es una tapa de forma cónica con reborde horizontal plano y apéndice superior

decorado con dos líneas incisas. Su forma no es usual en lo reportado para la producción europea, pero sí para la centroamericana. Su pasta es dura, compacta, fina y algo granulosa, de color carmelita rojizo y con pequeñas inclusiones de mica. La superficie exterior está bastante erosionada, aunque en algunas porciones se presenta pulida y cubierta por engobe rojo.

#### *Tipo cerámica roja con feldespatos incrustados*

En los materiales cerámicos del pecio del cayo Inés de Soto aparecen tres fragmentos de este tipo. Esta cerámica es igual a la roja en cuanto al color, compactidad y temperante, siendo el único distintivo el uso de pequeños fragmentos de feldespatos blancos que se incrustan en la masa blanda del cerámico con fines decorativos (DEAGAN, 1987, p. 42).

Las incrustaciones de feldespatos no sólo ocurren en el red ware, sino también en el naranja micáceo. Este material se produce en Europa en su gran mayoría, pero también en el Nuevo Mundo, en especial en México (MARKEN, 1986, p. 11).

Los tres fragmentos que se rescataron son pequeños y con ellos no se puede reconstruir la forma del cerámico, pero debido a la información extraída de los autores consultados se ha podido inferir la posibilidad de que fueran contenedores de líquidos, preferentemente. Su descriptor inicial fue Fairbanks, en 1966, hasta Deagan, en 1987, y coinciden en marcarle un fechado entre 1550 y 1600. Marken lo precisa entre 1530 y 1600 (MARKEN, 1994, p. 204).

#### *Tipo cerámica naranja micácea*

Este tipo cerámico está muy bien definido en la obra de K. Deagan (1987, pp. 40-41) y se le adiciona una variante llamada Mérida, la cual sólo se diferencia en la forma de su tronco original. Son producidas en España, pero también se hacen en el Nuevo Mundo (LÓPEZ CERVANTES, s.d., p. 6).

Dicha cerámica naranja micácea presenta una pasta llena, con gran cantidad de láminas de mica como temperante, de lo cual asume el nombre. Las variantes se producen, como ya indicamos, por la funcionalidad del cerámico, entendiendo que las mismas se convierten en un atributo diagnóstico.

Esta pasta es compacta con superficies bien pulidas, pero sin la presencia de vidriado, aunque en muchas ocasiones puede detectarse un engobe fino de color rojo. Los tamaños de las vasijas son en general pequeños o medianos, cuyas paredes oscilan entre 3 y 8 mm. C. Martín reporta su aparición en el naufragio de la Armada Española de 1588 (MARTÍN, 1979, p. 285), haciendo una descripción de los materiales muy similar a los rescatados en Inés de Soto (MARKEN, 1986, pp. 290-293): paredes finas con marcas de torno muy pronunciadas en el interior y un acabado en engobe rojo por fuera. En la muestra existen ambos tipos, tanto la cerámica naranja micácea como la llamada Mérida, muy bien definidas, presentándose en formas utilitarias de un tamaño mediano, pero se debe consignar que se encuentran cerámicos de paredes algo más gruesas y de un mayor tamaño del usual. Se recuperaron cuatro fragmentos de diferentes artefactos y un fragmento de hombro de vasija, al parecer de una jarra mediana. Los cinco fragmentos están engobados en rojo y la tenencia de mica en su pasta es bien ostensible. Restan dos fragmentos de un cuenco de pasta naranja brillante con engobe rojo en el interior, de paredes medianas, que parece haber sido un artefacto utilitario del propio barco.

#### *Grupo cerámica burda con barniz*

##### *Tipo cerámica Morro*

Estos ejemplares pudieron estar insertados, por su pasta, en otros tipos de cerámica, pero el hecho de presentar restos de barniz plúmbeo los incorpora dentro de la clasificación de cerámica burda con vidriado de plomo. Los tiestos a que nos referimos son de paredes finas que median entre 5 y 6 mm, y su pasta es de color naranja rojizo y con algo de presencia de mica. Las marcas del torno son bien visibles, sobre todo en el interior del recipiente. La superficie de estos fragmentos

muestra al descubierto áreas de la pasta, ya que la erosión los ha maltratado mucho, y muestran también otras porciones en las que se ha aplicado un engobe grueso de color amarillo carmelitoso. Al igual que sobre las partes expuestas, evidencian aún pequeños restos de un esmalte plúmbeo.

C. Martin plantea que la cerámica roja con vidriado de plomo, que además presenta una pasta naranja con inclusiones de mica, él la encontró al realizar los estudios del material de la Armada Española de 1588, y que éstos son materiales contemporáneos a la cerámica naranja micácea, ambas coetáneas de la misma región española (DEAGAN, 1987, p. 50; MARTIN, 1979, pp. 293-294).

Se presentan dos fragmentos en el contexto: uno con presencia de un asa insertada a un fragmento de borde, y otro que es parte de la pared del ceramio. La pasta es compacta y su color rojo (2,5 YR 6/8, Munsell). La superficie exterior es granulosa con irregularidades, en cuyo interior presenta un vidriado de plomo con un tono amarillo olivo, que cubre las irregularidades que presenta esta cerámica interiormente. La cerámica Morro (Morro ware) fue definida por Hale Smith en 1962 (SMITH, 1962, pp. 68-69) a partir de los materiales encontrados en el Morro de Puerto Rico, y fue redefinida por K. Deagan en el estudio de los materiales encontrados en San Agustín de la Florida, en 1976 (DEAGAN, 1987, p. 50). Ambos autores la definen entre 1550 y 1750; son vajillas utilitarias, impermeabilizadas sobre todo en su interior, lo cual permitía una mejor limpieza (LLORENS-CORREDOR, 1970, p. 162). El uso del torno en estas piezas es muy evidente, así como las diferentes formas de aplicar el vidriado, que se puede apreciar en distintos grosores.

Los fragmentos estudiados son en verdad muy pocos y de pequeña talla, por lo que no podemos plantear de manera concreta la forma a que pertenecen, y, por ende, plantear una posibilidad cronológica, aunque si nos guiamos por Smith y Deagan se le puede conceder como fechado relativo el de mediados del siglo XVI, que coincide con la mayoría del resto estudiado.

### *Conjunto lozas vidriadas con plomo y estaño: mayólicas*

#### *Tipo mayólica melada*

Si bien este tipo fue definido por Goggin (1968, p. 227) y por Deagan (1987, p. 48) fuera del grupo de las mayólicas, no podemos ignorar que la pasta de estos ceramios es muy similar a la de las mayólicas. Recibe también el nombre de cerámica coloreada de miel, ya que a la pasta se le da un engobe inicial de color terracota y después se le aplica el vidriado de plomo, quedando a su vez un poco opaco, en relación con otros vidriados de plomo.

Todo parece indicar que su procedencia es del sureste andaluz (LISTER, 1983) y tal vez también haya sido producida en América, ya que en las recientes excavaciones realizadas en la Isabela, ciudad primada de América, situada en la costa norte de Santo Domingo, por los arqueólogos K. Deagan y J. M. Cruxent, encontraron alfares que, al parecer, producían este tipo de cerámica (DEAGAN, comunicación personal, 1994).

Otras de las cosas que nos hacen corroborar nuestro criterio de ubicación de este tipo dentro de la mayólica son las formas que aparecen totalmente iguales a la columbia plana, o sea, escudillas, platos, picheros, etcétera.

La muestra de Inés de Soto está compuesta de trece tiestos, de los cuales el más significativo es una jarra de fondo plano con hombros redondeados, asa vertical dispuesta del borde al hombro, y cuello estrecho, en el que se supone que debió encontrarse el vertedero. El resto de los fragmentos corresponde a cuerpos de escudillas bicónicas y platos de base insertada.

En general, la pasta se presenta fina, compacta y sin inclusiones visibles de temperante, y la superficie está bien pulida. La coloración de la pasta – uno de los elementos que nos ayuda en el planteamiento de incluirla en las mayólicas – va del carmelita muy pálido (10 YR 8/2 y 8/3, Munsell) a las tonalidades rosadas (7,5 YR 7/3, 7/4 al 8/4, Munsell).

El barniz o vidriado se ha hecho a partir del plomo; es fino, reflexivo y de tonalidades doradas o color de miel, y fue aplicado en la superficie externa e interna.

El rango cronológico dado por Goggin es de 1492 a 1550 (1968, p. 227). Estudios posteriores

de Deagan refuerzan este criterio, ya que en otros contextos americanos datados con posterioridad a 1566 ya no aparecen (DEAGAN, 1987, p. 48). Nosotros afirmamos dicho planteamiento, ya que nuestro pecio tiene como fecha tope de inicio el año 1555, determinado por el hallazgo de un astrolabio fechado.

### *Tipo mayólicas moriscas*

Con este término se define una colección de mayólicas producidas, en su mayor parte, en Andalucía, y muy en particular en Sevilla (LISTER, 1982, p. 45), que presentan una indiscutible influencia mora, aspecto que se considera tradicional en la cerámica producida al sudoeste español.

Permiten ser agrupadas dentro de este tipo algunas variantes muy conocidas en nuestros sitios coloniales, entre ellas la clasificada por Goggin como columbia plana (GOGGIN, 1968, pp. 117-122), las decoradas en azul y blanco, quizás de Santo Domingo, y las de verde esmeralda.

La llamada columbia plana es la más conocida, cuya pasta, por lo general, va de una tonalidad crema ligera al rosado, con textura granulosa y a veces esponjosa, por lo que se le nombra pasta blanda (soft paste). Está cubierta por un esmalte opaco, fino, compuesto de estaño y plomo. Los modelos de vasijas tienden a reiterarse manteniendo una influencia medieval, totalmente utilitaria. La diferencia se ha marcado hasta ahora en la decoración, ya que la gran mayoría resulta de un color crema grisoso, pero algunos ejemplares tienen un brochazo de esmalte verde oliva a esmeralda en alguna parte del cerámico, aspecto que Goggin maneja como signo para determinar las formas más tempranas (GOGGIN, 1968, p. 118).

Por su parte, Deagan expone que la transición entre las formas tempranas y tardías se dio, al parecer, a mediados del siglo XVI, tomando como argumento el comportamiento de atributos en los sitios de Santa Elena o de San Agustín, ambos posteriores a 1565 (DEAGAN, 1987, p. 57), así como también los resultados del estudio de Boone en el sitio Qsar es-Seguir, en Marruecos, ocupado por Portugal entre 1458 y 1550 (BOONE, 1984, p. 78).

La muestra identificada como el tipo morisco asciende a sesenta y dos especímenes, dentro de los cuales encontramos una escudilla completa, y sesenta y un fragmentos de platos, escudillas y morteros. Tanto los platos como las escudillas muestran en su superficie restos de esmalte blanco opaco, dominando las superficies interiores y exteriores; en los morteros se adicionan porciones pequeñas de barniz color verde esmeralda.

Aunque los datos obtenidos por Goggin en su estudio (1969, p. 118, tabla 16) sugerían que la aplicación del esmalte verde era una práctica que tendió a eliminarse hacia mediados del siglo XVI, dicho detalle decorativo ha sido reportado por Martin en el naufragio de la Armada Española de 1588 (MARTIN, 1979, p. 285), lo cual afirma su presencia con posterioridad a la fecha que hasta entonces se había considerado.

En general, la presencia de este tipo en el Nuevo Mundo, teniendo en cuenta el fechado de todas las variantes que lo componen, puede establecerse entre 1492 y 1650, aunque el denominado columbia plana ha sido reportado en sitios tan tardíos como el naufragio del "Tolosa" en 1724, en Samaná, y el "Guadalupe", en República Dominicana (MARKEN, 1994, pp. 163-172).

Las escudillas que se representan en esta muestra resultan ser el 56,36 % de los materiales estudiados en este tipo, de los cuales hay un ejemplar completo, considerado como una escudilla biconica de base anular. El resto de los fragmentos debe ser similar en forma y capacidad, pero por desgracia está tan fragmentado que no se ha podido estudiar.

El ejemplar completo de escudilla corresponde al clasificado por Boone (1984, p. 85) como tardío, con un diámetro de 14,5 cm, siendo un caso típico con un fechado entre 1520 y 1550.

Se presenta en la muestra un caso bien singular: una escudilla de base anular con sus bordes aparentemente festonados y con la presencia de un apéndice como prolongación de uno de esos festones. Este espécimen es un reuso de un ejemplar posiblemente roto, al cual, además de adecuarle sus bordes –los cuales asemejan festones– le han ubicado en su base un orificio, regular de forma ovalada, elaborado postcocción y con la intención indiscutible de darle a la pieza una

determinada función que no es la original. De manera hipotética puede decirse que es posible que fuera empleada como embudo, o para tomar y verter algún producto.

En la columbia plana, la frecuencia de fragmentos de platos es un 33%, los cuales se presentan de varios diámetros y alturas, cosa lógica en la vajilla de mesa, o sea, platos llanos y soperos.

Los morteros presentan una notable frecuencia, que en muchas oportunidades se confunden con otros modelos de contenedores, sobre todo por su base, ya que sus bordes son bien característicos. Estos morteros se asocian al contexto de barcos hundidos y, muy en especial, a la pólvora. Otro de los usos que se le adicionan es en la preparación de la comida. En el estudio de Marken de la Armada Española se relacionan igualmente al material cerámico usado a bordo (MARKEN, 1986, p. 7).

En la muestra de morteros del pecio de Inés de Soto hay once fragmentos, de los cuales podemos informar que concuerdan con estudios de otros investigadores: la altura de estos morteros es de alrededor de 12 cm, el diámetro superior de 18 cm y la base de 7 a 9 cm. El reborde entrante oscila entre 2 y 2,5 cm. Están vidriados con estaño y plomo, pero presentan brochazos verdes en su parte exterior y, sobre todo, en sus bordes. A este borde superior entrante se le hace una vertedera para sacar del interior lo que se ha elaborado.

Con baja frecuencia se nos presenta la mayólica decorada en azul –con dos fragmentos de paredes– nombrada Santo Domingo azul sobre blanco. En realidad, estos fragmentos son pequeños y lo que les queda de pintura azul de cobalto es casi vestigial, por lo que es imposible decir cuál era su forma, pero, por inferencia, sabemos que debió corresponder a una vajilla de mesa del siglo XVI.

También se presentan cinco fragmentos de una variante de la columbia plana, que K. Deagan llamó gunmetal (DEAGAN, 1987, p. 57), que presenta una coloración azul-gris oscuro en su parte posterior. En realidad son muy poco usuales en América, y también los Lister la consideran una variante de la columbia (LISTER, 1982, p. 48). A veces se le llama variante columbia gunmetal. Su color oscuro se debe a la adición de manganeso al esmalte, pero no se le ha dado una data concreta y sólo se relaciona con la mayólica morisca. Nuestra muestra es de fragmentos pequeños y muy erosionados, razón por la que no se ha podido inferir su forma.

### *Conclusiones*

Iniciamos ofreciendo la frecuencia de los materiales examinados, para poder hacer aseveraciones a partir del porcentaje encontrado de los grupos, tipos y variantes.

	<b>CANTIDAD</b>	<b>POR CIENTO</b>
Cerámica aborigen	12	5,04
Malacates	5	2,10
Botijas	112	47,06
Cerámica roja	22	9,24
Con feldespato	3	1,26
Cerámica naranja micácea	7	2,94
Cerámica Morro	2	0,84
Mayólica melada	13	5,46
Mayólica morisca	62	26,05
Total	238	100,00

Todo parece indicar que la cerámica recuperada en el pecio del cayo Inés de Soto es parte de lo que constituyó la loza de mesa, la cerámica utilitaria para la vida de a bordo y parte del almacenaje de carga del propio barco, ya que las dos frecuencias mayores: botijas con un 47,06 % y mayólicas 31,56 % –o sea, los contenedores y las vajillas– poseen una data relativa que se inicia a principios del siglo XVI y culmina a finales del mismo.

Los fechados aproximados del resto de los materiales, como prevalece en el cuerpo del trabajo, oscilan entre 1555 y 1566, tomando como fecha tope absoluta la de 1555, debido al fechado grabado en el astrolabio encontrado, y la de 1566 por el fechado de la cerámica melada.

### *Bibliografía*

- AMORES, F. y CHISVERT, N. (1993): "Tipología de la cerámica común bajo medieval y moderna sevillana (SS. XV-XVIII), I. La loza quebrada de relleno de bóvedas." Spal, Barcelona, no. 2.
- AZKÁRATE GARAI-OLAUN, A. y NÚÑEZ MARCÉN, J. (1990): "Colección de botijas y botijuelas ("Spanish Olive Jar" o "Anforetas") procedentes de la Ermita de San José. (Elorrio, Bizkaia)." Kobie, Bilbao, Bizkaiko Foru Aldundia, Dip. Floral de Bizkaia, no. 19.
- BARNES, M. y MEDINA, N. (1995): Ballajá: arqueología de un barrio sanjuanero. San Juan, Puerto Rico, Oficina Estatal de Preservación Histórica.
- BARTO, A. J. III y WEDDLE, R. (1978): *The Nautical Archaeology of Padre Island*. Nueva York, Academic Press, 1978.
- BASSEGODA, N. J. (1983): *La cerámica popular en la arquitectura gótica*. Barcelona.
- BOONE, J. L. (1984): "Majolica Escudillas of the 15th and 16th Centuries. A Typological Analysis of 55 Examples from Qsar es-Seguir." *Historical Archaeology*, Michigan, no. 18.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (1985): "Las botijas, testimonio de un intercambio." *Revista Cádiz Iberoamérica*, Cádiz, España, no. 3.
- CRUXENT, J. M. y VAZ, J. E. (1980): "Hidroceramos mexicanos en la República Dominicana." *Casas Reales*, Santo Domingo, República Dominicana, año 11.
- DEAGAN, K. (1978): "The material assemblage of 16th Century Spanish Florida." *Historical Archaeology*, Michigan, no. 12.
- DEAGAN, K. (1987): *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800. Ceramics, glassware and beads*. Washington, D. C., Smithsonian Institution Press, vol. I.
- DOMÍNGUEZ, L. (1980): "Cerámica de transculturación en el sitio colonial Casa de Obrapia." *Cuba Arqueológica*, Santiago de Cuba, año 2.
- DOMÍNGUEZ, L. (1984): *Arqueología colonial cubana: dos estudios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- DOMÍNGUEZ, L. (1997): *Cerámicas históricas (mimeografiado)*. Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña,
- ESCRIBANO COBO, G. y MEDEROS MARTÍN, A. (1995): "Botijas en yacimientos arqueológicos subacuáticos de las Islas Canarias. Una fuente complementaria para el análisis del comercio canario-americano." *Tabona*, Tenerife, I. C., no. 9.
- FAIRBANKS, CH. H. (1992): "The cultural significance of Spanish cerámica." *Ceramics in America*. Charlottesville, University of Virginia Press.
- FERGUSON, L. (1992): *Uncommon Ground Archaeology and Early African America 1650-1800*. Washington, D. C., Smithsonian Institution Press.
- FOLEY, T. (1974): "Malacates de Mesoamérica." *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo, República Dominicana, no. 5.
- FOURNIER, P. (1990): *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México con base a los materiales del Exconvento de San Gerónimo*. México, INAH.
- GARCÍA DE PALACIOS, D. (1994): *Instrucción náutica para navegar*. Madrid, Colección de

incunables, Siglo XVI, vol. III.

GOGGIN, J. M. (1968): Spanish Majolica in the New World. New Haven, Yale University Press, no. 72.

GOGGIN, J. M. (1980): "La jarra de aceite española: un estudio introductor." Casas Reales, Santo Domingo, República Dominicana, no. 2.

HOLMES, W. H. (1903): Aboriginal Pottery of the Eastern United States. Washington, D. C.

KLINGELHOFER, E. (1987): "Aspects of early Afro-American material culture. Artifacts from the slave quarters at garrison plantation Maryland. Research and notes." Historical Archaeology, Pensilvania, no. 21.

LISTER, F. y LISTER, R. (1976): "Dictionary for fide hundred years of Spanish Tradition Ceramics, thirteenth through fifteenth centuries." Society for Historical Archaeology. Special Publication, Winnipeg, no. 1.

LISTER, F. y LISTER, R. (1982): Sixteenth Century Majolica Pottery in the Valley of Mexico. Tucson, The University of Arizona Press.

LOBO CABRERA, M. (1993): El comercio del vino entre Gran Canaria y las Indias en el siglo XVI. Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria.

LÓPEZ CERVANTES, G. (s/f): Sobre algunos tiestos de Habana Vieja, Cuba. México, D. F., SEP, INAH, Cuadernos de trabajo.

LLORÉNS ARTIGAS, J. y CORREDOR MATHEOS, J. (1970): Cerámica popular española. Barcelona, Editorial Blume.

LLUBIÁ, L. M. (1967): Cerámica medieval española. Barcelona, Nueva Colección Labor.

MARKEN, M. W. (1986): Ceramics from the Nuestra Señora de Atocha. Wrecked 1622. Cayo Hueso, Florida, Privately Published.

MARKEN, M. W. (1994): Pottery from Spanish Shipwrecks 1500-1800. Gainesville, University Press of Florida.

MARTIN, C. (1979): "Spanish Armada Pottery." The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration, Londres, no. 8.

MEGGER, B. J. (1966): Ecuador. Nueva York, Praeger.

Munsell soil color charts. (1992): Nueva York, Division of Kallmorguen Instruments Corp. Macbeth.

O'NEALE, L. (1965): "Weaving". South American Indian, Washington, D. C., vol. 5, 1965.

Pequeño Larousse ilustrado (1976): Buenos Aires.

PERICOT, L. (1972): Cerámica ibérica. Madrid, Ediciones Poligráfica, S. A.

PLEGUEZUELO, A. y SÁNCHEZ, J. N. (1993): Envases cerámicos comerciales en el tráfico de América en el siglo XVI: síntesis de un panorama documental. IV. Sevilla, Universidad de Sevilla, t. III.

REICHREL-DOLMATOF, G. (1966): Colombia. Londres, Thames and Hudson.

SKOWRONEK, R. K. (1983): "Ceramic and commerce the 1554 flota revisited." Historical Archaeology, Pennsylvania, no. 21.

## **TRABAJOS ARQUEOLOGICOS REALIZADOS EN EL CONVENTO DE SANTA CLARA DE ASIS, HABANA VIEJA**

El Convento de Santa Clara de Asís, enclavado en los predios de la Habana Vieja, es un relevante monumento que se considera un importante baluarte en el contexto colonial de la Habana intramuros debido a que presenta genuinos caracteres del siglo XVII en su planta como en su edificación (PÉREZ BEATO, 1936). Dentro de los proyectos de restauración de edificaciones histórico-culturales del Conjunto Monumental Habana Vieja, declarada Monumento de la Humanidad (TABOADA, 1994), se comenzó en la década del 80 la primera etapa de restauración de este convento y a partir de su puesta en valor radicó en el mismo el Centro Nacional de Restauración, Conservación y Museología adscrito al Ministerio de Cultura de Cuba.

El trabajo de restauración del inmueble comenzó en 1982, en las áreas que comprende el primer y segundo claustro, incluyendo también la iglesia, esto conllevó de una forma paralela el trabajo arqueológico sistemático con lo cual se logró tener una visión global del Convento clarisiano, de su subsuelo y de muchos otros intrínquilis de la edificación en sí (PAYARES, 1983).

Este edificio ha sido investigado por múltiples analistas, arquitectos e historiadores y todos coinciden en que posee un rico historial así como que ha llegado a nuestros días con muy pocos cambios en su estructura original lo que aumenta su valor como monumento (BLANES, 1986).

El presente trabajo es una recopilación de la información que fue posible localizar en lo que concierne el trabajo arqueológico realizado, de los cual no se ha publicado prácticamente nada, lo que no ha ocurrido con la parte histórica y arquitectónica, así como tampoco con la restauración (ELSON, 1984).

De acuerdo a lo expresado en relación a la escasa bibliografía sobre aspectos arqueológicos del Convento de Santa Clara, lo que hemos logrado recopilar hasta el momento nos ha permitido fichar algunos documentos, prensa plana, trabajos inéditos, artículos, etc. con ellos hemos rescatado en algo la memoria y ha servido para reestructurar el proceso de las excavaciones que se llevó a cabo y los materiales exhumados.

Al realizar la necesaria crítica bibliográfica del material acopiado, nos encontramos que hemos tenido que dividirlo de acuerdo a la índole de la información, en primer término lo que corresponde al proceso histórico, en ellos la información arqueológica que se logra es muy breve, pero el conocimiento del propio proceso histórico nos ayuda a valorar posteriormente las estrategias arqueológicas utilizadas. En esta parte hay que referirse sin lugar a dudas a las fuentes de primera mano como son las Actas Capitulares (TRASUNTADAS, 1945), mediante las cuales se ha podido reconstruir todo el proceso de edificación del inmueble y su historia cotidiana.

Los diferentes planos de la ciudad de La Habana nos aclaran el manejo de la planta y el desarrollo del proceso de edificación (MARRERO, 1976), lo literario está calzado por la impresiones reflejadas en la obra de la Condesa de Merlín (Diario de la Marina 1922), con su fantasía que envuelve hasta al historiador más capacitado con su visión de lo que vivió y creó, y que dió origen a muchas de las leyendas de este sitio.

En lo arquitectónico el trabajo de Joaquín Weis marca pauta (WEISS, 1979), igual que desarrollado por el Arquitecto Daniel Taboada en cuanto a la reconstrucción monumental del Convento (TABOADA, 1985). Inédita aún se encuentra la historia mejor documentada de este Convento de Santa Clara, hecha por el Profesor Pedro Herrera (1984), un verdadero compendio difícil de igualar, y del cual hemos sacado toda la información necesaria para dilucidar las incógnitas que se presentan.

La vinculación del inmueble con las órdenes religiosas que lo habitaron se puede esclarecer a partir de los trabajos de Leiseca (1938) y Cuadrado de Melo (1970), que utilizaron los documentos eclesiásticos de las órdenes que rigieron este Convento fundado por la orden femenina de las Clarisas, desde 1648 hasta 1926 en que fue vendido para dar paso después a un escándalo político, destacándose en el la Protesta de los 13 de cual dijera Don Fernando Ortiz "la operación no tuvo

nada de Santa y mucho menos de Clara” (MARINELLO,1973).

Lo que concierne al proceso arqueológico o mejor dicho a los diferentes movimientos de tierra ocurridos en sus cuatro manzanas de terreno desde el siglo XVII hasta nuestros días han sido develadas en parte ya que en realidad como documento fiel sólo hemos podido contar con las entrevistas a la prensa, ofrecidas por el arqueólogo Eladio Elso Alonso y que también fue plasmada en una ponencia

Ofrecida en un evento arqueológico en 1984 (ELSON, 1984). Otras fuentes de crédito son los trabajos de laboratorio realizado con los materiales cerámicos y muy especialmente con la mayólica mexicana (DOMÍNGUEZ, 1990), material cronodiagnóstico para las dataciones del Convento y que se presenta en alta frecuencia y variedad de tipos, así como también el trabajo del profesor Manuel Rivero de la Calle con su estudio de las osamentas exhumadas en las diferentes excavaciones (RIVERO DE LA CALLE, 1984).

Desgraciadamente la falta de documentación adecuada generada en el proceso del trabajo arqueológico del Convento no nos ha permitido reconstruir con facilidad todo el proceso efectuado. Los archivos del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, y los materiales escritos que se encuentran en la Biblioteca del mismo son en realidad poca documentación si se analiza a partir de la real documentación que debió de haber generado los casi tres años de trabajos arqueológicos, lo que hemos acopiado ha sido el fruto de una búsqueda exhaustiva en la papelería existente y en otras instancias, todo lo cual se ha puesto en el “dossier” que se encuentra a la disposición de estudiosos en la Biblioteca del CENCREM, en 1994.

A partir de lo acopiado, las vivencias como miembro de una buena parte del trabajo y la documentación generada en nuestro propio trabajo de campo, ya que fuimos parte del grupo de arqueólogos designados para abordar el trabajo en 1983, hemos logrado reconstruir todo el proceso de trabajo arqueológico de campo desde los momentos iniciales, aunque modestos de 1959 hasta los sistemáticos realizados entre 1983 y 1987, en los cuales han participado varios grupos de arqueólogos.

Gracias al trabajo del historiador Pedro Herrera hemos podido saber que en el área de la huerta o traspatio se realizaron innumerables movimientos de tierra entre los años 1868 al 1878 por la familia habanera de los Sanín, la cual haciendo referencia a la información ofrecida por una de las monjas del Convento, la cual planteaba que durante la Toma de la Habana por los Ingleses en 1762 se había enterrado en estos terrenos de la huerta un tesoro contentivo de los valores que poseían la Orden de las Clarisas y los bienes personales de las monjas que vivían en el mismo en ese momento; todo el movimiento de búsqueda fue infructuoso, como explica el Prof. Herrera, lo que trajo por consecuencia que esa área quedó tan revuelta que en verdad un trabajo arqueológico en ese lugar no tendría sentido. Tal vez solamente para rescatar objetos de valor arqueológico.

Otro de los elementos que hemos detectado en la documentación existente sobre los trabajos arqueológicos realizados, es que hay un antecedente en 1959 que marcó pauta en las excavaciones posteriores de 1983. De acuerdo a lo que se plantea en la prensa de la época, en los albores de 1959 el Ministerio de la Construcción de aquel entonces tuvo la infeliz idea de librar al Convento de Santa Clara de Asís de los “pegotes” que le habían adicionado en 1926, además de unir las calles de Aguiar y Damas, que llevaban tres siglos cerradas por los muros del Convento. De aquel trabajo que pudo ser bien orientado y dirigido sólo queda la memoria del vandalismo propiciado por el Arquitecto Batista y las innumerables protestas de instituciones culturales indignadas ante los desmanes proporcionados por la “piqueta”, el hilo de acero y la dinamita que atentaban contra la joya arquitectónica y arqueológica, quedando de aquello un inmueble lacerado al cual sólo se le aplicaron algunos paleativos, los que al traste no contuvieron su ruina, sino contribuyeron a la misma. (IBARRA, 1959).

En el proceso de resanamiento la Sociedad Espeleológica de Cuba aprovechó la oportunidad para hacer algunos estudios arqueológicos y es cuando el Arqueólogo Eladio Elso Alonso se dió a la tarea de hacer algunos cortes en diferentes lugares claves del inmueble como fueron el patio del

Segundo Claustro, l Iglesia, la Ermita de la huerta y la cocina, lo que proporcionó una muy buena información del subsuelo y el rescate de algunos materiales arqueológicos los que desgraciadamente no se han conservado. Conjuntamente otro grupo de la Sociedad Espeleológica, entre los que se encontraba el Arqueólogo Eduardo Qeral y también Eladio Elso realizaron en todo el ámbito del inmueble una intensa búsqueda de recintos subterráneos o túneles de los cuales se hablaban que existían en muchas partes de la Habana intramural.

Con todo el acopio de información al cual hemos hecho referencia hemos podido sintetizar por fecha y área un pequeño resumen de lo que aconteció arqueológicamente en ese momento.

## **EXCAVACIÓN 1/1959**

### **PEQUEÑO PATIO SITUADO FRENTE A LA CASA DEL MARINO. SEGUNDO CLAUSTRO CALLE DE LAS ANGUSTIAS**

Cuando se habla de los trabajos realizados en este lugar se plantea que lo primero que se puso al descubierto fue una construcción subterránea que denotaba mucha antigüedad, posiblemente de la época originaria del Convento, se pensó en un primer momento que era boca de un túnel y así se le llamó. Esto fue descubierto según lo que plantea la prensa por el Sr. Oswaldo Relova, jefe de las obras de demolición, el cual aseguró que era un túnel o conducto subterráneo de largo alcance (Periódico Avance 1959). Realmente resultó ser, a medida que se ensanchó la excavación, un antiguo colector de aguas pluviales, o sea a donde desaguan las aguas de lluvia de los patios y de los tejados aledaños. Este colector, denotaba de primera impresión gran antigüedad ya que estaba hecho con grandes sillares en forma de bóveda por esta razón fue confundido con un túnel.

Se encontró este colector en estado ruinoso ya que se le había destruido el arco de la bóveda con la finalidad de hacer un nuevo sistema de desagüe en el mismo lugar del anterior. El nuevo colector es de forma circular y hecho de ladrillos y cemento posiblemente fue reconstruido antes de 1959, durante el proceso de adaptación del Ministerio de Obras Públicas.

De estas excavaciones hechas en 1959, el Arqueólogo Elso asegura que se exhumaron una buena cantidad de materiales coloniales, sobre todo cerámica y vidrio, algunos de estos objetos estaban aún completos, en perfecto estado de conservación, entre ellos había vasos de noche o tibores, tasas de café con sus platillos, y otros elementos de vajillas. La cristalería también estaba en buenas condiciones, todo se dejó en el inmueble, pero nada ha llegado a nuestros días (ORAMAS, 1983).

## **EXCAVACION 2/1957**

### **ESCALERA**

Al final de uno de los pasillos principales del primer claustro se encontró una antigua escalera que estuvo a punto de caer en el trabajo de demolición pero que al final quedó como ejemplo de una escalera antigua cortada en la propia piedra, similares a las restantes del Convento. De este trabajo no se reporta ningún material arqueológico extraído.

## **EXCAVACION 3/1959**

### **CAPILLAS MAUSOLEO DE LA HUERTA**

Anexa al portalón de la calle Damas se encontró al ras del suelo los restos de una planta que pudo haber pertenecido a una parroquia la cual mantenía su pequeña escalinata de piedra. De esta capilla se tenía información ya que la misma se encuentra referenciada en la obra de Leiseca y en la de Cuadrado de Melo, que se conocen como historiadores eclesiásticos de mucha valía. Cuando se decidió demolerla en 1926, se encontraron en sus paredes una especie de nichos con una buena

cantidad de huesos instalados en ellos (LAMAS, 1922), Elso plantea que cuando el trabajó aquí en 1959 encontró todavía un ordenamiento de tumbas que poseían simetría, y estaban hechas de mampostería. De acuerdo a la documentación, allí se enterraron también monjas, aunque las mismas pudieron ser de menor categoría, pero sí de la misma congregación de las Clarisas.

Cuando el Ministerio de Obras Públicas ocupó el lugar en 1926 después del gran litigio, destruyó prácticamente la capilla y construyó allí uno de los llamados pegotes que consistió en un almacén y servicios sanitarios sobre el resto de las tumbas. También se hace referencia que en las paredes se habían encontrado pinturas murales hechas al temple, muy usuales en esa época, calculándosele de ocho a diez capas, de esto no ha quedado ningún rastro, El arqueólogo Elso dice haber encontrado aquí cerámica colonial, dentro de las estructuras excavadas pero tampoco de ellas se sabe a dónde fueron a parar.

## **EXCAVACIÓN 4/1959**

### **CEMENTERIO DEBAJO DEL CORO DE LA IGLESIA**

En la información que hemos acopiado de este corte no se ofrecen se ofrece mucha información, pero como se daba por hecho de que en estas áreas debía haber entierros - ya que era usual que se enterraran en las iglesias - se buscaron afanosamente y además por que aquí se mantuvo siempre la idea de encontrar los restos del maestro carpintero que confeccionó los altares llamado Juan de Salas y Arguello, el cual había pedido a la Orden que a su muerte se le permitiera ser enterrado en esa Iglesia a la cual el había ayudado tanto; murió en 1649 y todo indica que fue enterrado allí.

Las excavaciones se hicieron debajo de la base del moderno elevador empotrado allí y donde había empezado a extraerse una cripta en la anterior demolición, pero de esta sólo se logró sacar la boca, no se pudo seguir adentrándose por que estaba llena de escombros de las obras anteriores y no se creyó oportuno emprender esta obra.

## **EXCAVACION 5/1959**

### **ANTIGUA COCINA**

En la parte del inmueble que conforman la esquina de las calle de Sol y Habana, se encontraron resagos de una antigua cocina, ya que los hallazgos coincidieron con los restos de un antiguo horno, zunchos para calderos, perchas de colgar carnes, lo que demuestra que en verdad pudo haber existido en este lugar una cocina. A esto se une un lecho de hollín muy continuo y compacto que indicó con precisión la posibilidad del hecho.

Como se ha podido ver en los informes referentes a las excavaciones realizadas furtivamente en 1959, y que hay que considerar estuvieron inmersas en las tareas de resane y salvamento de un inmueble que había sido expuesto a la piqueta demoledora y también dentro de las actividades de índole militar en la búsqueda de túneles y recintos subterráneos. Ahora bien, veremos que en el decursar de este trabajo, éstas tareas realizadas en 1959 sirvieron de base a los trabajos arqueológicos realizados en 1983, 15 años después y dentro de la campaña de restauración del inmueble.

De esta forma podemos decir que en febrero de 1983 se comenzaron a organizar los trabajos concernientes al estudio arqueológico que se haría en el Convento de Santa Clara de Asía; la dirección de la parte arqueológica se le entregó al Arql. Rodolfo Payarés el cual conjuntamente con los arqueólogos Eladio Elso Alonso y Abel Cabrera comenzarían a realizar el trabajo de campo y trazarian la estrategia del trabajo a realizar. La parte de laboratorio y muy en especial el estudio ceramográfico lo realizaría la arqueóloga Lourdes Domínguez. Ya se había designado al Arquitecto Daniel Taboada para dirigir las tareas de restauración y del historiador Pedro Herrera para la búsqueda de la información documental necesaria (TABOADA, 1982).

Cuando ya todo el personal estaba imbuido de los trabajos que debían realizar, se trazó la estrategia a seguir en la excavación arqueológica, decidiéndose hacer cortes en los lugares ya en sayados por

Elso en 1959 y en los lugares donde había información acumulada y experiencia para los cortes.

De esta manera trataremos de reconstruir los trabajos arqueológicos realizados entre 1983 y 1984, los cuales sumaron 31 pozos. No ha sido posible reconstruir con la información acopiada los trabajos arqueológicos que se realizaron entre 1986 y 1987 por Antonio Ramos Zúñiga y Orlando Padró, de todos estos cortes se hará una reseña, haciéndose las notificaciones de algunos aspectos para que quede constancia de los mismos.

El trabajo de laboratorio además del lavado y manchado para ponerle el número de catalogación nos permitió hacer la clasificación primaria de los materiales exhumados, o sea un inicial desglose por materiales de origen, lo que nos permitió con más detenimiento dedicarnos en trabajos posteriores al estudio de la cerámica, utilizando los ceramógrafos adecuados y al de los restos de osamentas humanas halladas en las diferentes criptas de la iglesia que fueron exhumadas.

Del primer examen de laboratorio fue realizado por Lourdes Domínguez y su auxiliar Lic. Melba Pérez de cuyos resultados se realizó una ponencia que fue publicada en la Revista Documentos del CNCREM (ver bibliografía) y del segundo se generó un informe realizado por el Dr. Manuel Rivero de la Calle, de la Universidad de la Habana.

### *Excavaciones Arqueológicas Realizadas en el Convento de Santa Clara de Asís entre 1983 y 1990*

Antes de describir todo el trabajo de campo realizado en este inmueble a partir de 1983, debemos hacer un análisis inicial de la planificación que se llevó a cabo de este trabajo como paso previo antes de comenzar el trabajo arqueológico, y en el cual participó el “team” de arqueólogos y arquitectos asignados a la obra por el Ministerio de Cultura.

Comenzó este trabajo en el mes de febrero de 1983, dándosele la dirección de las operaciones arqueológicas a Rodolfo Payarés Suárez del Ministerio de Cultura, conjuntamente se le asignaron por parte de la Academia de Ciencias a los también arqueólogos Eladio Elso Alonso y a la Lic. Lourdes S. Domínguez, pertenecientes al Instituto de Ciencias Sociales, posteriormente integró el grupo el Lic. Abel Cabrera, también designado por Cultura. Como responsable de la parte de restauración fue designado el Arquitecto Daniel Taboada, con una larga experiencia en este tipo de obras. La búsqueda documental estuvo a cargo del profesor Pedro Herrera, especialista en esta materia.

Al poco tiempo de comenzada el trabajo arqueológico la Lic. Domínguez fue designada para realizar un trabajo internacionalista en Nicaragua dirigiendo las excavaciones que se harían auspiciadas por la OEA en el sitio León Viejo, que duró seis meses, al regresar se encargó de la parte de laboratorio relacionado con la ceramología.

Se trazó un plan de acción y se crearon las condiciones logísticas para iniciar dos cortes paralelamente, al efecto se crearon dos equipos de excavadores con el personal aportado por la Empresa de Restauración, uno estuvo a cargo del cro. Elso y el otro a cargo del cro. Cabrera. El área escogida fue el segundo claustro ya que el primero en aquel momento estaba afectado por el derrumbe de la iglesia y los trabajos de demolición que en ella se efectuaban. Los materiales que iban saliendo se les hacía una clasificación primaria por los responsables de los equipos de trabajo y se esperaba que la Lic. Domínguez regresara de Nicaragua y comenzara el ceramógrafo con la los materiales históricos.

Al planificar el trabajo a realizar en 1983 se tuvo muy en cuenta los criterios del cro. Juan Iduate y del cro. Elso, arqueólogos que participaron en las jornadas de 1959, así como los sugeridos por el Arqt. Taboada de larga experiencia en la restauración, las que coincidieron en la premisa de comenzar por el segundo claustro, teniendo muy en cuenta lo racional de la decisión. La logística estuvo a cargo del cro. Ignacio González el cual creó condiciones y facilidades al personal para los cortes y sobre todo el acarreo de escombros, subproducto de esta actividad.

Para reconstruir toda la actividad que se generó en esta parte del trabajo que dieron por resultado 31 escaques o pozos nos hemos valido de la documentación acopiada en el CEMCREM, ya que o

no existieron notas de campo o se han extraviado. El arqueólogo Ramos Zúñiga tuvo a su cargo los trabajos exploratorios en el inmueble y la dirección de campo entre 1986-87. En esta época última el arql. Orlando Padró generó algunos trabajos dentro de los predios del Convento de Santa Clara, en general la poca documentación por todos no ha dado muchas opciones para reconstruir l las libretas de campo pero hemos tratado de hacer algo para que quede a la posteridad, a reservas de que algún día aparezcan los documentos originales.

## **POZO 1/1983 - SEGUNDO CLAUSTRO**

### **SC-001 - PEQUEÑO PATIO FRENTE A LA CASA DEL MARINO**

A este espacio algunos plantean que se llamaba calle de la Macarena y en ella frente a uno de los costados de la Casa del Marino se realizó el primer corte dirigido por el arql. Elso.

Se trazó una trinchera de 4 m. x 2m. iniciando la exhumación de una forma muy irregular debido a la naturaleza del terreno, se inició trabajando por capas de 0.50 m., probándose inmediatamente que era un relleno lo que se encontraba en el sustrato, por esta razón se determinó seguir cortando indiscriminadamente hasta encontrar elementos que permitieran algo coherente en el corte. Este aspecto del tapón es algo concreto y muy estable en el subsuelo habanero y que mide generalmente unos 0.50 m.

Se conocía de referencia que en esta área había un antiguo colector de aguas pluviales el cual casi de inmediato se puso al descubierto y podía apreciarse todavía su antigüedad en una parte del mismo, en un momento anterior este colector había sido prácticamente destruido y resanado con ladrillos y cemento, lo que nos permitió diferenciar esta parte moderna de la más antigua hecha con otros componentes. Su forma es circular, en la nueva versión, mientras que la antigua era cuadrada y hecha de cantería a partir de una bóveda semicircular.

Los cortes se desarrollaron con bastantes dificultades ya que esta área se había rellenado con polines para darle consistencia y al llegar al nivel 1.22m. lo que se consideraba bastante bajo, se determinó que no procedía continuar la excavación arqueológica y se dió por concluída la misma., más que nada por que peligraba el piso del patio y la posibilidad del deterioro de los cimientos de las construcciones aledañas, sobre la llamada casa del marino.

El estudio general del escaque cortado nos llevó a la conclusión de que ya este lugar era totalmente de relleno ya que en el mismo además de encontrarse totalmente revolcado, con todo el detrito de una fosa, solamente salieron algunos tiestos coloniales entre los que predominaban los materiales de mayólica mexicana del siglo XVII, la cual corresponde muy exactamente con la datación absoluta del inmueble.

## **POZO 2 /1983 - CALLE DE LAS ANGUSTIAS O DE LA SAMARITANA**

### **SC-002 - AL COSTADO DE LA CASA DEL MARINO**

Esta excavación fue dirigida por el Arqueólogo Abel Cabrera y se realizó al mismo tiempo que la no. 1. La trinchera que se cortó para iniciar el mismo es de 4 m. x 2 m., casi al comenzar, cuando el corte se encontraba como a los 0.15 m. de profundidad se detectó un piso que pudo ser el original ya que poseía un tipo de baldosa de pavimentación muy similar a los usados en esta época y colocadas estas baldosas de una forma muy especial alicatadas en ángulo y presentando un bajante central que conformaba una especie de canal destinado a recoger las aguas pluviales que iban a desaguar al colector antes señalado en el pozo no. 1.

Como es lógico debido al tiempo transcurrido el pavimento original estaba casi destruído y el relleno que tenía por arriba era una capa de 0.15 a 0.20 m. También al borde de esta calle se encontraba un lugar llamado El Mesón o sea un lugar de expender comidas y bebidas y al lado una casilla de venta de carnes como parte del matadero, se supone que ambos establecimientos

quedaron dentro de los predios del Convento como también lo fue la calle.

Los materiales exhumados de este corte fueron también escasos pero se mantiene en ellos los mismos tipos anteriores, con predominio de la mayólica mexicana del siglo XVII.

## **POZO 3/ 1983 - ANGULO SO DEL PATIO PRINCIPAL O PRIMER CLAUSTRO**

### **SC- 003 - UBICADO DENTRO DE LA GALERIA**

Se aprovechó el trabajo de reconstrucción que se efectuaba en la galerías que circundaban el patio central y se escogió el ángulo SO cortándose una trinchera de 2 m. x 4.m. en donde se puso al descubierto lo que quedaba de un murete el cual estaba prácticamente destruido, pero se podía observar en el mismo la existencia todavía de una serie de piedras a manera de sillarejos las cuales probablemente determinan que este elemento quedó interrumpido por las sucesivas ampliaciones del Convento.

En este lugar la frecuencia de materiales exhumados es también prácticamente nula, pero se logró sin lugar a dudas información a los efectos del sistema de construcción de la época.

## **POZO 4 /1983 SC-004 - PASILLO SUR DEL PRIMER CLAUSTRO**

Esto es parte de la galería en la zona sur, fue excavado por el arqueólogo Pedro Pablo Godo el cual realizó una trinchera de 4.00 m. x 2.00 m. la cual llegó a 0.50 m. Fue un área estéril aunque salieron algunos fragmentos de mayólica mexicana del siglo XVI.

## **POZO 5/1983 - SALON PROXIMO A LA COCINA INCLUIDO EN EL ANGULO DE LAS CALLES LUZ Y CUBA**

Desde un principio se planteó la posibilidad que en anexo hubiera existido una cocina, por esta razón se realizó una excavación bastante grande, de la cual no ha quedado referencia del tamaño, aunque creemos que debió tener 4m x 2m y realizada en el medio del cuarto. Solamente hay referencia de haber encontrado en el subsuelo una gran revoltura que no permitía trabajar ni por estratos ni niveles.

De la misma solamente se exhumaron algunos materiales de los cuales la mayoría eran restos alimenticios y otros elementos que permitieron asegurar la presencia de la cocina como estaba previsto.

## **POZO 6 /1983 - ANGULO DE LA CALLE CUBA Y LUZ.COCINA SC-006**

Ya desde las excavaciones de 1959 se marcó este sitio como una de las posibles cocinas del convento, realidad se excavó prácticamente todo el recinto y no se encontraron evidencias de que así lo fuera, la frecuencia de materiales es nula.

## **POZO 7 /1983 - GALERIA ESTE DEL PRIMER CLAUSTRO SC-007**

Se realizó un corte de rutina para comprobar niveles de piso y el cual resultó casi estéril, más la información que proveyó es muy poca. Lo más importante de notar fueron unas muelas muy grandes, de primer momento se pensó que eran de camellos, después de estudiadas por el Dr. Arredondo se llegó a la conclusión que eran de vaca (Boss Taurus).

## **POZO 8/1983 - SIN UBICAR**

### **SC-008**

Se conoce por las notas de campo que han quedado que este corte se planificó pero al parecer no se cortó, tampoco pudimos ubicar donde era la situación exacta.

Queremos a manera de resumen de esta parte del trabajo realizado consignar que desde el pozo 1 al 9 se realizaron excavaciones arqueológicas controladas en las áreas del Segundo Claustro en primera instancia y del Primer Claustro, después.

El estudio de sus materiales en la etapa inicial de terreno pronosticó que en casi su totalidad el subsuelo estaba revuelto como si fuera un relleno, por esta circunstancia no se pudo trabajar con estratigrafía previamente prevista o estratigrafía natural, solamente en algunos casos lo único que se pudo hacer es estratigrafía artificial, de bloques amplios, ya que la disposición de las capas no tenían un orden racional de deposición y por ende la información que aportaría no tendría validez.

El estudio de los elementos exhumados será objeto de otro trabajo, sobre todo lo que corresponde a la cerámica, aunque es bueno hacer notar que hay publicado un trabajo al respecto (RIVERO DE LA CALLE, 1984).

La bibliografía y los informes que se utilizaron para reconstruir esta parte se consignan al final en la bibliografía.

### *Segunda parte*

Del pozo 10 al 30 se consideran las excavaciones realizadas en el ámbito de la iglesia, la cual está incluida en el recinto del primer claustro. El principal interés en estos fue localizar que quedaba del cementerio de las monjas que había en esta Iglesia y que cuando se inaugura el Cementerio de Espada se plantea que llevaron muchos restos para el mismo; la documentación dice que quedaron muchos restos sin trasladar y que es posible que se siguiera enterrando en menor cuantía un tiempo más del establecido por las normas eclesiásticas al respecto (ELSO, 1984).

## **POZO 10 /1983 - EXCAVACION EN EL CORO BAJO.**

### **SC-010**

Como es sabido era usual en los primeros siglos de la colonia enterrar en los predios de las Iglesias, lo más común era alrededor del altar mayor y en el umbral de la puerta de entrada, así como en los laterales y fuera de la iglesia en sus alrededores; todo estaba en dependencia de la categoría social y económica del muerto. También se daban espacios subterráneos en donde se ubican criptas y osarios.

En el caso del Convento de Santa Clara aparecen en el terreno de la Iglesia las dos formas de entierros muy bien delimitados y en su mayoría la osamenta está intacta y la forma de deposición de la misma igualmente.

La primera intención de este corte fue encontrar la entrada del recinto subterráneo en donde se conocía habían existidos criptas y tal vez un osario, se marcaron una serie de calas de prueba para asegurarnos de hacer los cortes en los lugares adecuados, estas fueron hechas de forma sistemática y ordenada por ejes hasta que se encontró el primer escalón monolítico que daba acceso al lugar, el mismo estaba lleno de escombros como lo dejaron en 1959.

La operación de escombreo resultó lenta y penosa, requirió más personal del que estaba asignado ya que se sacó por cubos subidos por roldana durante tres largas semanas.

Se destapó una escalera de 12 peldaños tallados en la piedra que daban acceso al recinto mortuario que contaba con cuatro sepulturas a cada lado en forma vertical y dos osarios intermedios en cada lateral, de los cuales uno estaba lleno de restos y el otro no. Los restos extraídos fueron exhumados para su ulterior estudio en el Departamento de Antropología de la Universidad de la Habana.

De acuerdo a lo revisto las sepulturas debieron estar vacías ya que se entendía que los restos que allí se encontraban debieron pasar al cementerio de Espada cuando se inauguró el mismo a partir de un dictámen eclesiástico.

Se pudo observar que al retirar los escombros que las sepulturas tenían por arriba salió un piso de lozas amarillas las cuales acusaban timpanismo, lo que llevó a levantar dos hileras de las mismas en el centro del recinto, destapándose otro osario lleno de huesos que denotaban gran antigüedad mezclados todos con cisco de carbón. El resto de las tumbas debe tener el mismo problema pero se desistió de seguir sacando restos debido a lo deteriorado de los mismos y también debido a que no se tenía un espacio amplio para almacenaje. Estos restos se han mantenido hasta hoy en los almacenes del CEMCREM, pero ya estado es bien precario y han sufrido muchos avatares y esquilamientos.

## **POZO 11/ 1983 - CALA AL OESTE DEL CORO PARALELA A LA CALLE SOL SC-011**

Aquí se nos presenta otro osario, esta vez de mayores proporciones que el anterior y no dentro de ningún recinto subterráneo sino a ras de tierra. Se extrajeron del mismo grandes cantidades de restos humanos entre ellos 12 cráneos completos los que se mandaron también a la Universidad de la Habana.

También se exhumaron de este osario una serie de artículos de uso religioso que eran parte de las monjas clarisas enterradas allí, entre las cuales podemos señalar más de 30 medallas de bronce, varios crucifijos de los que solo quedaban la imagen de Cristo sin la madera, cristales de espejuelos, cuentas de cristal azul, cuentas de rosarios, argollas de hierro posiblemente de las tapas de las cajas de entierro. Desgraciadamente este material tan importante no tuvo un buen destino, desapareció como todo lo demás.

## **POZO 13/1983 - CALA EN EL ANGULO DE LAS CALLES SOL Y CUBA**

**SC-013**     *(incluye parte del 12 ya que al ampliarse es el 13)*

Unos de los mitos de este inmueble y muy en especial en la Iglesia era el rescata los restos del maestro carpintero ejecutor de la obra de la iglesias y muy en especial de los altares de este centro eclesiástico y que se llamó Juan de Salas y Arguello, documentalmente estaba bien probado su entierro en estos predios a solicitud de él mismo a las autoridades eclesiásticas del la Comunidad de las Clarisas y además se conocía la fecha de cuando esto había acaecido en 1649.

Dentro de las calas que se cortaron en el ámbito de la Iglesia se detectó un entierro casi en el medio del salón, en la línea del umbral de la puerta, lo que de acuerdo a la usanza de la época eran los lugares privilegiados para los entierros de personajes importantes.

Se ejecutó el corte de una larga trinchera y a los 0.80 m. se encontró este entierro, muy fragmentado y seguidamente un osario muy antiguo con restos muy fragmentados, en cuanto a profundidad se llegó al fondo rocoso, por lo que detuvo la excavación.

## **POZO 14/1983 - POSIBLE BODEGA 8ENTRE EL ALTAR MAYOR Y LA SACRISTIA SC-014**

Se trazó una larga trinchera en el contorno del altar mayor con unos 0.60 m. de ancho por 2.00 m. de largo, iniciándose el corte, cuando se estaba a los 0.60 de profundidad apareció la parte exterior de un arco de ladrillos que denotaba la existencia de una construcción subterránea muy antigua. Al llegar al recinto después del escombreo se pudo observar que al costado de la bóveda existía una perforación tapada con concreto por la cual se introdujeron los escombros pero que había servido de respiradero hacia el exterior.

El método de escombreo fue igual al de la cripta, pero esta vez sacándolo por el respiradero que había aparecido, se esta forma se encontró un sellaje de mampostería muy antigua que al ser derribado dejó libre esta salida.

En el interior se encontró a todo el derredor del espacio limpiado una especie de tarima o escalón ancho posiblemente para colocar objetos grandes para su almacenamiento y debían estar a una altura prudencial del suelo. Todo parece indicar que estamos frente a una bodega que bien hubiera servido para almacenar vinos u otros alimentos del propio Convento o Iglesia.

Los restos de la vida material hallados allí fueron muy exiguos, entre ellos dos azulejos del siglo XVII, restos de botijuelas, algunos fragmentos de mayólicas, etc.

## **POZO 15/1983 - TRINCHERA FRENTE AL ALTAR PARALELA A LA ANTERIOR SC-015**

Dentro del rastreo general del piso de la iglesia se encontró otra bóveda subterránea llena también de escombros, pero su parte central estaba destruida, pero de todas maneras se pudo observar en ella que también poseía el ancho escalón que circundaba a la anterior, lo que hace pensar que es una bodega. La escalera estaba orientada al sur, la misma se limpió totalmente. Lo exhumado con valor arqueológico fue casi nulo

## **POZO 16/1983 - TRINCHERA CENTRAL - SUR NORTE IGLESIA SC-016**

Se procede a realizar una trinchera central de 1 m. de ancho en toda la planicie de la iglesia, desde donde estuvo enclavado el altar hasta la posible puerta. Fue en realidad un trabajo infructuoso no se encontró nada.

## **POZO 17 /1983 TRINCHERA ESTE A OESTE (en sentido contrario a la anterior)**

Se trazó una trinchera de 1 m. de ancho que fue cortada de Este a Oeste en el mismo medio de la iglesia dando al frente de la puerta. En esta posición frente a la puerta se encontró un entierro en forma bien ordenada, presuntamente enterrado en caja de madera y de apreciable antigüedad. Se encontró madera casi pulverizada y los clavos que debieron pertenecer a la caja.

Su posición frente al altar, completamente alineada a él, nos hizo pensar de nuevo que era en verdad el entierro de Salas Arguello o tal vez en la madre superiora fundadora de la orden. El entierro denota gran antigüedad y se sabe lógicamente que estamos frente a un personaje destacado. De inicio se descarta la idea de que fuera la priora ya que las monjas eran enterradas con sudario o

sea una mortaja de tela y no en cajas de madera.

Al realizar un estudio del esqueleto "in situ" por el Dr. Rivero de la Calle, se pudo determinar que el mismo era del sexo masculino y que medía 1.75 m., por esta razón la balanza se inclina al hallazgo del maestro carpintero, pero en verdad la falta de documentos acreditativos nos ha dejado sin explicación al respecto.

Los Pozos del 18 al 30 fueron en verdad calas de prueba realizadas en todo el ámbito contextual de la nave principal de la Iglesia, tratando de buscar más información, pero desgraciadamente de las mismas no se rescató ninguna evidencia arqueológica.

### *Segunda Fase Del Trabajo Arqueológico*

Terminado el trabajo en la iglesia y como último predio del trabajo en el Convento se pasó a trabajar en el patio central del Primer Claustro, en el mismo existían y existen algunas construcciones las cuales fueron objeto de estudio, ya que se hablaba de baños, lavaderos, etc. Se sabía y se veía a simple vista que el nivel del terreno había subido ostensiblemente, además la caja de agua nos permitía concretar esta situación, la misma se limpió, hacia mucho tiempo que no se usaba y se puso en función para la recogida de agua o aljibe.

Con este trabajo se acometió la última etapa de excavación en estas jornadas de trabajo arqueológico en 1983.

## **POZO 31/ 1983 - TRINCHERA FRENTE AL BAÑO DE LAS MONJAS PATIO CENTRAL DEL PRIMER CLAUSTRO SC- 0.031**

Juzgamos que esta es la excavación más importante realizada en estas jornadas arqueológicas en el Convento de Santa Clara, fue dirigida por el Arql. Eladio Elso y otros colaboradores. Los cortes fueron enmarcados en el espacio que se encuentra entre el llamado baño de las esclavas y el baño de las monjas, que son las dos casetas de mampostería que todavía se encuentran en el patio del primer Claustro, hacia la parte oeste.

El trabajo arqueológico que se efectuó dentro de estas casetas dió a la luz las pocetas de los supuestos baños hechas también de mampostería, teniendo en sus ángulos escalones de a cuatro para bajas al agua. El desagüe de estas pocetas se hace a través de conductos hechos por atadores de cerámica roja vidriada los cuales conducen el agua a un profundo pozo que también fue localizado en el ámbito del patio. En esta área fue encontrada también una fosa absorbente a donde iba a desaguar el baño de las monjas.

Entre estos dos aposentos o casetas, más concretamente entre el baño de las esclavas - todavía en pie- y la fosa hay un espacio de unos 2 m. aproximadamente, allí fue planificada la trinchera no. 31.

Esta trinchera tuvo las siguientes proporciones, 2 m. de ancho, x 2 m. de largo, un buen cuadrado que nos permitió hacer un buen trabajo de proporciones (ELSO, 1984).

Se dividió en dos escaques el 31 A de 1 m. x 2 m. el cual se proveyó de dos niveles artificiales, los cuales se marcaron a partir de la eliminación del supuesto relleno del patio. De esta forma se comenzó a partir de 1 m., el primer nivel fue de 1.00 m. a 1.50 m. y el segundo de 1.50 m. a 2.00 m. La otra parte de la trinchera la 31 B se excavó a partir de un solo nivel o sea de 0.00 a 2.00 m.

Esta fue la trinchera más prolífera de todo el trabajo arqueológico hecho en el Convento de Santa Clara de Asís, sobre todo en lo que concierne a cerámica, posiblemente esta parte correspondió con un vertedero o se relleno el patio con materiales con abundante detrito arqueológico. Nuestra opinión es que estos materiales cerámicos son el rezago del propio Convento. En el corte de la 31 A se pudo apreciar aparentemente una disposición natural, aunque recordamos que hay que tener en cuenta los posibles usos de este patio en su época de actividad y sus múltiples reusos,

lo que puede haber llevado a un revolcadero de elementos de desperdicio, convertidos en basura arqueológica después de casi tres siglos (ELSO, 1984).

El estudio de los materiales cerámicos, que representan el elemento más importante de estas excavaciones son también en especial de esta trinchera, los mismos fueron objeto de estudio especial y son el resultado de un artículo ya publicado.

Todavía hoy en cualquier trabajo que se hace en este patio salen una buena cantidad de tiestos de cerámica. El grueso de esta cerámica fueron diferentes tipos de mayólica mexicana del siglo XVII. Es de considerar que junto a esta cerámica salió un tipo con vidriado muy burdo y muy especial, no ubicado en ningún catálogo y que pensamos es de fabricación nacional.

En 1987 se reanudaron algunas excavaciones arqueológicas en patio del primer Claustro y en otros lugares del inmueble, pero las notas de excavación no se han encontrado, fueron hechos en las zanjas para trabajos eléctricos, excavaciones de rescate algo arbitrario cuyos materiales es difícil de rescatar y ubicar dentro del contexto y dentro de elementos que perduran en el Convento.

### *Bibliografía*

Actas Capitulares (TRASUNTADAS) (1945): Concernientes al 6 de abril de 1603 del Ayuntamiento de la Habana. Museo de los Capitanes Generales. La Habana.

BLANES, T. (1986): Un monumento con vida: El Convento de Santa Clara de Asía. Revista Biblioteca Nacional José Martí Año 77 era. Época Vol. XXVIII enero-abril no. 1 p. 184-185.

Cartas de la Condesa de Merlín y el Convento de Santa Clara. Diario de la Marina. 5 de nov. a 20 de dic. 1922

CUADRADO DE MELO, M. (1970): Obispado de la Habana, su historia a través de los siglos (mimeografiado) p. 44

Demuelen Obras Públicas secciones del Convento de Santa Clara. Periódico Avance, 3 de oct. 1959 no. 23

DOMÍNGUEZ, L. (1990): Presencia de la mayólica novohispana en el Convento de Santa Clara de Asis. Habana Vieja. Documentos1/90 CEMCREM p. 41-48

ELSO ALONSO, E. (1984): Breve historia del Convento de Santa Clara de Asis y el resultado preliminar de las excavaciones arqueológicas. Memorias del 2do. Simposium de la Cultura Ciudad de la Habana, Dir. Provincial de Cultura. Nov. 15 de 1984 p. 80-98 4 ilus.

HERRERA, P. (1984): El Convento de Santa Clara. Monografía Histórica. (inédito).

IBARRA, O. (1959): La piqueta demoledora cae sobre el Convento de Santa Clara. Revista Carteles. Año 40 no. 42, 18 de oct. p. 46-47

LAMAS, W. Y O. VALDÉS (1922): Datos históricos y Leyendas recopiladas Edit. Montalvo y Cárdenas.

LEISECA, J. M. 1938. Apuntes para la historia eclesiástica de Cuba, Talleres Tipográficos de Cara y Cia., La Habana. p. 64

MARINELLO, J. (1973): Cincuenta años de la protesta de los trece. Bohemia Año 65 no. 13 marzo 30 p.100-106

MARRERO LEVÍ (1976): Cuba, economía y sociedad. Madrid Edit. Player Vol. 5 p. 113. Plano.

ORAMAS, A. (1983): Un tesoro arqueológico en el Convento de Santa Clara. Tribuna de la Habana, 10 de abril p. 6

PAYARÉS, R. (1983): Informe preliminar de los trabajos arqueológicos efectuados en el Convento de Santa Clara de Asís. Ponencia IV Jornada de Arqueología. Baracoa.

- PÉREZ BEATO, M. (1936): El Convento de Santa Clara. La Habana Antigua. La Habana. P. 111-113
- RIVERO DE LA CALLE, M. (1984): Estudio antropológico de los huesos del antiguo Convento de Santa Clara de Asís. Habana Vieja. Museo Antropológico Montané.
- TABOADA, D. (1982): Convento de Santa Clara. . Rev. Arquitectura. 353-54 (2-3): 16-23. La Habana.
- TABOADA, D. (1985); Antiguo Convento de Santa Clara en la Habana Vieja. Restauración. Protocolo CEMCREM
- TABOADA, D. (1994): El antiguo Convento de Santa Clara en la Habana Vieja. (folleto) Publigráf, 23 p.
- WEIS SÁNCHEZ, J. (1979): La arquitectura colonial cubana. Siglo XVI-XVII Ira. Parte Edit. Letras Cubanas. La Habana. P. 128-131.

## ARQUEOLOGIA EN LOS CAFETALES DEL OCCIDENTE DE CUBA: LA SIERRA DEL ROSARIO

En las elevaciones pinareñas conocidas como Sierra del Rosario, al NE de la provincia de Pinar del Río, se encuentran diseminadas un buen número de ruinas o restos de antiguos cafetales que a principios del siglo XIX existían en esta zona. Los campesinos denominaban a estos sitios arqueológicos “escombros”.

Estas fábricas de café las edificaron en el área sobre el año 1810 o sea, al iniciarse el siglo XIX y quedaron abandonadas alrededor de 1843. Se sabe que a fines del siglo XVII se produjo la rebelión de esclavos en la cercana isla de Haití, que hasta ese momento había tenido el monopolio de la producción cafetalera en el mundo. Debido a esta rebelión, muchos colonos franceses que se dedicaban a este cultivo emigraron hacia diferentes partes del caribe y pretendieron continuar con el mismo sistema de plantación cafetalera; entre los lugares a donde emigraron estaba Cuba, Jamaica, La Louisiana, etc.

De esta emigración francesa son testigo las edificaciones cafetaleras de las áreas orientales de Cuba de finales del siglo XVIII, de las cuales tenemos una buena bibliografía en un trabajo de Pérez de la Riva (1944). En cuanto a los trabajos arqueológicos realizados en estas áreas orientales, tenemos las investigaciones de Boytel Jambú (1961) en la Gran Piedra. De toda esta época queda una buena cantidad de ruinas de cafetales en Santiago de Cuba y Guantánamo, entre las que encontramos La Isabelica, El Olimpo, La Fraternité, Le Gran Colin, El Infierno, etc (BOYTEL JAMBÚ, 1961, p. 37).

Al iniciar nuestro trabajo arqueológico sobre los cafetales visitamos las ruinas de la región oriental y también los cafetales del occidente específicamente los de la Sierra del Rosario, para tener una idea global de estas construcciones. Estudiamos las plantas y lo edificado construcciones de viviendas, almacenes, y lugares de trabajo especializado como la famosa tahona. También se abordó el estudio de las obras escritas al respecto. Todo esto nos permitió adquirir una visión de ambas áreas cafetales y apreciar en los terrenos las diferencias que entre ellas existían.

Del estudio general realizado llegamos a conclusiones preliminares y prácticamente conclusivas, de que sin lugar a dudas sí bien los cafetales orientales los construyeron colonos cafetaleros provenientes de Haití, que se radicaron en Cuba a finales del siglo XVIII (todo lo cual concuerda con la información existente), las ruinas halladas en la Sierra del Rosario no provenían de cafetales edificados por franceses de Haití sino por colonos provenientes de Louisiana, estos aunque de origen francés también, llegaron 30 años después de los sucesos de Haití y se radicaron en el occidente de Cuba (PÉREZ DE LA RIVA, 1944, p. 29).

De acuerdo con todo lo antes expresado, se pude plantear que las construcciones cafetaleras de ambas zonas eran totalmente diferentes. Las orientales eran verdaderas fortalezas para salvaguardar la vida y el fruto del trabajo, sobre todo estas últimas, edificaciones contundentes con anchis muros que hoy encontramos internados en las lomas y los cuales eran poco accesibles. Las haciendas de occidente, en cambio, eran abiertas y amplias, con un sentido estético depurado, y hechas con materiales, muy sencillos, piedra canteada del propio lugar.

Es importante hacer notar que el modo de vida de los esclavos también era diferente, los orientales vivían amontonados en espacios pequeños tipo barracón, mientras que los de occidente y en especial los de la Sierra del Rosario, tenían pequeños conucos en donde vivían con su familia y sé autoabastecían.

El escenario principal de estas construcciones de la Sierra del Rosario se encontraba en los antiguos partidos de San marcos y Diego Núñez, actuales municipios de Artemisa y Bahía Honda.

## *Trabajo arqueológico*

Se inició una fase exploratoria de las áreas que comprendían en ese momento el Plan de Repoblación Forestal en la Sierra del Rosario, se utilizaron los caminos de montaña realizados por la Brigada de Viales, los cuales, han salvaguardado en todo sentido cada una de las ruinas que han encontrado a su paso.

En 1968, durante los trabajos realizados por Ernesto Tabío y Rodolfo Payarés (1968) se detectaron 17 sitios considerados ruinas de antiguos cafetales. También en este momento se realizaron excavaciones arqueológicas en algunos de estos sitios, los más importantes, por ejemplo: Cafetal El Liberal, Cafetal Beriz, Cafetal La Unión. Lográndose delimitar las construcciones en algunos realizadas en piedra y argamasa.

Los materiales exhumados de estos lugares corresponden al siglo XIX, entre ellos vidrios, semiporcelanas, etc.

Estas construcciones, de piedra canteada en porciones medias como permitía el material originario, debieron edificarse en la primera década del siglo XIX, utilizando formaciones del área. El conjunto de construcciones de cada cafetal abarca una planta horizontal que tiene como núcleo principal los secaderos, los almacenes y la descascaradora o “tahona”.

Al realizar un estudio a partir de los grabados de época se deduce que posiblemente existieran otras muchas dependencias accesorias, pero como estas deben haber sido de madera no han llegado hasta nuestros días y no se encontraron zapatas.

Los almacenes se construyeron sobre horcones de madera, formando cubículos pequeños y bien cerrados. Los secaderos de café, que ocupaban grandes extensiones de la finca, se ejecutaban a partir de grandes planicies y en otras ocasiones para utilizar todo tipo de espacio, se hacían escalonados y que el aprovechamiento de espacio sé multi0licara. Se preparaban con un piso de tierra apisonada a la cual se lograba compactar a partir de cal y cuando estaba bien compactado se extendía el café en él para secarlo.

Los lavaderos, la parte más importante del proceso cafetalero, también eran de proporciones amplias y para su construcción a veces se realizaban verdaderas obras hidráulicas, a fin de traer al cafetal el agua tan necesaria para esta parte del procesamiento del café. La “tahona” o descascaradora se construía en piedra y se empañetaba o sea revestía, la cual a veces alcanzaba proporciones relativamente grandes, hasta de 3 m de diámetro. A la porción central de la tahona, que era fija se amarraba el caballo o el mulo, el cual dando vueltas sin parar la hacía girar y la paleta, a partir de su movimiento continuo descaraba el café.

Siempre se encuentra en la planta del cafetal un horno de cal, el cual se utilizaba para producir la cal como fertilizante y para la argamasa constructiva. Ambas cosas muy necesarias en estas plantaciones, para el cafeto como fertilizante y para las construcciones servía para unir las piedras cortadas con las cuales se levantaban las partes firmes del inmueble.

Algunos autores, con la visión de la plantación cañera de occidente han creído ver, en los cubículos cerrados a los barracones de los esclavos de la dotación, pero en verdad son almacenes, ya que el tipo de esclavitud en este tipo de fabrica de café el esclavo era alejado del foco central del cafetal y se le permitía tener un pequeño “conuco” o parcela, porción de tierra en la cual fabricaba su bohío y donde también producía otros cultivos para el consumo del cafetal y el suyo propio.

La vivienda del dueño y también la del Mayoral, solía ser de madera, construida sobre una base de piedra: generalmente esta no era una residencia habitual; si no que se utilizaba, en el caso del propietario, como lugar de descanso o para aislarse de la ciudad; en el caso del mayoral, para vivir durante la época de producción del cafetal en que su presencia era necesaria diariamente.

Por lo que hemos podido constatar en la Sierra del Rosario, el hombre que habitó estas construcciones edificó con un sentido estético bien ostensible por que el enclave de su vivienda aprovechó la belleza del paisaje en todo momento.

En algunas de estas unidades constructivas a veces se pueden encontrar edificaciones que deben

haber sido casas de viviendas, pero en esta ocasión son verdaderos palacios, con dos plantas, techos a dos aguas, arcadas y columnas en los portales, pinturas murales en sus paredes y jardines exuberantes, Es interesante hacer notas que en algunas ocasiones se techo utilizando la teja plana de pezuña, conocida como francesa, y que interesantemente solo se utilizó en esta área de Cuba.

Cuando se realizaron los planos de la planta, durante el trabajo topográfico, obtuvimos una gran información, ya que pudimos apreciar que la planta no se repetía ni en la forma ni en el tamaño y que cada emplazamiento de cafetal se adaptaba a la topografía del terreno, lo que denota una libertad extrema en el emplazamiento del inmueble, cosa esta que no ocurría en la zona oriental.

En las excavaciones arqueológicas y en las recogidas de materiales arqueológicos de superficie se exhumaron una gama muy disímil de platos de porcelana y semiporcelana, tazas de igual material, pucheros o cazuelas de material cerámico burdo, algunos con barniz plúmbeo y otros no, materiales de construcción, etc. sin embargo las piezas de porcelana inglesa y norteamericana son las de mayor frecuencia. Esto es lógico y concuerda con la actividad comercial que se desarrollaba por esta época y en esta región.

También encontramos otros materiales cerámicos de uso cotidiano y buenos para la cronología, como son las canecas de cerveza hechas en greses, botijuelas contenedoras, tejas planas, etc. Asimismo se hallaron con gran profusión materiales de hierro forjado (materiales ferrosos) entre los cuales se aprecia machetes, azadas, cuchillos y otros objetos.

La frecuencia de vidrio en recipientes contenedores fueron también profusa sobre todo botellas de vidrio del siglo XIX.

#### *Ubicación de los Nuevos Cafetales en la Sierra del Rosario (1974)*

##### *Ruinas del Cafetal la Victoria:*

*Hoja 3648-IV Cabañas, X:35 Y:45*

Hoja 3648-IV Cabañas, X:35 Y:45

No quedan casi ruinas de este cafetal en pie, algunos muros y una escalera que pudo ser de acceso a la vivienda central o núcleo de la construcción.

En la actualidad es casa de vivienda (1974) que ha variado las proporciones del sitio y ha utilizado la piedra canteada para otras construcciones.

Se realizó el levantamiento topográfico del sitio.

##### *Ruinas del Cafetal la Ermita:*

*Hoja 3584-1, bahía Honda, X:87 Y: 70*

Hay referencia del mismo en un grabado de Mihale, quien mantiene hasta cierto punto el ambiente geográfico. Prácticamente no queda nada del mismo; solo se puede apreciar la zapata de las construcciones y el lugar que ocuparon los secaderos. Se realizó el levantamiento topográfico del sitio.

##### *Ruinas del Cafetal la Serafina:*

Sobre este cafetal y la vida en el mismo en el siglo XIX hay referencias escritas en el libro *Prosas cubanas* (1964:212). Es una de las ruinas mejor conservadas y en la que mejor se puede apreciar el sistema de emplazamiento de las construcciones cafetaleras. En estas ruinas se observan los canales hidráulicos que sirvieron para el mejor aprovechamiento de las aguas en los lavaderos de café. Los cubículos de almacenamiento tienen diferentes tamaños y están realizados en piedra canteada; los secaderos abarcan grandes extensiones.

En este cafetal puede verse una sección central que tiene una escalera de acceso. La edificación principal es de puntal alto, con techo de dos aguas y paredes de mampostería; las vigas de madera se encuentran adosadas a las paredes en forma oblicua y perpendicular. Se realizó el levantamiento topográfico.

*Ruinas del Cafetal la Mariana (las delicias):*

*Hoja: 3684-IV, Cabañas, X-99 Y:40*

De todas las ruinas de los cafetales estudiados hasta el momento, esta es la que presenta una planta de mayores proporciones. Se llega a ellas por una calzada de piedras, el famoso “Chemin de Moulin”, que aún se utiliza hoy día como acceso a esta parte de los cafetales. El camino que ha trazado viales partió los predios del cafetal en dos, pero esto no ha impedido la conservación de estas ruinas.

A la derecha de este camino, se observa una hilera de cubículos de diferentes proporciones que servían de almacén, en una cantidad aproximada de diez en línea recta en la parte más alta de las ruinas. Al fondo se encuentran los secaderos que presentan forma escalonada y al final del camino el horno de cal.

Al observar estos cubículos antes mencionados, se advierten en las paredes restos de fognaduras, lo cual hace presumir la existencia de pisos de madera o tarimas donde se colocaba los sacos de café. No se ha encontrado la tahona es muy posible que la construcción del camino la haya destruido.

Pérez de la Riva (1944:142) hace referencia a este cafetal que se encuentra en una elevación de la Sierra del Rosario y desde cualquiera de sus ángulos se aprecia una vista maravillosa del paisaje que lo circunda.

Se realizó el levantamiento topográfico.

*Ruinas del Cafetal el Salón:*

*Hoja 3684-IV, Cabañas, X:99 Y:44*

Se presenta también como cafetal de grandes proporciones en clavado en las faldas de una elevación llamada de igual forma, Loma del Salón.

Se llega al mismo a través de una calzada que bordea los diferentes niveles de los secaderos y la cañada. Dicha calzada la han desviado para su mejor aprovechamiento, con un puente en medio o punto central del desvío. Al inicio del camino todavía esta en pie una caseta para el cuidador del cafetal.

La casa de vivienda o construcción central tiene dos plantas y techo a dos aguas. Los marcos de las puertas y ventanas forman arcos dintelados, las paredes están repelladas y adornadas con pinturas al fresco a partir de un fondo rosado oscuro. Al fondo de esta construcción se encuentran los cubículos de los almacenes.

Al frente de la casa de vivienda se halla la tahona, que se mantiene en buenas condiciones. En unos de los ángulos finales de la planta de este cafetal se puede ver el horno de cal. Consideramos que de todos los cafetales es el que mejor conservado hasta el momento.

Se realizó el levantamiento topográfico.

*Ruinas del Cafetal los Abejeros:*

*Hoja 3674-IV, Cabañas, X:02 Y:00*

Es una construcción de tamaño regular, de la cual prácticamente no queda nada en pie, excepto los secaderos y parte de la tahona.

Cerca de este cafetal hay un brazo de río o cañada que presenta restos de una obra hidráulica a partir de una presa, pero de acuerdo a los primeros estudios no se ha podido determinar si la misma perteneció a este cafetal.

Se realizó el levantamiento topográfico.

### *Conclusiones*

Estos seis nuevos sitios arqueológicos encontrados en la Sierra del Rosario forman un total de 23 ruinas de antiguos cafetales en dicha zona, los cuales se encuentran ubicados en las cartas correspondientes.

El estudio de esta área es de vital importancia para la investigación de las construcciones cafetaleras en Cuba, pues como se ha expuesto, su construcción y planta son totalmente diferentes a los estudiados en las áreas orientales. Todavía a finales del siglo pasado estas construcciones asombraban a los viajeros que visitaban nuestras tierras con diferentes intereses y que dejaron plasmadas sus impresiones en las obras que escribieron (ABBOT, 1963, p. 195), así como también en los periódicos de la época (CASAL, 1963, p. 220).

### *Bibliografía*

ABBOT, A. (1963): Cartas. En Colección de viajeros. Consejo Nacional de Cultura. La Habana.

BOYTEL JAMBÚ, F. (1961): Restauración de un cafetal de los colonos franceses en la Sierra Maestra. Rev. Junta Nacional Arqueología y Etnología, Suplemento pp142.

CASAL, J del (1963): Prosas. Consejo Nacional de Cultura. Biblioteca Básica de Autores Cubanos. La Habana. Tomo 1.

PÉREZ DE LA RIVA, F. (1944): El Café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba. Jesús Montero. de. La Habana.

Prosas Cubanas (1963): Biblioteca B"básica de autores cubanos. Editora del Consejo Nacional de Cultura. La Habana. Tomo 2.

TABÍO, E. y R. PAYARÉS (1968): Sobre los cafetales coloniales de la Sierra del Rosario. Academia de Ciencias de Cuba, serie Pinar del Río, 17:146 Academia de Ciencias.

## ARQUEOLOGIA EN EL CENTRO SUR DE CUBA

Un estudio arqueológico realizado en la región centro sur de Cuba durante el quinquenio 1981-85 arrojó amplia información sobre los sitios de filiación agroalfarera enclavados en esta área. En total, hasta la fecha, se han descubierto diecisiete sitios de agricultores ceramistas en la zona enmarcada entre las provincias de Cienfuegos y Sancti Spíritus.

Hemos considerado que es necesario adentrarse en la fase reconstructiva, aunque sea tentativamente, de modo experimental, puesto que la complejidad del problema que evidenció la propia investigación ha definido como resultado nuevas perspectivas de trabajo en la aprehensión de regularidades comparativas. Estos elementos nos permitirán incursionar con más eficacia en el futuro, en la reconstrucción de la vida de las comunidades aborígenes.

Se abordará, pues, el análisis de los instrumentos de trabajo de los grupos agroalfareros del centro sur de Cuba, y se tratará de encuadrar en una visión más amplia del fenómeno, el desarrollo tecnológico de estos grupos humanos. Al mismo tiempo, se enfrentará el estudio del objeto de trabajo de estas comunidades en el plano de la materia prima de sus ajuares y del entorno de las actividades económicas más complejas: cinegéticas, pesqueras, recolectoras, agrícolas e incipientemente industriales; se hará referencia, cuando sea necesario al marco natural donde tuvieron lugar los procesos sociales, sin entrar en un enfoque meramente geográfico del problema.

El objetivo principal es llegar a constatar las posibilidades creadoras del trabajo del hombre en el ámbito histórico que le tocó vivir.

El hombre: Si bien los cronistas que acompañaron los viajes de Colón o los que llegaron posteriormente y hasta los que hablaron sin venir a nuestras tierras, no dijeron realmente como eran físicamente los hombres que habitaron la región centro sur de Cuba, se infiere, de los restos óseos hallados en el área, su similitud con los demás grupos agroalfareros del país. Este hombre era bajo de estatura, de complexión fuerte –su vida al aire libre lo requería– de cabeza pequeña, frente achatada y abombada hacia arriba, forma que tomaba por la deformación fronto-occipital (tabular oblicua) que se aplicaba a edad temprana, como parte de un marcado gusto, probablemente estético ritual, arraigado en los grupos arahuacos del Caribe. Eran muy lampiños, de piel oscura, casi cobriza, ya que sin lugar a dudas pertenecían por su origen a los mongoloides asiático-americano y sus cabellos negros y lacios los recortaba con un cerquillo sobre la frente.

Colón nos definió a estos hombres como “muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballo y cortos” (COLÓN, 1981, p. 35).

### *Las Fuerzas Productivas*

Para tratar acerca del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de las comunidades aborígenes de Cuba, en específico las del área estudiada, es fundamental el correcto manejo de esta categoría. Un criterio eminentemente tecnológico llevaría a hacer hincapié fundamentalmente en los instrumentos de trabajo que son, por supuesto, el aspecto más importante, pero no el único. Y es que el objeto de trabajo no deja de ser parte relevante en el proceso productivo, pero a la vez el trabajo del hombre constituye un agente activo que va más allá, en ocasiones, de las posibilidades tecnológicas de los propios instrumentos.

### *Los Instrumentos de Trabajo*

Ha vuelto a comprobarse el hecho, constatado ya otras veces en la arqueología cubana, de la presencia de útiles aparentemente preagroalfareros en los residuarios de los grupos agricultores, esencialmente en los ajuares de concha, así como en los artefactos líticos y supuestamente también

en los de madera. Debemos aclarar que la piedra tallada es una de las primeras tecnologías, al menos conservada en el tiempo, que empleó el hombre desde el paleolítico (paleoindio para América) que alcanza máximo desarrollo precisamente en esta etapa histórica.

Con el decursar del tiempo y el avance de las fuerzas productivas este tipo de instrumento fue perdiendo su función principal en el conjunto de las actividades económicas; por ejemplo, en la etapa mesoindia, en el llamado período arcaico, abundaban piedras molederas, percutores, majaderos; es decir, los instrumentos líticos ocuparon un lugar importante, evidentemente relacionado con las actividades económicas del período. A partir del mesoindio en América, y en Cuba fundamentalmente, comienzan a verse artefactos de piedra pulida, como son las bolas líticas, los gladiolitos, etc. que parecen no estar relacionados directamente con las actividades productivas. Estos artefactos, sin embargo logran su mayor desarrollo en la etapa neolandia, en relación directa con las labores propias del período, en el que aparecen, por ejemplo, las hachas petaloides y otros artefactos de piedra en volumen como majaderos, etc.

La concha es poco utilizada en Cuba en el período protoarcaico pero es de un uso extraordinariamente frecuente en la etapa mesoindia, llámesele Siboney aspecto Guayabo Blanco o Cayo Redondo o preagroalfarero temprano, medio y tardío. Continúa utilizándose en la etapa neolandia por los grupos agroalfareros; pero con un cambio en el sentido de su aplicación. No se trata de que permanezcan artefactos del preagroalfarero, por asimilación, dentro de las comunidades agroalfareras. Así, en los instrumentos de concha existe una diferencia notable entre la tosquedad de los instrumentos de trabajo en el área estudiada y los objetos superestructurales; además, hay un cambio en el contenido de la utilización que podemos apreciar, por ejemplo, en la abundante presencia de “caguaras”, instrumentos relacionados con las actividades agrícolas.

Este fenómeno está asociado al tipo de actividad económica de que se trate. La práctica pesquera, por citar el caso más relevante, tiene una característica muy universal, lo que propició que perduraran muchas funciones que se realizaban también en la etapa mesoindia a la vez que los grupos agroalfareros desarrollaban aún más esas y otras actividades. Hay, no obstante, una correlación distinta entre el conjunto de funciones que se reflejan a través de los niveles de importancia de todo este instrumental.

En la industria del sílex, específicamente, ocurre un problema similar. En investigaciones anteriores del período agroalfarero se ha afirmado que aparecen “cuchillos y raspadores” (TABÍO y REY, 1979, p. 141) y a partir de los estudios concretos de esta región puede asegurarse que la utilización de la piedra tallada no se limita sólo a dichas piezas, sino que existe en los conjuntos analizados una industria de talla de sílex con características propias.

En el aspecto protoarcaico del preagroalfarero temprano, predominó una especialización macrolítica; y en las fases media y tardía del mismo, un desarrollo que algunos especialistas consideran una especialización a partir de dimensiones medias. En el protoagrícola, sin embargo, hay una gran especialización microlítica y en la etapa agroalfarera todo parece indicar que ocurre una desespecialización tecnopológica.

En particular, esto tiene que ver también con el contenido de las actividades. La práctica fundamental en esta etapa es la agricultura, que comprende la tumba de monte y la utilización para ello de hachas de piedra pulida, confeccionadas con rocas tenaces. Las rocas superan con su tenacidad la fragilidad característica del sílex; esto se puede comprobar en los casos analizados, en la poca profusión de series de herramientas y en la gran cantidad de restos de taller. Este aspecto coincide con las noticias de las crónicas y los datos de las excavaciones arqueológicas que refieren el uso, entre los indocubanos, de guayos para rayar la yuca, y de macanas con esquirlas de sílex incrustadas (posiblemente restos de taller y preformas microlíticas). Para estas actividades relacionadas predominan, además, en la caza, dardos y azagayas de madera con la punta aguzada y endurecida al fuego; las coas, de fabricación similar, usadas en la agricultura; así como el uso de flechas.

Desde la etapa mesoindia, los instrumentos de concha sustituyeron, posiblemente múltiples labores que se realizaban con los artefactos macro líticos del período paleoindio, proceso que

continúa desarrollándose de manera profunda en la etapa agroalfarera, la gubia de concha, por ejemplo, fundamentalmente en la confección de los mencionados artefactos de madera y otros, como canoas, bastones rituales, dujos, banderas, ídolos y otros.

En el ajuar estudiado puede apreciarse el fraccionamiento de las hachas petaloides funcionales, así como el predominio del pulimento de la pala, que otros autores han señalado. Los buriles de piedra pulida fueron escasos en las prospecciones realizadas, lo cual mantiene la incógnita que se está planteando desde hace un buen tiempo acerca de la probable utilización de este artefacto (TABÍO y REY, 1979, p. 154).

Con la piedra utilizada o en volumen ocurre un caso interesante, morteros, majaderos y percutores predominan en la etapa recolectora o mesoindia y tienen allí una función económica fundamental, relacionada directamente con las actividades características de la etapa: procesamiento de los frutos de la recolección y la captura; la maceración de productos vegetales o animales (a veces se maceraban huesos de animales pequeños, etc.). A este período Gordon Childe le llama de grandes almacenadores; sin embargo, en los trabajos efectuados en el área aparece también piedra utilizada o en volúmenes en los agroalfareros: percutores, majaderos, etc. aunque en menor proporción que en los sitios preagroalfareros.

Un estudio por asociación realizado en las colectas de superficie y en excavaciones controladas, para saber con que otras piezas arqueológicas aparecían relacionados los instrumentos de piedra utilizados en los conjuntos colectados o en estratos, arrojó que existían relaciones entre la piedra en volúmenes y el sílex tallado, los sumergidores de redes, formas de aproximación para la confección de artefactos neoindios y otros. A partir de dicho análisis se podría afirmar que las actividades realizadas con estos instrumentos en la etapa anterior, iban siendo sustituidas por la función de mantenimiento del resto del instrumental. Tanto en las excavaciones estratigráficas como en las recogidas de superficie, los estudios por asociación señalan que hay una relación de la piedra tallada en los percutores – el sílex se talla con esos instrumentos –, y de la piedra tallada con los sumergidores porque, posiblemente, las muescas de estos se hicieron con alguna especie de tajador silíceo.

En las comunidades agroalfareras estudiadas del centro sur de Cuba, hallamos instrumentos de piedra utilizada, como las hachas; artefactos de concha como la trabajan los preagroalfareros presentes y lo mismo se puede decirse de la piedra tallada; pero sus funciones no son las mismas, ni el papel que representa cada una de ellas en el conjunto de las actividades económicas.

Toda la palafarnaria de objetos realizados en cerámica, incluidos los burenes donde se cocía el casabe, también son de gran importancia en los ajuares estudiados de los diferentes sitios. Es conocido que la agricultura no tiene, en ocasiones, una relación directa con el surgimiento de la cerámica. Existen grupos humanos que tienen cerámica y no conocen la agricultura o viceversa, aunque parece más lógico pensar que la agricultura es anterior en el proceso de desarrollo de la sedentarización. En los casos de grupos agricultores que poseen cerámica, podría tratarse más bien de una adopción de este ajuar por préstamo o contacto. Sean o no procesos sincrónicos, la agricultura y la cerámica son parte de un mismo fenómeno relacionado con la Revolución Neolítica, (o neoindio en América), proceso vinculado con la producción de un excedente económico y la conservación de los alimentos, además del predominio de la dieta vegetal cocida, como recurso alimenticio de la comunidad.

Hay abundantes restos de burenes en los yacimientos del sur de las provincias de Cienfuegos y Sancti Espíritus, lo que nos remite al problema del proceso industrial de fabricación del casabe y de la producción de un excedente. Se observan vasijas de diversas formas y distintas dimensiones, lo que permite pensar que están relacionadas con la preparación de alimentos, cocción del zumo venenoso de la yuca amarga (*Manihot sculenta* Crantz), almacenamiento de granos y agua potable; por tanto, la consideración de la cacharrería cerámica como parte de los medios de producción primitivos puede dar una visión más integral del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de nuestros grupos agroalfareros y, en especial, de los que son objeto de este estudio.

Los textiles, conocidos generalmente a través de las referencias de los cronistas y de las improntas en la cerámica, aparecen también en las muestras aquí colectadas y testifican acerca de la presencia de esa actividad productiva entre los grupos aborígenes de la región.

### *Objeto de trabajo y materia prima*

Analizaremos ahora el objeto de trabajo y las actividades económicas a través del registro arqueológico característico de los residuarios. Generalmente se analiza la dieta de las comunidades aborígenes pre- y poshispánicas por separado y a partir de ella se infieren las actividades económicas de caza, pesca, captura, recolección, como es el caso de los burenes que nos hablan por ejemplo, de las prácticas agrícolas y de su alcance. Sin embargo, no deben limitarse las actividades económicas de esta etapa solamente a la caza, la pesca, la recolección, la captura y la agricultura, aunque indudablemente sean las fundamentales.

La producción de herramientas de sílex resulta una actividad económica desde las primeras etapas de la historia del hombre; otro tanto puede decirse de la fabricación de artefactos de piedra pulida a partir del neolítico; la confección de cerámica, el trabajo de la concha, el procesamiento de la madera y textiles constituyen actividades de elaboración de objetos de trabajo, en tanto que materias primas. Marx ha señalado como los principales medios de trabajo a la propia tierra y el agua por lo que el medio natural debe ser considerado con suficiente discreción científica a la hora de abordar con objetividad el problema de la reconstrucción histórica.

En este marco es necesario determinar con un criterio generalizado el ámbito de las actividades económicas para poder discernir, a partir de la imbricación estrecha de dichas actividades, las relaciones de producción características de nuestras comunidades agroalfareras, y no sólo a un nivel muy general que suele ser a veces un tanto ecléctico.

Con respecto a la talla de sílex se observa en el área lo que podría llamarse una decadencia en la especialización de series de herramientas, pero no en el manejo de técnicas desarrolladas. Así encontramos piezas de tradición levalloisiense, buriles, perforadores, etc. Herramientas que en ningún momento permiten suponer que existiera un desconocimiento de la técnica de talla entre nuestros aborígenes agroalfareros; igualmente puede decirse de los artefactos de concha, donde se constata, además, un gran dominio en la elaboración de objetos superestructurales, lo que implica un nivel de desarrollo notable.

En la elaboración de artefactos de piedra pulida se desarrollan también las actividades de talla, picoteo y pulimentación de rocas tenaces; entonces nos preguntamos, como ver integralmente estas y otras actividades sino como reflejo de la forma en que los hombres se organizan entre sí, para producir todo lo que necesitan para vivir. Puede que la fabricación de artefactos de piedra tallada y pulida fueran ocupaciones masculinas; la industria de la confección de enseres de cerámica y los textiles, si es conocido, en cambio, como una actividad femenina.

La fabricación de objetos de madera es real, pero el clima no nos ha permitido apreciarlos actualmente y es entendible si estos objetos estuvieron relacionados con las actividades de caza o con la agricultura. Esta actividad pudo ser en algunos casos masculina y en otros femenina, es conocido de todos el papel de la mujer en las actividades diarias del grupo y sobre todo dentro de la agricultura, como lógica consecuencia de la división del trabajo por sexo y edad.

En general, la confección de artefactos y las prácticas de caza y pesca son aceptadas como actividades masculinas, así como en las actividades de recolección trabajaban mujeres, niños y ancianos. En lo que a la agricultura se refiere; la tumba de monte era una función eminentemente de fuerza y por ende masculina, pero muchas otras partes de laboreo era responsabilidad femenina y, a veces, con carácter ritual, sobre todo algunas correspondientes a la siembra. En el llamado procesamiento industrial del casabe se conoce la notable participación de la mujer en todo el proceso industrial de este alimento, lo cual reiteran los cronistas. La frecuencia de burenes en esta área nos indica un laboreo intenso del pan de casabe en toda la región, como parte de sus actividades cotidianas.

La domesticación de animales, aunque puede considerarse limitada en estos grupos y en especial en los del centro sur de Cuba, se conoce por referencia que era practicada en aves, en perros (el famoso perro mudo) y en jutías, de cuya domesticación y aprovechamiento hablan los cronistas y que debe ser posible suponer de acuerdo con la alta frecuencia de aparición de restos en la dieta exhumada.

Un punto muy especial es la fabricación de los llamados corrales de peces y tortugas y que caben dentro de las actividades que debieron desarrollar el grupo comunitario, o sea mujeres, hombres, jóvenes y ancianos, conforme a las responsabilidades características afines a ellos, generalmente organizados en grupos gentilicios.

A propósito de los cercados para peces y quelonios, como especie de reserva viviente, hecho apuntado incluso por los cronistas; es importante destacar también que, aparentemente de forma regular los asentamientos ubicados cerca de la desembocadura de ríos coinciden con la presencia en ellos de los llamados tibaracónes, estos no son otra cosa que barras costeras para impedir que el río salga libremente al mar y forman unos remansos fluviales que posibilitan el obtener recursos alimenticios acuáticos. En esta agua prácticamente estancada existen condiciones propicias para la implantación, en ciertas épocas del año, de la captura y conservación de especies marinas y fluviales, respectivamente, mediante el aislamiento en dichos accidentes naturales con vallas o trampas. También existe una forma muy especial, que todavía se ejecuta y es el llamado “tranque de lisa” que consiste en poner una red fina a la salida del río cuando este rompe el tibaracón en épocas de lluvia y de esta forma recoger grandes cantidades de pescado de este tipo.

Por otra parte, el grado de especialización de muchas piezas arqueológicas casi perfectas dentro de su línea de confección y de índole superestructural – en conchas marinas, huesos de animales de gran talla como el manatí, cerámica y materiales líticos – hacen pensar en labores relacionadas con una cierta división social del trabajo, en proceso de desarrollo, aunque seguramente forman parte de la intrincada madeja de la organización gentilicia propia del período.

A través de las crónicas son harto conocidos los tipos de vivienda que existieron en Cuba en este momento histórico, en algunas excavaciones arqueológicas controladas han podido detectarse huellas de las mismas como se nos presenta en el caso del sitio El Convento de la región estudiada donde se encontró improntas de postes en los sedimentos excavados del montículo uno. Los datos paleoetnográficos resultan de gran importancia para el estudio de la distribución del enclave de viviendas y su patrón habitacional; también nos resulta interesante, por que puede estar relacionado con aspectos de la organización social de la época precolombina.

En esta región del centro sur podemos observar ampliamente el tipo de patrón habitacional de estos grupos y en especial del encalve de El convento el cual coincide con los planteamientos sistemáticos de los cronistas, acerca de grupos de casas emplazadas alrededor de una especie de plaza o los llamados bateyes.

El sitio El Convento, en especial, donde puede esperarse que los montículos que lo componen como yacimiento sean los restos de antiguas viviendas, detectamos diferencias sustanciales en cuanto a la confección de las plantas así como también la exhumación de instrumentos de piedra pulida y tallada, presenta diferencias especialmente, que las corroboran, en los montículos uno y nueve, alejados entre si, como también en el diseño de la cerámica entre los montículos uno y dos.

En las excavaciones realizadas en 1985 por nosotros, los propósitos del trabajo de campo no implicaban una prospección total del gran sitio, por lo que los resultados deben verse como elementos posibles de comprobarse en el futuro a un mayor nivel de generalidad. Si esto pudiese comprobarse en un futuro, con una prospección más amplia del sitio se podría comprobar o permitiría inferir contraposiciones entre las actividades de talla de sílex y de rocas no silíceas, consideradas generalmente como funciones masculinas; esto remitiría esa diferencia intermonticular a una posible relación gentilicia, pudiera pensarse de carácter patrilocal, que implicaba a su vez e implícitamente la división del trabajo que, por otra parte, es un fenómeno lógico de la época y como hipótesis de trabajo para el futuro.

Las relaciones de producción de los agroalfareros de las Antillas en lo que se refiere a la organización gentilicia han sido tratadas por la historiografía arqueológica identificándolas unilateralmente con el problema de la herencia de prerrogativas, (TABÍO y REY, 1978, pp. 164-65) cuando se ha discutido la característica matrilineal de las comunidades aborígenes indoantillanas ya en proceso aparente de tránsito hacia formas más desarrolladas. Sin embargo, si bien la herencia de prerrogativas por filiación matrilineal o patrilineal es parte de la organización gentilicia, no se puede limitar esta última sólo al problema de la filiación. La organización gentilicia está imbricada fuertemente con la organización del trabajo como una relación social de producción que existe en esta etapa, o sea, la organización gentilicia es una relación de trabajo porque precisamente es la forma en que se organizan los hombres para producir en dicho período, trátase de grupos por sexo o por edad, matizados por los ritos de iniciación, o de grupos propiamente de parentesco, ordenados en una comuna con mayor grado de desarrollo y organización.

De esta situación podrían inferirse como ejemplos los casos específicos de los sitios El Convento y Cantabria, así como el resto de los asentamientos de la zona que presentan este tipo de complejidad agrupacional.

De acuerdo a estas relaciones gentilicias, la división del trabajo y las relaciones intercomunales en esta región debieron ser y tener realmente un alto nivel de complejidad por lo cual los grupos más desarrollados pudieron desempeñar un papel hegemónico, permitiéndose agrupaciones dependientes de funciones más especializadas como por ejemplo pesca, recolección y hasta de caza, dentro del contexto agroalfarero, mediante un modelo diferente. Tanto en una como en otra debió existir, de todos modos e invariablemente una división del trabajo por sexo y por edad entremezcladas con todos los términos del sistema y teniendo en cuenta el tipo de trabajo a realizar.

En el estudio de los sitios costeros se nos presentan algunas interrogantes por ejemplo presentan un ajuar de concha muy similar al de los preagroalfareros, ; sin embargo, los sitios considerados de tierra adentro muestran un conjunto de evidencias relacionadas con problemas de la superestructura también en material de concha mucho más amplio y con mas desarrollo que el de los costeros, de lo que podemos poner de ejemplos los objetos reportados en Cantabria, Es bueno consignar que hay ejemplares esporádicos de muy buena confección en sitios costeros como por ejemplo el idolillo proyectante del sitio de Guanayara y el ídolo exento realizado en piedra de Cabagán II.

En el estudio de los restos alimenticios en el Convento, considerado sitio de tierra adentro, hay mayores evidencias de peces que en la mayoría de los sitios costeros, en los cuales relativamente hay más restos de jufías que en los de tierra adentro. Ello demuestra una aparente inversión de cada sitio en relación con su medio, no sucede así en cambio, en cuanto a las fuentes de aprovisionamiento de materiales líticos para sus ajuares, pues de acuerdo con los estudios realizados, dichos materiales se obtenían en el entorno geográfico de los sitios o, al menos, en fuentes relativamente cercanas a las diferentes concentraciones de estos.

Tanto en el análisis ceramográfico, como en la seriación de con este mismo material, atendiendo al tipo de desgrasante utilizado por el aborígen – el que se concentraba ya en la propia greda –, parece demostrar que su uso está relación directa con el hábitat de los sitios, señalados, por tanto, tal vez las actividades productivas relacionadas con la confección de estos útiles contenedores se realizaban en los propios asentamientos, pero en cambio el producto de las actividades cinegéticas, pesqueras y de recolección, se distribuía entre unas y otras áreas de la región, aspecto que se plantea ante la frecuencia elevada de materiales de concha en sitios de tierra adentro.

Esto permite pensar en la existencia de un posible intercambio de excedentes en lo cual se incluyera el casabe ya que la desproporción en la presencia de burenes entre los sitios costeros y de tierra adentro es muy significativa. En los sitios de la costa se confeccionaba también casabe, pero en menor proporción por lo que quizás parte de su concurso, en ciertas épocas del año y en unos sitios más que en otros, se obtenía de los asentamientos de tierra adentro.

Se manifiestan también ciertas contradicciones entre las áreas en cuanto a otros factores como por ejemplo, el sitio laguna de Algodones y el Masío II, sitios lacuno-palustres, poseen un alto índice de herramientas de sílex microlítico, en cambio en el resto de los sitios costeros lo que encontramos como norma general, son los instrumentos característicos mesolíticos. En cuanto a la cerámica se observan disimilitudes en el dicromatismo o en la cocción, así como también que la cerámica de la costa es menos compacta que en tierra adentro, así como las mayores dimensiones de las cazuelas se presentan en los sitios interiores. Esto se puede comprobar en la estratigrafía como un índice mantenido en el tiempo.

A primera vista esto pudiera representar o significar diferenciaciones de tipo demográfico, y así debió ser, pero no de forma simple; esto implica en realidad un desarrollo y sus consabidos cambios, en la complejidad gentilicia de los grupos humanos concentrados en esta región, imprescindible para la estabilización de la comunidad mediante la organización efectiva de sus actividades económicas en el marco de sus relaciones sociales de producción.

Si el cerámico se considera desde el punto de vista de su función como instrumento o medio de trabajo, ya que con el mismo se pueden ejecutar muchas funciones como eliminación por cocción del zumo venenoso de la yuca marga, cocción de alimentos varios, almacenamiento de diferentes granos y otros alimentos naturales, contenedores de agua potable, etc., entonces la diferenciación se relacionaría más con las actividades económicas, podemos poner un ejemplo en el caso de buren, vinculado directamente con el proceso industrial de producción de casabe y su incidencia en la obtención de un excedente económico, se comprueba, como ya se apuntó, una mayor presencia de este objeto en sitios de tierra adentro que en los sitios costeros.

O lo que es lo mismo, la alfarería también nos habla acerca de diferencias entre las actividades, siempre dentro de una homogeneidad ceramográfica, arqueológico-cultural como es lógico. Los estudios tradicionales y la seriación Ford-Megggers, aplicada a la muestra, patentizan una homogeneidad estilística y tecnológica en la región. Los contrastes comprobados en el plano tecnotipológico del ajuar y en el resto de las actividades económicas remiten, como se ha dicho, a relaciones intra e intercomunales que permiten ampliar, de esta forma, nuestra visión sobre el verdadero significado de aspectos que están íntimamente conectados con las relaciones de producción de los grupos agroalfareros en el área centro sur del archipiélago, al menos dentro de los límites de aproximación que posibilitan las investigaciones arqueológicas.

### *Medioambiente y poblamiento*

Una aproximación mayor al problema lo constituye el análisis más profundo de las características geográficas de los lugares en que se encuentran enclavados los sitios arqueológicos. Estos estudios en resumen, arrojan cuatro posibles subregiones de asentamiento con caracteres y particularidades distintivas entre unos y otros.

En primer lugar, el tipo que en atención a nuestra condición de insularidad y de manera convencional, se denominan tierra adentro, lo que se relacionaría con la asignación dada por Pichardo Moya de “meseta”, presentando valles fértiles entre colinas y mesetas y regada por ríos y arroyos de consideración (PICHARDO MOYA, 1990).

En segundo lugar, las zonas cercanas a la costa, que presenta patrones habitacionales diferentes en relación con los asentamientos anteriormente citados y que no corresponden con los planteados por Pichardo como “costa”. Estas subregiones costeras comprenden primeramente un área alrededor de la bahía de Jagua hasta llegar bordeando a inmedianías de la Ciénega de Zapata, vinculada a bosques xerófilos y zonas de manglares con asociaciones secundarias a ríos y lagunas.

Un tercer lugar, correspondería al área que recorre la costa entre Cienfuegos y Trinidad, y que coincide con el antiguo camino sureño el cual está referenciados por los conquistadores y colonizadores y cuyos extremos estaban entre las actuales Batabanó (sur de la Habana) y Ancón, (sur de Trinidad), en donde encontramos sitios arqueológicos que corresponden a asentamientos a épocas precolombinas y que posiblemente perduran hasta entra la colonia. En estos sitios, todos

costeros, se presentan asociados con salientes de ríos que bajan de las montañas y que presentan los llamados tibaracones en sus salientes.

El cuarto lugar, tenemos una zona lacuno-palustre al oeste de la ciudad de Trinidad llegando hasta la bahía del Masío y que bien pudieron ser palafíticas.

Esta propuesta de conjunto habitacional parece concordar con las características morfotipológicas que se presentan en los sitios arqueológicos ubicados en ellas. La abundancia de cerámica y burenes, así como artefactos neoindios líticos y de concha, se presentan en la ubicación tierra adentro; el ajuar asociado en buena medida a las actividades recolectoras se presenta en la cayería y costera, mientras que la microlítica se encuentra en más abundancia en el área lacuno-palustre.

La seriación realizada sobre la base de los elementos tecnotipológicos de la cerámica ofrece referencias también acerca de esos mismos grupos de asentamiento por áreas, dentro de una unidad cultural que se evidencia a un nivel más general; pautas asociadas hasta cierto punto con un movimiento migratorio que remite a una escala cronológica. De esta manera la contraposición de base entre sitios costeros y de tierra adentro se torna más comprensible y cercana a un proceso de interpretación desde el punto de vista histórico-arqueológico.

En los sitios de tierra adentro, por otra parte, se dan las condiciones naturales más favorables para el desarrollo de las actividades agrícolas, aspecto a tener en cuenta en una interpretación integral del área sur de las provincias de Cienfuegos y Sancti Espíritus.

Cuando los primeros hombres agroalfareros arribaron a la zona, el trabajo agrícola que desarrollaron debió poseer un determinado nivel técnico; ellos traían el esqueje de la yuca amarga, como todos los aruacos emigrantes, pero en el primer momento los terrenos con que contaron estaban al parecer circunscritos a las terrazas secundarias costeras cercanas generalmente a la desembocadura de los ríos, las zonas lacuno palustres y la cayería. Posteriormente en relación con su proceso de adaptación al medio, correspondiente con el desarrollo de sus fuerzas productivas, fueron asentándose posteriormente en tierras más fértiles en elevaciones asociadas a valles intramontanos de gran fertilidad. Hay que tener en cuenta, aunque arqueológicamente solo tenemos evidencias del cultivo de la yuca a través de la presencia del burén, que no fue el único cultígeno, pues también se sembró y cultivó maíz, boniato o batata dulce, ajos, etc.

En el nivel superestructural, la decoración en la cerámica abunda más, precisamente, en esos enclaves agrícolas, lo que se repite en los materiales de concha, líticos, y de huesos; olivas sonoras, las llamadas dentaduras de ídolos o incrustaciones de este material en otros objetos, objetos que parecen pendientes, idolillos proyectantes, morterillos rituales, hachas petaloideas, espátulas vómicas, figurinas de barro, representaciones de miembros como pies, hechos de barro también, pintaderas de barro, etc. hecho que sería incorrecto ver únicamente como un desarrollo de tipo artístico, aunque se pueden considerar como tal a partir de su ejecutoria. Es un proceso que se produce como resultado del nivel de prestigio que podría implicar la existencia en el mismo, de un centro cultural en que convergieran las otras áreas.

Traducible esto – no sólo en el campo fríamente arqueológico, sino en el plano humano de la época precolombina – en las relaciones de producción, como elemento imprescindible para la organización del sistema productivo y por ende también para el desarrollo superestructural.

De esta forma, si nos planteamos el problema del poblamiento de la región, veremos que existen una serie de sitios costeros, distribuidos en tres tipos de conjuntos habitacionales diferentes, los cuales tienen fechados tempranos, y sitios de tierra adentro con dataciones más tardías. Conforme a los estudios de seriación realizados, los sitios se orientan en dos tendencias que convergen aproximadamente en el centro o punto de ruptura de la seriación: siempre en el sitio arqueológico de El Convento, que es uno de los lugares mejor estudiados en lo que corresponde a tierra adentro y, por tanto, que mayor información nos ofrece.

Esto parece indicarnos que asentamientos tempranos de grupos posiblemente ingresados por diferentes lugares de la región, coincidentes y reflejados en la seriación como los sitios ubicados en las señaladas zonas costeras de Cienfuegos y Sancti Espíritus, respectivamente, se desplazaron

desde un punto de vista económico-cultural, no solo físicamente hacia terrenos situados en lugares más fértiles en dependencia con el proceso de desarrollo de sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción.

Cuando estudiamos las evidencias arqueológicas nos encontramos tendencias culturales en todo sentido en el residuario El Convento, ya que es el más tardío y en el que aparece un mayor nivel de desarrollo en los instrumentos de trabajo y de las piezas superestructurales, sitio a partir del cual se detectan relaciones significativas contrastantes en las labores de confección de artefactos líticos y en las características de la cerámica que se refieren, entre otras, a sus funciones productivas y al conteo estadístico de los restos alimentarios.

La convergencia detectada a través del estudio de seriación cerámica coincide con los fechados y la distribución geográfica, a partir, posiblemente, de los puntos señalados hacia los lugares de mayores posibilidades de desarrollo económico. Por ello, el problema del poblamiento hay que interpretarlo como un proceso de migración o expansión hacia tierra adentro, el cual no significa un abandono de las localidades costeras, al menos no en todos los casos.

Parece lógico pensar que las diferencias son pruebas de que la convergencia hallada a través de la seriación, además de un movimiento de poblamiento, podría ser también un incipiente proceso de centralización o, mejor dicho, un incipiente sistema de centralización en proceso de desarrollo. Esas diferencias, repetimos, se manifiestan en el ajuar cerámico en cuanto a las actividades productivas y no solo en el aspecto puramente arqueológico – que tiende a la homogeneidad –; en la confección del ajuar lítico, a pesar de existir una tecnología industrial que es característica de toda la región de estudio; en las contrastaciones entre la presencia de los restos alimenticios que aparentemente no concuerdan con el hábitat de las localidades y en la aparición de más objetos de concha superestructurales en tierra adentro que en la costa, de donde es originario el material.

Otro aspecto que coadyuva a esta idea es el hecho del posible intercambio de productos entre las comunidades, aludido ya en párrafos anteriores. De acuerdo con el nivel de desarrollo de los grupos aborígenes estudiados, la cooperación en el trabajo era elemento esencial en su sociedad y la producción de excedentes debió corresponderse incuestionablemente con ese carácter eminentemente colectivo. No puede pensarse con objetividad que la concha llevada a los sitios de tierra adentro para desarrollar esa gran labor de contenido mágico religioso fuera transportada por iniciativa individual; debió tratarse de un intercambio entre áreas que respondía a una organización determinada que a su vez correspondía con la forma de intercambio propia de la etapa: la primera forma del valor como sugería Marx.

Un intercambio entre grupos debe responder a una relación intercomunal y, por ende, posiblemente de interdependencia, que se repite a un nivel de organización con determinado grado de jerarquía, en cuya cima por todo lo anteriormente apuntado, debieron encontrarse los grupos de tierra adentro o de la meseta (PICHARDO MOYA, 1990). Por supuesto que esta relación debió existir entre los asentamientos costeros y de tierra adentro que poseían un carácter isocrónico; la contraposición estadística entre unos y otros sitios es el modelo de estudio que nos permite la investigación arqueológica y que hay que interpretar mediante el contraste entre las tendencias de las leyes generales de evolución que pueden haberse manifestado concretamente en el ámbito de los hechos reales.

Otro aspecto que precisa tratamiento es el de las conocidas responsabilidades personales que existían en las sociedades antillanas, según los relatos de los cronistas: cacique, behique, nitaínos, naborías, etc. Si se analizan con profundidad, estas diferencias al parecer, si se analizan con profundidad, éstas indican que debió tratarse de un problema relacionado con las funciones de esos personajes en el seno de la comunidad. Las Crónicas referencian que esas responsabilidades no fueron vistas en Cuba con la misma diversidad que en La española o en Puerto Rico, no obstante, hay noticias en los documentos de la época en que se dice que dichas funciones con respecto a Cuba precisamente en el área de estudio se encontraban presentes, por ejemplo el propio Cristóbal Colón, cuando un viejo cacique de la región asistió a la misa que dio el almirante en las márgenes

del río Guaurabo (PICHARDO, 1990, p. 73). Además hay que pensar que del Caribe la última isla en colonizar fue Cuba casi 20 años después de la llegada de los europeos a estas tierras y las cosas no se veían y tampoco se decían de igual forma.

Estas responsabilidades detentadas por individuos con condiciones propicias para ello, representan un sistema de dirección y organización social de carácter jerárquico, el cual no hace más que corroborar la existencia de un proceso de centralización o de un sistema de centralización en proceso de desarrollo, en el que las evidencias documentales y arqueológicas no son suficientes para pensar que implicara la presencia de relaciones de sumisión. Por lo menos en lo que hasta el momento hemos logrado como objeto de nuestro estudio.

La supuesta servidumbre de los siboneyes a los taínos, tal vez si pueda significar algo, pero siempre sería a partir de un proceso de transculturación, aún no bien estudiado. La diversificación aparentemente menos amplia de las responsabilidades aludidas en territorio cubano, incluyendo la región estudiada, no indica la existencia de una organización comunal a la cual responden tales funciones, sino a una estructura tal vez menos compleja que la observada en la española.

De lo que se trata es de la presencia de un núcleo de población aborígen agroalfarera en el sur de las provincias actuales de Cienfuegos y Sancti Espíritus, que arqueológica y documentalmente parece evidenciar una organización social de carácter comunalista que sobrepasa ampliamente la convivencia de grupos aislados sin ningún contacto o relación.

### *Los aborígenes en los primeros tiempos de la colonia*

Los grupos asentados aquí por la época de la conquista fueron testigos de la colonización. Hay referencias de que en la zona le fue entregada al Padre Bartolomé de Las Casas y a Don Pedro de Rentería de una encomienda y que esta correspondía un área cercana a la bahía de Jagua, específicamente en el valle del Arimao. Por esta razón se plantea que bien pudo ser en un lugar cercano a donde se encuentra en la actualidad el sitio El Convento – existiendo coincidencias que bien vale la pena estudiar.

No podemos dejar de hacer referencia a un aspecto ya planteado por el historiador Ibarra (1979, p. 35) y que hemos retomado en esta ocasión otra vez, en la cual se refiere al hecho de la Visita de Velásquez a la región en el proceso de conquista y colonización a inicios del siglo XVI y que dice que como era costumbre al fundar villa en esta área, no lo hace allí en el lugar densamente poblado por aborígenes, sino en los enclaves de Trinidad y Sancti Espíritus. Tal vez la presencia de comunidades aborígenes fuertes, y difíciles de manejar por su grado de organización, hizo que el europeo no se asentara directamente en ella, sino que las explotaba desde lejos.

Podemos decir que hasta el momento, hay pocas evidencias históricas del siglo XVI en la región estudiada y en especial en los sitios arqueológicos aborígenes, en particular parece confirmar esta situación de no coincidencia entre los asentamientos indios y los enclaves europeos en la zona, pues a pesar de referirse al trabajo de Waibel la mercedación de tierras en estos lugares habitados por comunidades indígenas, es bien sabido que estas estancias y haciendas de la época eran atendidas por pocos trabajadores, a causa del carácter extensivo e intensivo de la explotación productiva.

Desde este punto de vista es factible suponer que los niveles más tardíos de los asentamientos estudiados corresponden a etapas poscolombinas, a pesar de no hallarse evidencias de materiales históricos abundantes. Por lo que es posible pensar que las asociaciones constatadas, aparentemente relacionadas con vínculos intercomunales, como hemos dicho antes, pudieron corresponder en sus últimas fases a la época de contacto indohispánico. Se debe recordar que además de comprobarse estas relaciones estratigráficamente, ellas fueron establecidas especialmente en superficie o en las primeras capas.

Coincide esto además, con la ubicación de un número de sitios a lo largo del camino viejo a Trinidad y del cual se ha reportado que en el mismo los indios hacían “la vela” o sea la vigilancia o el cuidado de los caminos costeros y el “peaje” en los mismos, ósea aprovisionamiento a viajeros durante los primeros momentos de la colonia.

Vale anotar, a modo de sugerencia final, que un elemento tan importante del registro arqueológico sobre las comunidades agroalfareras, el hallazgo de hachas petaloides han aparecido en superficie, mientras que las preformas de las mismas o sea en construcción o también rehusadas o en fragmentos son las que se encuentran en los sitios ensí, da prueba de estos los hallazgos de Cantabria y El Convento, pudiera relacionarse la simetría y la pulimentación a rasgos del período tardío de los sitios con contacto indohispánico.

Con estas deliberaciones hemos tratado de abrir el panorama de la reconstrucción histórica en la región arqueológica objeto de estudio y que sin lugar a dudas corresponde a una región real de asentamiento que ha sido señalada en otras ocasiones y que Jose Manuel Guarch denomina la Variante Jagua y que yo me atrevería a decir que este es cacicazgo de Jagua, o de otro cualquier otro nombre como mal recogen los documentos al respecto.

### *Bibliografía*

COLON. C. (1981): Diario de Navegacion. Unesco. La Habana.

IBARRA, J. (1975): Aclaraciones a Clio. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

PICHARDO MOYA.F. (1990): Caverna, Costa y Meseta. .Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

TABIO, E. y REY, E. (1979) Prehistoria de Cuba. Edit. Academia de Ciencias. La Habana.

## LA MUJER EN EL MUNDO ARUACO INSULAR DEL CARIBE

El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón, fue en los finales del siglo XV y los inicios del siglo XVI, el acontecimiento más extraordinario que pudiera ocurrir en aquella incipiente Europa que salía del medioevo atada de pies y manos; en cambio para esa nueva tierra que se llamaría América, sería una hecatombe predestinada que los llevaría al casi exterminio cultural, y a un genocidio sin precedentes (BAGÚ, 1987).

Lo que pudo ocurrir entre 1492 y 1542 en que se promulgan las Leyes Nuevas (MORALES PADRÓN, 1979, p. 42) en nuestros territorios caribeños, fue un verdadero ensayo de la vida que continuaría en lo sucesivo, ya que ni en América se vivió como en Europa, ni en Europa se quiso saber como se vivía en América. En los cincuenta años que median, entre estas fechas, prácticamente una generación, se conformó un “modus vivendi”o “modo de vida” totalmente nuevo, con sus lógicas variantes en cuanto a idiosincrasia y espacio, y fue casi exactamente lo que se desarrolló en el siglo posterior.

Que papel jugó la mujer en este momento tan crucial es uno de los puntos menos tratado en la historiografía ya que solo encontramos reseñas de otras épocas, en las que predominan algunos estudios de género, pero de una manera literaria (CASTAÑEDA, 1993-94), podemos ver que la información que se recibe de los Cronistas de Indias sobre la mujer aborígen es casual, no se adentra en la verdadera realidad que descubre, por una razón muy clara, su concepto de género era muy limitado, lo usual en ese momento, es hablar de algunas mujeres principales, siempre al lado de hombres de renombre y de todas formas, muy poco de sus actividades personales, de su vida cotidiana y mucho menos de su ubicación en la sociedad.

Todo lo contrario ocurría en la organización social del espacio aruaco o taíno, la posición de la mujer aborígen era muy distinta, no se le consideraba objeto sino parte de la comunidad, cualquiera que fuera su posición o su status. De todas formas se han podido entresacar algunos elementos a partir del estudio del mundo de sus creencias y de su mitología, lo cual ha sido muy bien reflejado por el primer etnólogo de América, el padre Ramón Pané y también en las Crónicas, donde sobre todo, el Padre Las Casas le dedica bastante espacio a la mujer en sus obras, no sólo se nombran a las cacicas o jefas, o a las mujeres que tuvieron que ver con la vida de los principales conquistadores de mayor monta; sino que se habló de lo cotidiano, de su actuación en algunos casos, pero hay que tener bien claro que lo que verdaderamente representó la mujer aborígen en la conquista, para aquel solitario hombre de guerra que vino de España, no se ha tratado o se ha hecho muy escuetamente.

No hay lugar a dudas que en la comunidad aruaca o taína, como toda sociedad agrícola, la mujer por su capacidad reproductora ha estado asociada simbólicamente a la tierra y a todo el proceso de producción, sobre todo en la reproducción humana, la más importante y necesaria. La arqueología nos ha proporcionado infinidad de representaciones en donde la efigie femenina recreada, a todo lo largo del territorio caribeño (DOMÍNGUEZ, 1986, p. 134) nos dá un indicio fehaciente de la posición prominente de la mujer en el discurso mítico antillano (PASTOR, 1983, p. 25), y que no es otra cosa que el reflejo de su propia sociedad (LÓPEZ-BARALT, 1985, p. 36).

Podemos tomar como ejemplo el cemí divino de Atabeira, representación de la madre del Dios principal, Yocahú y del cual Pané dice “[...] tiene madre, más no tiene principio y a este llaman Yocahú, Bagua, Maorocoti y a su madre llaman Atabey-Yermao-Guácar-Apito y Zuimaco, que son cinco nombres”, la cantidad de nombres responde a un mecanismo de diferenciación social, la madre tiene cinco nombres y el hijo, a pesar de ser tan principal, solo tiene tres (STEVENS-ARROYO, 1988, p. 120).

Otros dioses o cemíes femeninos juegan papeles de gran relevancia en la vida cotidiana de estos hombres taínos, si tomamos la mítica aruaca, Guabonito es una deidad favorable que cura los males del cuerpo, en cambio Guabancex es la dueña de los vientos y las aguas y representa los males que

podían traer grandes catástrofes: los huracanes; también tenemos al cemí de Itiba-Cahubaba, la madre del bien y a Caguana la madre procreadora por excelencia (GUARCH, QUEREJETA, 1993, p. 37).

Para la comuna aruaca, la mujer representó en la parte política, una posición significativa, era ella con su línea materna, quien determinaba la descendencia en la heredad, se decía que su prole era “nacida de sangre” y en las consultas realizadas en las Crónicas del siglo XVI, se pueden observar situaciones muy especiales en las decisiones tomadas a favor de las Cacicas en Santo Domingo que denotan la gran envergadura y relevancia, que ellas poseían en su mundo (CASSÁ, 1992, p. 110).

En la vida económica, fue predominante su actividad ya que tuvo a su cargo tareas imprescindibles en la producción, sobre todo en las faenas agrícolas, indicadas por sus creencias y no trasladables a nadie más, sobre todo la siembra de los esquejes de la yuca, su principal cultígeno, así como también en la preparación de alimentos y en la confección de artesanías, especialmente, la producción alfarera, todo lo que trajo por consecuencia, que la mujer aruaca fuera considerada como un segmento del poder tribal (SUED BADILLO, 1975).

Algunos Cronistas tuvieron críticas acérrimas a la mujer, como por ejemplo Fernández de Oviedo que decía de ellas “[...] son las mayores bellacas e más deshonestas y libidinosas” (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1959, p. 118) pero no creemos que esto concordara con la realidad, en verdad, todo parece indicar que es sólo un mal entendimiento de las costumbres y a las formas de la vida cotidiana de los taínos, o en su defecto, un problema personal de Oviedo.

De lo que aconteció después de la llegada de los conquistadores da fe el hecho del mestizaje inicial, un rasgo que caracterizó a la población de estos 50 años americanos; este mestizo o primer criollo, hijo de español e india, indicaba la unión, la valoración de la mujer como hembra, como madre, y no hay dudas que como maestra y conservadora del caudal adquirido, es el momento de beligerancia que no recogen los documentos, por que eso no se podía saber en España, pero representó la única forma de adueñarse de lo poco que le quedaba a los indios y también la única forma de sobrevivir.

El contacto entre aborígenes y europeos en el Caribe provocó la rápida desarticulación de las comunidades primitivas que existían en estos territorios, estos hechos según algunos estudiosos representaron la posibilidad de una total extinción de los indoantillanos, otros plantean que no necesariamente se perdieron los elementos culturales sino que los mismos se enmascararon dentro de un contexto nuevo, (GUANCHE, 1983, p. 113), de esta forma se habla de procesos tempranos de asimilación o de una transculturación, su sobrevivencia posterior, queda plasmada en documentos que fehacientemente plantean la existencia de descendientes amerindios hasta entrado el siglo XIX.

De acuerdo a las circunstancias que dieron motivo a la ruptura de la continuidad étnica del aborígen en el Caribe, otros aspectos como son las relaciones de parentesco y familia permiten que se mantuvieran estas ideas, así como una toma de conciencia de la ascendencia india, la que es claramente explicada en la documentación generada protocolarmente en estos inicios del siglo XVI, y simultáneamente debió desarrollarse una tendencia resultante de la asimilación de técnicas y costumbres de una parte y de otra, en todas ellas la mujer indígena jugó su más importante papel en esta historia y en ese su momento histórico. Hay evidencias arqueológicas de objetos materiales de la cultura aborígen las que sensiblemente transformadas se incorporan al proceso de transculturación, como por ejemplo son en el consumo de alimentos, lo especial que resultó el pan de casabe, en la toponimia que ha llegado aún hoy, en las creencias y en los lazos familiares, todo lo que argumenta la persistencia de elementos muy concretos de su organización gentilicia.

Los españoles en esta temprana época, pocas veces repudiaron su unión con las mujeres aborígenes y en más de una Real Cédula se autorizó y propició el matrimonio entre las dos partes (PICHARDO MOYA, 1945, p. 27), en el Caribe el favorecimiento de estos enlaces estuvo relacionado con la imposición legal de la herencia a la forma española, incluida la supresión de las obligaciones de tipo avuncular (POTRONY, 1985, pp. 12-13), resultando de esta forma muchas uniones entre conquistadores y mujeres indias, de lo cual el ejemplo más característico pudo ser el caso de Vasco Porcallo de Figueroa en Cuba, el cual fundó una extensa familia mestiza, al mismo tiempo que adquirió

grandes riquezas en tierras, a partir de las uniones matrimoniales por que las mismas favorecieron el engrandecimiento del patrimonio a partir de estos caudales, y por que el entronque de linajes, de la mal llamada “nobleza aborigen”, así lo permitió (ROJAS, 1989, pp. 23-24).

Los enlaces, matrimonios o amancebamientos, se hacían a la manera europea, por lo menos en los centros poblacionales fundados en la colonización y en sus cercanías, es decir mediante la transmisión de los apellidos y la herencia de bienes generalmente por vía paterna, lo que se recoge en la documentación protocolar de este momento, pero también hay rasgos de supervivencia de sucesión matrilineal como lo expresa S. Culín en 1902, al estudiar en los poblados de Yara, Yateras y Caridad de los Indios, en Cuba, en donde se observa esta supervivencia de formas jurídicas matrilineales, las cuales estaban vivas aún (RIVES, DOMÍNGUEZ, 1993).

Vale plantear, por lógica, que en los inicios del siglo XVI y talvez un poco más tardíamente la herencia de bienes por vías maternas no sólo se asociaba a las sociedades gentilicias, en muchos casos este tipo de sucesión era de usanza también de los colonizadores y en algunos casos, perduró estrechamente vinculada a la propiedad territorial, dados los índices de emigración masculina durante los inicios del siglo XVI, y a la necesidad de mantener la célula familiar intacta (PÉREZ DE LA RIVA 1946, p. 106).

Para ilustrar este caso, se puede tomar un estudio realizado en los documentos del Archivo de Protocolos de la Habana, en que se ve reflejada esta problemática, y como se vé numéricamente representada la transmisión de bienes por vía materna (RIVES, DOMÍNGUEZ, 1993).

Otro de los casos que se presenta es la trasmisión del apellido por vía materna, lo que nos hace pensar que en ésta época tan temprana del XVI, en los apellidos en cuestión, hayan sido de mujeres indias españolizadas, de las cuales hay un porciento elevado y que no eran otras que las esposas de los conquistadores o encomenderos.

El reconocimiento del pasado más antiguo, en donde la mujer aborigen se hizo valer a partir de su papel fundamental nos permite llegar a la convicción de que se poseía una autoconciencia étnica (GUANCHE, 1996), y por ende se dio paso y ubicación al proceso de transculturación en este momento inicial de nuestra historia, aunque algunos digan que es fallido (DOMÍNGUEZ, RIVES, 1991, p. 27).

### *Bibliografía*

BAGÚ, S. (1987): La conquista de América un cataclismo social. Casa de las Américas (165):3-10, La Habana.

CASSÁ, R. (1992): Los indios de las Antillas. Edit. Mapfre. Madrid.

DOMÍNGUEZ, L. (1986): Algunos aspectos del arte de los grupos aborígenes agricultores ceramistas de Cuba. Arqueología de Cuba. Edit. Nauka. Novosibirsk.

DOMÍNGUEZ, L. et al (1994): Las comunidades aborígenes de Cuba. Historia de Cuba. La Colonia Cap. 1 p. 5-57 Edit. Política. La Habana.

DOMÍNGUEZ L., A. Rives (1993): Arqueología, parentesco y transculturación en el aporte aborigen a la cultura cubana. (Inédito)

FARIÑAS, D. (1995): Religión en las Antillas. Edit. Academia. La Habana.

FERNÁNDEZ OVIEDO, G. (1959): Historia General y Natural de las Indias. Autores Españoles. Madrid.

GUANCHE, J. (1983): Procesos etnoculturales de Cuba. Edic. Letras Cubanas. La Habana.

GUANCHE, J. (1996): Componentes étnicos de la nación cubana. Edit. Unión. La Habana.

GUARCH, J.M. y A. Querejeta (1993): Los Cemíes olvidados. Publigráf. La Habana.

- López Baralt, M. (1985): El mito taíno, Levi-Straust en las Antillas. Edic. Huracán. Puerto Rico.
- MARRERO, L. (1972): Cuba: Economía y Sociedad. Edit. San Juan. P. Rico.
- MORALES PADRÓN, F. (1979): Teoría y Leyes de la Conquista. Edic. Cultura Hispánica. Madrid.
- PANÉ, R. (1990): Relación acerca de las antigüedades de los indios. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.
- PASTOR, B. (1983): Discurso narrativo de la conquista de América. Casa. La Habana.
- PÉREZ DE LA RIVA, F. (1946): Origen y régimen de la propiedad territorial en Cuba. Academia de la Historia. La Habana.
- PICHARDO MOYA, F. (1945): los indios de Cuba en sus tiempos históricos. Academia de la Historia. La Habana.
- POTRONY, J. (1985): La familia humana. Edic. Ciencias Sociales. La Habana.
- RIVES, A. L. DOMÍNGUEZ y M. PÉREZ (1991): Los documentos históricos sobre las Encomiendas y la Experiencias Indias de Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico. Estudios arqueológicos 1989, Edit. Academia. La Habana p. 26-35.
- ROJAS, M.T. (1947): Índice y extractos del Archivo de Protocolos de la Habana. Imp. Ucar y García. La Habana.
- SORHEGUI, A. (1980): El surgimiento de una autocracia colonial en el occidente de Cuba. Revista Santiago. Santiago de Cuba. (37):147-209, marzo.
- STEVENS-ARROYO, A. (1988): Cave of Jagua. University of New México Press. Albuquerque.
- SUED BADILLO, J. (1975): La mujer indígena y su sociedad. Univ. de P. Rico CEREP.
- SUED BADILLO, J. (1985): Las cacicas indoantillanas. Inst. De Cultura Puertorriqueña (87):15-26, San Juan.

# GUANABACOA: CIUDAD DE INDIOS EN EL SIGLO XVI CUBANO

## *Introducción*

Cuba fue la primera de las Islas de las Antillas Mayores en descubrir, pero también fue la última en colonizar; cuando los españoles llegaron a nuestras costas habían experimentado, en gran medida, diferentes métodos de colonización, tanto en las tierras reconquistadas en el sur de España como también lo hicieron en las Islas Canarias (LA COLONIA, 1994).

De la Factoría pensada por Colón se pasó rápidamente a la Colonia por poblamiento, organizándose de esta forma a los grupos autóctonos para el trabajo en una forma que inicialmente se llamó “encomienda”, este sistema ideado en la Metrópoli, pudo ser medianamente ideal en un primer momento, y en las apariencias, era un sistema humano y necesario por el cual sólo se pedía que los aborígenes se catequizaran. En realidad no fue otra cosa que una repartición de hombres para con ellos comenzar un sistema de esclavitud encubierto.

Este sistema de aplicación dual se escudó en el mecanismo de la cristianización, teniéndolo como objetivo principal, hay que recordar que España en este momento era la campeona de la cristiandad, pero en verdad lo único a que se aspiraba era a organizar a la población indígena para con ella abordar nuevos sistemas de laboreo, dándosele una apariencia legal a una cruel y despiadada explotación de la fuerza de trabajo del indígena.

Entre 1524 a 1555 se lleva a cabo la fase continental de la Conquista y colonización de América, pero en 1542 se dictan las Leyes Nuevas y con ellas la abolición de las encomiendas, manifestándose la Corona sobre la misma, como obsoleta y contradictoria. Esto fue el resultado de las presiones que se ejercían en la Corte a tal efecto, por esta razón España, determinó ensayar otros sistemas, pero que los mismos tuvieran resultados similares; de esta forma surgió así el Plan de la Experiencia, y se escogió a Cuba para su primera puesta en escena.

“[...] No obstante las peculiaridades de la legislación española otros núcleos indígenas se han formado, ejemplo fue el caso de Guanabacoa en la Habana y del Caney en Santiago de Cuba” (FRANCO, 1985, p.25). La creación de poblados de indios se hacía para evitar que éstos deambularan por las prominentes ciudades de la Habana y Santiago, las que a la sazón se disputaban la primacía de la Isla.

Lo acontecido en este proceso de conquista y colonización a partir de los sistemas experimentados y aplicados, alteran las normas y el equilibrio territorial, por lo que fue bastante difícil reconcentrar de una manera obligatoria a estos indios “vacos” o “vacantes” en reductos que no eran ni remotamente similares a sus verdaderos pueblos (RAMOS, 1992).

Para adentrarnos en el estudio de los sistemas de colonización en la Cuba del siglo XVI, la vía documental y bibliográfica deja en verdad muchas lagunas en la información, por eso consideramos que uno de los imperativos de la investigación arqueológica moderna es crear la estructura y la estrategia apropiada, para el estudio de estos eventos a partir de las evidencias materiales, logrando así definir con más claridad, que fue lo que ocurrió con estos pueblos, en ese momento histórico concreto.

De esta forma y a partir de estos conceptos que caen de lleno dentro de la Arqueología Histórica, es que debemos enfrentar la investigación en la actualidad, el estudio de este período de contacto y transculturación indohispánico a partir de los elementos de ambas culturas: aborigen y europea, es la línea conducente, ya que los mismos perviven en dicho proceso, a partir de criterios muy objetivos (RIVES, DOMÍNGUEZ, PÉREZ, 1991).

## *Encomiendas y experiencias*

El tratamiento que debía darse a los indígenas de América, fue para la política Real Española de ese momento, una actuación indecisa; los escrúpulos de tipo moral chocaban con los intereses económicos y se interrelacionaban con el proceso colonizador, al final vencieron los económicos.

Desde 1503 se autoriza a todos los hombres que viajan al Nuevo Mundo, en vías de conquista y colonización, poder apresar a los indios que hagan resistencia, pero acto seguido se recuerda que son “hombres libres por condición”. La ambigüedad nutre la documentación y la realidad es llevada a cabo de una forma totalmente distinta. Constantemente se hacen menciones a la “guerra justa” o a la “guerra buena” (PICHARDO, 1985), en fin no hay una línea consecuente para tratar el asunto.

Así es virtualmente esclavizada la población autóctona, de una forma directa primeramente y encubierta después con la aplicación de sistemas como la encomienda.

Esta llamada encomienda se desarrolló en las Indias y fue concebida como un patronato de favor Real, sobre una parte muy específica de los naturales de estas tierras, pero no era para todos los indios, ni todos los que se concentraban en establecimientos cercanos a las posesiones del encomendero o a los centros urbanos incipientes, las famosas Villas.

Existía obligatoriedad por parte del encomendero español de instruir a los indios entregados, en la religión cristiana y enseñarle los rudimentos esenciales de lo que en aquel momento se llamaba, la vida civilizada, al fiel de los europeos que salían del medioevo, así como defenderlos en sus personas y propiedades, a cambio se demandaba tributo en forma de trabajo, ya que se consideraban privilegios, las cosas que se ofrecían (FRANCO, 1986).

En la práctica los encomendados pasaban a ser algo así como los siervos de los encomenderos (PORTUONDO, 1965), pero en la realidad las encomiendas representaban una institución que explotaba hasta límites insospechados la fuerza de trabajo del indígena, sometidos a un proceso que los llevó a una desculturización rápida. Las Leyes de Burgos son el principal soporte de este mecanismo diabólico.

En Cuba, en 1513 y mediante Cédula Real, el conquistador Don Diego Velázquez de Cuéllar inició los repartimientos de indios para ejecutar las encomiendas. Las vivencias acumuladas que él tenía de la Española, le permitió que propiciara una política de entrega de indios a partir de familias, pueblos o comunidades aborígenes completas, pues de esta manera, no se desarraigaban y con eso se lograban mayores rendimientos productivos.

Entre 1516 a 1519, fracasadas las tentativas hechas con las encomiendas, se propone por los frailes Jerónimos y en especial por Rodrigo de Figueroa en la Española, que se efectuaran los famosos “experimentos” que pretendían determinar la capacidad intelectual y política de los indios, para valorar por sí mismos, pero siempre a la manera española, la forma de vida más adecuada.

Este es un antecedente de las llamadas “experiencias indias” que se pondrán en práctica en Cuba décadas más tarde y que resultaron una manera inconsecuente que utilizó la Monarquía Española para tratar de recuperar la productividad diezmada de las masas indígenas.

El historiador L. Hanke (1952) definió a las experiencias como el último acto en el drama de las experimentaciones para liberar a los indios. El período de tiempo en que se pusieron en práctica fue entre 1525 al 1535, basándose siempre en la concentración de los aborígenes que no tenían ni ubicación ni trabajo y a los cuales se les llamaba “vacos” o “vacantes”, en pueblos artificiales donde siempre hubiere clérigos que los “doctrinarían” y los guiaran en el trabajo, de esta forma los tendrían cerca y a mano, para cualquier menester.

Las autoridades de la Isla de Cuba se niegan a aceptar este nuevo procedimiento, prohibiéndole a Pedro Mexía Trille, designado por el Rey a tal efecto.

Posteriormente este hombre le propuso a la Corona, que designara al Obispo la conducción de la “experiencia” y así se fundó el primer pueblo de indios en Bayamo, al oriente de Cuba. Este experimento resultó un fracaso y por ende el Rey ordenó un segundo intento para lo cual designó al Teniente Gobernador Don Manuel de Rojas; éste en carta al Monarca le dice que al tratar de

poner en práctica su orden cree que “[...] Ha de hacer poco fruto según la enemistad que esta gente tiene con la gente española, por el mal tratamiento que le tienen hecho, tanto por sus culpas como por las nuestras” (CHACÓN y CALVO, 1934).

Se trató de hacer otro intento en San Juan de Puerto Rico en 1520, pero se infiere el fracaso al no existir referencia alguna (CHACÓN y CALVO, 1934). El éxito mediatizado de la proclamación de la libertad de los naturales a partir de las Leyes Nuevas en 1542 fue el segundo fracaso, por que éstas Leyes jamás fueron aplicadas como estaban escritas y muy especialmente por el rechazo de los colonos. Sólo hasta 1553 no se pueden poner en práctica algunas soluciones que parafrasean esta susodichas leyes (PICHARDO, 1985).

Con toda la práctica acumulada por los intentos y fracasos, es que se piensa como solución al problema que se confrontaba, de estos indios sin dueño, sin trabajo y sin ubicación que merodeaban por las ciudades y creaban grandes disturbios, la idea de reconcentrarlos tomando algunas de las estipulaciones que las Leyes Nuevas promulgaban, fue una solución, de aquí renace el caso de Guanabacoa, la cual se comienza a organizar a partir de 1555, emplazándose en la cercanía de la Habana, que ya de hecho era la capital de Cuba.

### *Estrategia Arqueológica*

La Arqueología Histórica permite abordar nuevas líneas de trabajo, así como pensar en nuevas propuestas fuera de los planteamientos clásicos para el estudio de estos sitios de transculturación. La estructuración de las diferentes estrategias de clasificación de evidencias materiales, tiene su referencia en los objetos exhumados que presentan morfológicamente rasgos indígenas e hispanos simultáneamente, lo que requiere de trabajos de campo concebidos dentro de un enfoque mucho más ágil.

Los escasos documentos de esta época abogan también por un trabajo interdisciplinario que agrupe etnólogos, arqueólogos e historiadores en el cual, el rol que juegan las evidencias materiales debe corresponder a la metódica arqueológica y al papel rector de éstas investigaciones.

Tenemos como ejemplo clásico el del sitio El Yayal, como representante de la etapa de contacto y transculturación en Cuba, cuyo estudio y enfoque metodológico, permitió que se considerara como un interesante estudio de caso (DOMÍNGUEZ, 1984).

Para poder realizar este trabajo hay que depender imprescindiblemente de la definición de estrategias arqueológicas concretas a partir de dos versiones del evento:

- a) que el período de contacto está relacionado con la conquista y colonización y se puede considerar hasta mediados del siglo XVI.
- b) que el período de transculturación se puede efectuar desde el inicio del siglo XVI y en épocas posteriores de acuerdo con el desarrollo del proceso histórico de cada pueblo.

Para este primer momento, es válido utilizar el enfoque siguiente, sobre todo a la hora de analizar las evidencias (DOMÍNGUEZ, 1980)

- a) materiales en superficie que no presentan variación intrínseca ni huellas de uso y reuso
- b) materiales de niveles estratigráficos definidos, que presentan cambios intrínsecos y tienen evidencias de uso y reuso
- c) un producto nuevo, la creación hecha por estos grupos mediante la simbiosis cultural.

Puede ocurrir todo lo contrario en el enfoque del evento, entendido a partir de 1550, en este

período las evidencias reflejan cada vez menos los rasgos indohispánicos hallados y se pueden analizar las evidencias de esta forma:

- objetos de procedencia europea
- objetos de procedencia criolla bien definidos
- objetos de procedencia aborígen

A medida que pasa el tiempo los objetos indígenas serán cada vez más vestigiales, como con el ejemplo de Guanabacoa (DOMÍNGUEZ, 1989).

El paso de la inferencia directa obtenida a partir de las evidencias arqueológicas detectadas, hace posible su contrastación con los hechos históricos, hipotéticos o comprobados documentalmente. Estas son las características fundamentales de las evidencias que se consideran imponderables en esta etapa de transculturación.

Por ejemplo la presencia en los contextos arqueológicos de cerámica aborígen o de mayólica novohispana, identifican respectivamente a un grupo aborígen agroalfarero y a un sitio colonial, posiblemente del siglo XVII, estas evidencias resultan válidas para la contrastación del evento histórico específico, pero hay que tener cuidado, pues no nos permiten ir mucho más allá, a no ser que se examinen estos materiales a partir de asociaciones significativas, que permitan reconstruir hechos y cronologar absolutamente.

Grandes grupos de evidencias de procedencia europea o de manufactura aruaca antillana, ya sean de metal, loza, porcelana, cerámica o vidrio presentes en un sitio arqueológico pueden constituir de igual manera las huellas de un enclave europeo, de aborígenes españolizados, o de cimarrones, ya que en estos casos, los elementos pueden ser adquiridos en el mercado, por robo, por trueque, etc; lo que sería muy difícil de comprobar si no es a través de las relaciones significativas de las muestras entre sí mismas con los otros elementos del contexto o una posible existencia de documentación probatoria del evento.

Otros aspectos de la investigación, como son los rasgos valorativos, la proporción de los materiales en general y en específico de la cerámica y teniendo en cuenta las características del residuario, permitirán tener una idea concreta, de si es un lugar de vivienda, un comercio urbano o campesino, palenques, cementerios, etc. son parámetros que deben fijarse con preferencia en el hallazgo o en el estudio de la muestra de los objetos que denoten transculturación.

Las características particulares de las evidencias no son los criterios que deben regir la investigación arqueológica sino el intercambio con la documentación si existe, o cualquier otro análisis como lo plantea la Arqueología Histórica, y sobre todo que permita la reconstrucción del evento, objetivo en sí, de la investigación.

En cuanto a los métodos de excavación y rescate de evidencias en estos contextos, debe ser preferente el realizado con estratigrafía natural, teniendo especial cuidado en el espesor de la capa antropogénica, la cual se infiere debe ser exigua, ya que por lo general, en Cuba, esta capa fértil no rebasa los 0.25 m., lo que matemáticamente nos da unos 5 mm. por año, suponiendo que el asentamiento sea de 50 años.

La excavación en estratos naturales en este tipo de sitios es bien difícil por eso hay que darle más atención y cuidado a la colecta de superficie, la que se cumplimentará por medio del sistema de cuadrículas, y que aportará posteriormente mayores posibilidades para el procesamiento de los datos, así como también hay que tener en cuenta el aumento de la extensión del área para poder ver en planta la expansión del fenómeno y poderlo entender mucho más integralmente. En estos casos las excavaciones reducidas, sólo nos permiten ver una pequeña parte de la verdad.

#### *Estudio de caso: Guanabacoa*

Las Actas Capitulares del Cabildo de la Habana acreditan documentalmente la creación de un

poblado de indios fomentado el 12 de junio de 1554 en un paraje llamado Guanabacoa y dice así: "...que en armonía con lo tratado con los dichos indios se le hagan un poblado, por que estando así juntos se podrá tener en cuenta y razón de ellos" (VIDAL CIRERA, 1887).

El afamado historiador Gerardo Castellanos (1948) plantea al respecto que

"... ante la evidente situación decadente, degenerada más bien, y trashumante de los indios de esta región, se propusieron recoger a los mansos como a los rebeldes o jíbaros y concentrarlos donde ellos pudieran fomentar poblados, cultivar la tierra, establecer industria y vivir a su manera a condición de ciertas medidas u enseñanzas cristianas ..." (p.46)

lo que hizo que se convirtieran al tiempo, estos poblados en "... zonas de reducciones cual similares a corrales o presidios donde no hubo jamás propósito de enseñanza cristiana y nada más" (CASTELLANOS, p.46, 1948 ).

Aunque el historiador Pezuela asegura que este pueblo de indios de Guanabacoa no será como tal hasta 1576 en que se establece oficialmente por documento y se alza en él una iglesia servida por la orden de San Francisco (PEZUELA, 1948), hay referencias de que ya en 1530 los indios de esta zona son obligados a hacer "... sus conucos y granjerías" (Archivo Nacional. AH-S-715 C-441) y concentrarse para poder ser ubicados con mayor premura y certeza (GÓMEZ, RODRÍGUEZ, 1991). Paralelamente a esto va ocurriendo el fenómeno que se llamará la desculturación (ORTIZ, 1965) en las costumbres y prácticas tradicionales propias, y que será en consecuencia de la imposición de nuevas formas de comportamiento.

Es lógico que esto se refleje en la vida material como se deduce del siguiente documento que habla de los bastimentos que debe llevar un grupo "... un par de rallos de cobre e algún burén de cobre pequeños e cebucanes." (Archivo Nacional, C-s 298-C-31) y donde se puede comprobar un cambio sustancial en la práctica ancestral de producción de casabe, con el uso del metal en un artefacto que siempre fue de barro.

Se puede observar otro cambio aún más significativo en la experiencia india de Bayamo en que se habla de los gastos de "[...] doze pesos en oro en azadones y hachas para su labor" (Archivo Nacional AH S-234 C-29) lo que confirma la utilización de instrumentos de trabajo de hierro en la agricultura; válida es la referencia al hacha petaloide de hierro forjado aparecida en el sitio El Yayal, Holguín (DOMÍNGUEZ, 1985). También podemos ver esta situación en el uso de armas como "[...] ballestas, lanzas y espadas" que son factibles de encontrar en los residuarios, al igual que herraduras, cadenas de estribo, estribos, cuchillos, etc.

En lo que corresponde al material cerámico se confeccionan enseres utilitarios a los cuales se les ha llamado equivocadamente "cerámica negroide" y que no es otra cosa que un tipo de cerámica transicional o transculturada muy abundante en los sitios coloniales y que está hecha de una greda muy parecida a la utilizada por los aborígenes, a veces levantada a torno, otras veces a partir de el "coiling" o levantado a mano y quemada en hornos cerrados de mayor intensidad o simplemente en hornos abiertos

A estos ceramios se les ha conocido por diferentes acepciones, entre ellas Colono Ware (DEAGAN, 1987), criolla (RIVERA, 1992) y de transculturación (DOMÍNGUEZ, 1985).

La presencia de esta cerámica en los sitios habaneros es muy abundante, por ejemplo en la Habana en casi todos los sitios excavados ha aparecido abundantemente, por ejemplo en Calvo de la Puerta (DOMÍNGUEZ, 1985), y hasta en Nicaragua en el sitio León Viejo hay una simbiosis que da posibilidad al surgimiento de una cerámica que bien puede llamarse de transculturación.

La documentación afirma positivamente la confección de este tipo de cerámica utilitaria en el sitio de Guanabacoa, donde hay referencias de su fábrica entrado el siglo XIX (BREMER, 1980).

Hay discrepancias entre los historiadores guanabacoenses acerca de las fechas de fundación de

este poblado de indios y también se discute el hecho de que no había ningún enclave aborigen en el lugar con anterioridad, estos aspectos han sido muy debatidos, pero de los cuales no se ha dicho la última palabra (GÓMEZ, RODRÍGUEZ, 1991), se le contraponen planteamientos simples como la información surgida cuando el ataque de Jacques de Sores en 1555, en que los habaneros se refugiaron de las iras del corsario francés en el poblado de Guanabacoa (EGUREN, 1986, ACOSTA, 1988).

De acuerdo a lo que se ha expuesto sistemáticamente de la no existencia de un poblado aborigen en Guanabacoa, pero con la certeza de que el lugar fue una experiencia india o un pueblo de indios, por eso decidimos excavar en ella, ya que Guanabacoa fue concebida de todas formas en el siglo XVI, y de una forma u otra, siempre para indios y por indios. La hipótesis de su posible enclave inicial aborigen fue uno de nuestros objetivos, la estrategia trazada, partiendo de esta hipótesis anterior, fue lo que propició y dio base a este estudio de caso.

Al retomar el análisis historiográfico de Guanabacoa se nos ofreció un panorama muy favorable según los planos realizados por el historiador Pedro Herrera (c.p. 1986), construidos con la basta información que él posee y en donde concibe y plasma la ubicación en todo este terreno de dos posibles focos de asentamiento indígena. Estos lugares son La Loma del Indio que es actualmente la calle de Estrada Palma, pero que anteriormente tenía el nombre de calle de los indios y que se encuentra al noreste de Guanabacoa al sur tenemos junto al arroyo del mismo nombre al área de Tarraco, que está asociada a la calle Corralfalso y Cruz Verde, conocidas hasta la actualidad. En ambos lugares la toponimia nos animaba a preestablecer esta posibilidad de encontrar lo que buscábamos (DOMÍNGUEZ, 1989).

Cuando la logística estuvo a punto nos dimos a la tarea de realizar la primera fase de la investigación arqueológica: la prospección de las áreas que pensamos fueran las de posible productividad, las mismas estaban puramente urbanizadas, no existía ningún precedente de trabajo arqueológico sistematizado en la región de Guanabacoa, por lo que inicialmente el rastreo nos llevó a situaciones muy complicadas pues al estar tan utilizado el terreno, la posibilidad de excavaciones eran bien escasas. En el intento, encontramos en las áreas escogidas, que existían numerosos inmuebles los cuales denotaban bastante antigüedad y que poseían traspatios o patios aledaños, en los cuales por tradición oral familiar, se decía que nunca se había construido en ellos o sea que se podían considerar terrenos vírgenes.

Se realizó una nueva consulta de la documentación con la ayuda del Profesor Herrera y nos decidimos a escoger dos sitios inicialmente, uno en cada una de las áreas preestablecidas, tratando de contrastar una a la otra y siguiendo los preceptos marcados por Pichardo Moya, en los asentamientos aborígenes de la loma y el río, los que al efecto resultaron Guanabacoa 2 (Loma del Indio) y Guanabacoa 3 (Tarraco-Cruz Verde, que es un arroyo).

Durante los meses de mayo y junio de 1987 y de acuerdo a los pronósticos del tiempo (ya que el suelo guanabacoense es muy propicio a la acumulación de agua por su activo manto freático) se comenzaron los movimientos de tierra, con el objetivo primordial de encontrar los enclaves aborígenes así como todo lo que saliera de elementos de posible transculturación. Otro de los objetivos, era calcular con los materiales exhumados el tiempo de estancia y el posible desarrollo socioeconómico del grupo o grupos humanos emplazados allí.

Se excavó sistemáticamente en ambos lugares, llegando en los dos cortes al sustrato estéril, moviendo unos 20 m. <sup>3</sup> de tierra antropogénica. Las exhumaciones resultaron fértiles en todas sus capas y las mismas fueron estrictamente controladas, para su estudio de laboratorio posterior.

Los cortes se planearon en escaques de 2.50 m. x 2.50 m., divididos en cuatro secciones cada uno. En Guanabacoa 2, se planearon 5 escaques, pero solo se excavaron 3 y en Guanabacoa 3, se cortaron los dos que se planificaron. La sistemática metodológica utilizada inicialmente y dadas las circunstancias de revoltura del terreno fue estratigrafía artificial, en capas de 5 cm. Y a partir de los perfiles, se procedió a hacer una prueba de cortes por capas naturales, las cuales estaban hasta cierto punto bien definidas, este sistema lo habíamos puesto en práctica en Nicaragua, en el sitio León Viejo en 1982 y nos había dado muy buen resultado (DOMÍNGUEZ, 1993).

El trabajo arqueológico con capas artificiales primero y naturales después nos permitió un estudio de frecuencia en el propio campo, la cual nos brindó información para tomar decisiones en la orientación de los cortes. La profundidad osciló en todos los casos entre 0.00 a 1.00 m. Las evidencias se comportaron con bastante abundancia. Todos los cortes resultaron ser polivalentes, debido a la densidad y variedad de evidencias de la vida material de los hombres, que en el decursar del tiempo, se asentaron en ella y sus inmediaciones

Terminado el trabajo de campo en estas jornadas, se pasó a la investigación de laboratorio donde llegamos a la conclusión de que no habíamos encontrado los enclaves aborígenes iniciales como tal, aunque si pudimos observar que en el sustrato antropogénico había huellas fehacientes de la presencia indígena de grupos agroalfareros, los cuales debieron haber estado asentados en estas áreas y por lógica, una posibilidad de estancia pre-fundación como pueblo de indios, no debía descartarse, esto puede ser acuñado por la frecuencia de cerámica aborigen en sus formas comunes de ollas y burenes (DOMÍNGUEZ, en GÓMEZ RODRÍGUEZ, 1991).

Nuestro objetivo, como lo hemos dicho era buscar los primeros asentamientos aborígenes, pero en realidad debemos consignar, que sin querer, encontramos innumerables elementos de la cultura africana unidas al sustrato inicial de este pueblo, con evidencias, que en su gran mayoría, jugaron en parte en el desarrollo de sus creencias religiosas y en la palafnaria usada por los Cabildos y otras instituciones de las religiones afrocubanas, entre los cuales se presentan cuentas de collares, azabaches, etc.

Bien esclarecido quedó a partir de los artefactos hallados, que estábamos ante un sitio donde el proceso de transculturación se había desarrollado, ya que fueron exhumados instrumentos líticos realizados en el reuso de piedras de fusil o pedernal (RIVES, FEBLES, DOMÍNGUEZ, 1989) y también en una lámina gruesa de cristal, blanco posiblemente de un vaso del siglo XIX, trabajada con una tipología de tallado muy similar a las encontradas en 1986 en el sitio Laguna de Algodones, en la ciudad de Trinidad, al sur de Cuba (TABÍO, DOMÍNGUEZ, 1987). Estos dos objetos, de tan importante factura, fueron encontrados en el sitio G-3 (Calle Cruz Verde) junto a otros elementos, también valiosos, lo que nos permitió la planificación de una cuarta excavación en las cercanías de esta calle y que será objeto de estudios posteriores.

La cerámica con su capacidad diagnostica, se presentó en ambos cortes, las evidencias se ubicaron cronológicamente en una amplia línea de tiempo, por ejemplo encontramos tiestos del siglo XVI y XVII con ceramios torneados como botijuelas, cazuelas, así como pastas porosas vidriadas con estaño y plomo, sin lugar a dudas mayólicas. Se presenta muy abundante la cerámica roja burda con o sin barniz de plomo, siempre en vajillas utilitarias o de cocina, lo que comunmente se llama "Morro Ware" (DEAGAN, 1987).

En cuanto a la gama de porcelanas y semiporcelanas aparecen en una frecuencia limitada, muy fragmentados, en donde la formas son poco posibles de reconstruir, pero en las que se puede apreciar la existencia de diferentes tipologías, que van desde la porcelana china de siglos XVI y XVII hasta la inglesa del XIX.

Debemos hacer notar la aparición de diferentes objetos rehechos a partir de desechos de otros materiales, como por ejemplo de la cerámica mayólica se hacen fichas para jugar y sumerjidos de redes, realizadas en este material por lo dócil que es, similares se han encontrado en algunas excavaciones de la Habana Vieja, especialmente en el sitio Calvo de la Puerta (DOMÍNGUEZ, 1984) y en Puerto Rico en las excavaciones efectuadas en el antiguo Cuartel de Ballajá, en el viejo San Juan (RIVERA, 1992).

También el vidrio se consideró uno de los materiales más abundantes, sobre todo botellas de vino u otras bebidas pertenecientes al siglo XIX, así como también vasos y copas de vidrio. También hay gran cantidad de enseres de hueso y una buena muestra de restos de dieta.

Nuestra hipótesis de trabajo señala que este lugar tenía posibilidades de que en el mismo hubiera un asiento inicial aborigen, posiblemente de la etnia aruaca, lo que no pudo confirmarse a cabalidad, pero en cambio muchos de los artefactos encontrados en ambos cortes nos dieron la

certeza de que se ha desarrollado en los mismos el evento de la transculturación, con lo cual se esclarecen algunas de las incógnitas que se manejan, pero también nos permitió esta investigación acopiar elementos para el estudio de la etapa sociológica de la transculturación en nuevo lugar de Cuba y sobre todo esclarecer puntos sobre los pueblos de indios, como el que estamos seguro existió en Guanabacoa.

### *Bibliografía*

Archivo Nacional de Cuba, Documentos. Fondo Néstor Carbonell.

AH-S-175-c-34 CS-298- C-3 AH-S-234- - C-29

ACOSTA, A. (1988): La villa que jamás se fundó. Gramma, dic. p.4

BREMER, F. (1980): .Cartas desde Cuba. Arte y Literatura, La Habana

CASTELLANOS, G. (1948): Relicario histórico. Frutos coloniales de la vieja Guanabacoa. Edit. Librería Selecta. La Habana

CHACON Y CALVO, J.M. (1934): La "experiencia del Indio" Madrid.

DEAGAN, K. (1987): Artifacts of Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800. Vol. Smithsonian Institution Press, Washington. DC

DOMINGUEZ, L. (1980): Cerámica transcultural en el sitio Colonial Casa de la Obrapía. Cuba Arqueológica II. Edit. Oriente. Santiago de Cuba.

DOMINGUEZ, L. (1984): Arqueología Colonial de Cuba: dos estudios. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

DOMINGUEZ, L. (1987): Carta Informativa no. 96 II época. Arqueología de Guanabacoa.

DOMINGUEZ L. (1989): Guanabacoa: raíces indígenas. Primer coloquio de Historiadores locales. Guanabacoa en la Historia. (Ponencia)

DOMINGUEZ, L. (1993): Prospecciones sistemáticas en León Viejo. León Viejo: Pompeya de América. Instituto Nicaragüense de Cultura. UNESCO. Managua.

EGUREN, G. (1986): La fidelísima Habana. Edit. Letras Cubanas. La Habana

FEBLES, J. y L. DOMINGUEZ, (1987): Herramientas de vidrio en un sitio arqueológico agroalfareros tardío en la Provincia de Sancti Spíritus. Reporte de Investigación. Inst. De Ciencias Sociales. No. 7 ACC

FRANCO, J. L. (1985): Apuntes para una historia de la legislación y administración colonial en Cuba. (1511-1800). Edit. C. Sociales. Habana.

GOMEZ, M. y M. RODRIGUEZ (1991): La fundación de Guanabacoa, noticias históricas. Museo Municipal

HANKE, L. (1950): Los primeros experimentos sociales en América. Revista Bimestre Cubana. Vol. LXV. Habana

HERRERA, P. (1986): Comunicación personal. Historia de Guanabacoa.

HISTORIA DE CUBA. LA COLONIA. Evolución socioeconómica y formación nacional, desde los orígenes hasta 1867. Tomo I. Instituto. De Historia de Cuba. Edit. Política, La Habana.

ORTIZ, F. (1965): Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. Consejo Nacional de Cultura. La Habana.

PEZUELA, J. (1868): Historia de la Isla de Cuba. Madrid. T. I Edit. Carlos Bailly-Baillere.

PICHARDO, H. (1984): Las ordenanzas antiguas para los indios. Las leyes de Burgos de 1512. Edit. C. Sociales. La Habana

PORTUONDO, F. (1953): Historia de Cuba. Edit. Minerva. La Habana.

RAMOS, L.J. (1992): El "libro copiador" de Cristóbal Colón como fuente para el conocimiento de las relaciones mantenidas entre españoles y taínos en la Navidad entre diciembre 1492 a noviembre de 1493. Congreso de Historia del Descubrimiento. T. I

RIVERA, V. (1992): Proyecto Ballajá, ICP. San Juan

RIVES, A., FEBLES, J. y L. DOMINGUEZ (1989): Artefactos de piedra tallada en el pueblo indios de Guanabacoa en los siglos XVI y XVII. Simposium de la Cultura de la Ciudad de la Habana.

RIVES, A. L. DOMINGUEZ, y M. PEREZ. (1991): Los documentos históricos sobre las Encomiendas y la Experiencia indias de Cuba, y las evidencias arqueológicas del proceso indohispánico. Estudios Arqueológicos. Edit. ACC

VIDAL CIRERA, F. (1887) Historia de la villa de Guanabacoa. Imprenta Universal. Habana.





18120

PLAZA  
DE  
ARMAS